



año 6, n° 11 noviembre de 2023

OCEANUM



OCEANUM

Revista literaria independiente

Año 6, nº 10

Octubre de 2023

Editada en Gijón (Asturias) por

Miguel A. Pérez García

revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez

Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango

Javier Dámaso

Miguel Quintana Viejo

Corrección de textos:

Andrea Melamud

correcciondetextos@andreamelamud.com

Página web:

www.revistaoceanum.com

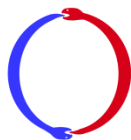
Sara@revistaoceanum.com

ISSN 2605-4094

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com

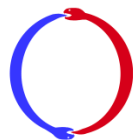


Estos días, se ha montado un buen revuelo a cuenta del fallo emitido por el jurado del Premio Planeta de Novela. “Lo de siempre”, pensará más de uno, probablemente con razón, así que no habría nada que comentar. Sin embargo, la crítica, de una forma casi unánime, se ha lanzado a las yugulares de la ganadora, de los miembros de ese jurado que perpetraron el fallo y hasta de un señor que pasaba por allí mientras trataba de dar con la dirección de una pastelería. No es para tanto.

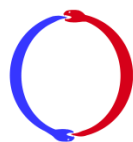
Es cierto que la cuantía del premio —nada menos que un millón de euros— no sale de nuestros bolsillos salvo que deseemos contribuir a la causa, sea la que sea, mediante paso insensato por una librería, de modo que no existe ningún derecho a pedir explicaciones. Con su pan se lo coman, oiga. Además, un exceso en el nivel de la algarada puede producir el efecto contrario y, lejos de observar cómo el libro se hunde en la miseria de la indiferencia, lo auparía en la lista de ventas, empujado por el ruido mediático de los críticos. Que hablen de ti, aunque sea bien...

Es cierto también que los premios de este tipo nunca tratan de descubrir nuevos talentos —por lo menos, no lo hacen de forma explícita—, sino de vender libros o, dicho de otra forma, “encontrar lectores”, eufemismo utilizado en su momento por José Manuel Lara para justificar que el Grupo Planeta no juega a la ruleta con su dinero, del mismo modo que no lo hace usted ni la gran mayoría de las personas. Se trata de un simple asunto comercial que no tendría que producir desgarros en las vestiduras, como no nos produce ningún problema asumir esta o aquella táctica comercial de cualquiera de las empresas a las que compramos. Si funciona...

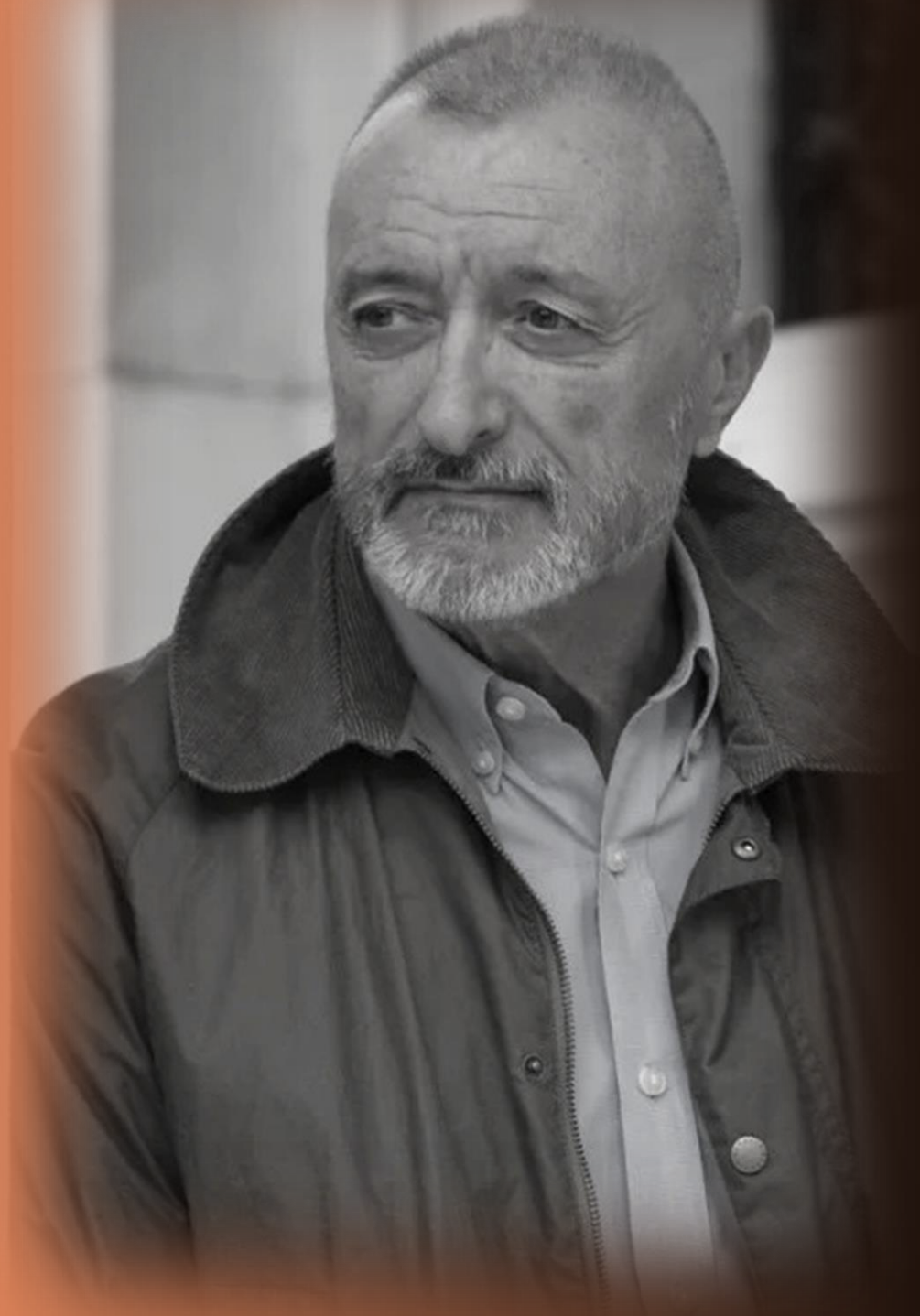
Dicho esto, y asumido que las empresas tienen como misión mantenerse, para lo que deben tener beneficios, seguro que hay alternativas suficientes para hacerlo sin sobrepasar los límites del decoro mínimo. No he leído el libro ganador. No voy a leerlo en el futuro. Basta conocer la trayectoria literaria previa de la autora y su prosa ramplona para saber que no resultaría satisfactorio.



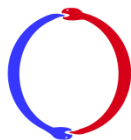
6	La galera		
	<i>El problema final</i> (Alfaguara), de Arturo Pérez-Reverte	Ginés J. Vera	6
	Franco Sandoval: la novela histórica	Miguel A. Pérez	9
	<i>El amor reinventado. Venecia</i> , de Ángela Martín del Burgo	Isabel Mendieta	18
20	Dentro de una botella		
	Notas sobre la escritora sudafricana Kopano Matlwa	Pravia Arango	20
	Eça de Queirós: el clamor del derecho natural en memorias de una horca	Diego García Paz	22
	¿Cualquier lectura pasada fue mejor?	Diego Fernández Fernández	27
	Habla Murakami	Pravia Arango	35
38	Estelas en la mar		
	De nuevo con el poeta Juan Andrés García Román	Encarnación Sánchez	38
	Iosu Moracho Cortés	M ^a Luisa Dguez. Borralló	41
46	La estrella polar		
	Cruzar el "océano": <i>Surcos</i> , el viaje para descubrir una nueva tierra	Pilar Úcar Ventura	46
	Volver al futuro de los recursos desde la literatura y el cine	Isaías Covarrubias Marquina	51
63	Anaquido kalimat	غنائيد كالمات	
	Mohamed Maimouni محمد الميموني	Encarnación Sánchez	63
	La lectura de la poesía como un hedonismo liberador en esta modernidad líquida	Víctor Hugo Pérez Gallo	67
69	L'imperceptible écume		
	Florent Toniello	Miguel Ángel Real	69
76	Outros mares		
	Salinas	Augusto Guedes	76
78	Beste Itsasoak		
	Sueños del Congo	Goyo	78



81	Espuma de mar		
	Premios y concursos literarios		82
	Con un toque literario	Goyo	87
	¿El adiós de Vargas Llosa?		89
	Inéditos de Cortázar		89
90	Gran Sol		
	Fragmentos de <i>Cuentos, leyendas y costumbres populares</i>	Antonio Machado Federico de Castro	90
102	Nuevos horizontes		
	La tía Ana	Osvaldo Beker	103
	La carta	Ginés J. Vera	115
	El grito de la corneja	Gabriela Quintana	120
	Poemas dedicados a Carlos Pardo y a Juan Manuel Molina Damiani	Encarnación Sánchez	124
	Aurora	Miguel Quintana	129
153	Créditos de fotografía e ilustración		



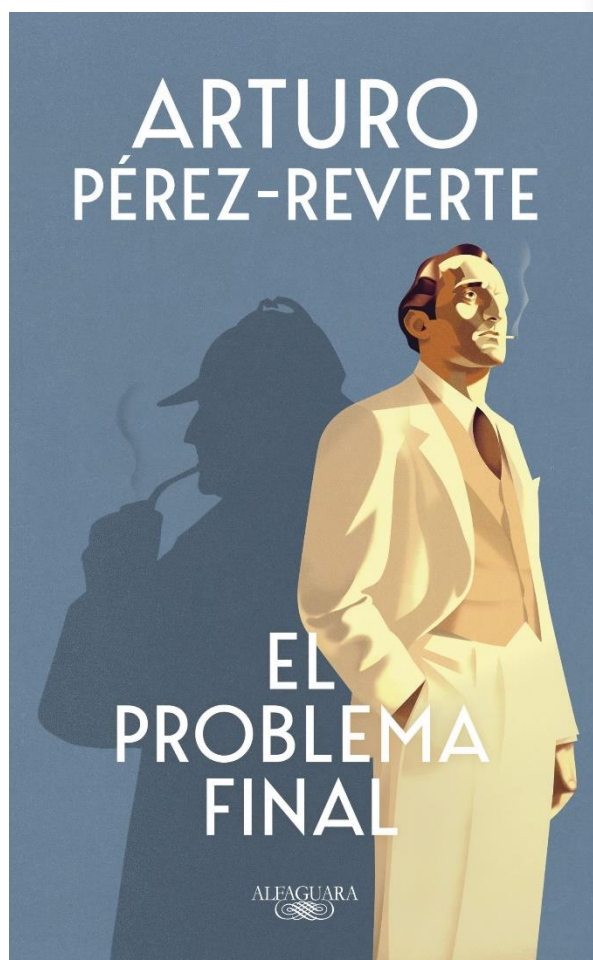
El problema final (Alfaguara),
de Arturo Pérez-Reverte

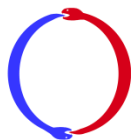


Ginés J. Vera

En el centro de esta historia, hallamos a un actor de cine británico, experimentado, seductor, reconocido por su papel encarnando en la pantalla al más famoso detective de todos los tiempos. Justamente ese rol en la ficción del personaje, le empujará, casi sin quererlo, a aceptar un curioso encargo cuando una de las personas alojadas en el hotel aparezca muerta. Aparentemente, un suicidio. Contar el argumento, no es reseñar un libro. Del mismo modo que haber encarnado en el cine a Sherlock Holmes no tendría que conferirle sus habilidades detectivescas. En mi caso, humilde lector, ávido de buena literatura, sí diré que *El problema final* es una novela que homenajea al género, a sir Conan Doyle y, me atrevería a añadir, a la reina del misterio, ya mencionada, entre otros. Serán muchas las oportunidades en las que los personajes, el propio protagonista, Hopalong Basil, y un ayudante a lo doctor Watson, mencionen o parafraseen obras de Conan Doyle.

Elegí a conciencia esta novela para traer a estas orillas literarias su reseña. El mar Mediterráneo y, más concretamente, una idílica isla frente a Corfú, será el escenario. Aunque ese idilio durará poco, Pérez-Reverte nos plantea en *El problema final* (Alfaguara) una novela policial. Ya tenemos el escenario, como dije, la pequeña isla de Utakos; sumémosle ahora la época, verano de 1960, y los personajes. Nueve, alojados en un hotel local cerca de un pabellón junto a la playa. Para redondear las condiciones que requieren esta trama, con guiños a las mejores obras de Agatha Christie, habrá quien ya habrá adivinado por qué, un temporal les mantendrá aislados durante unos días. La maestría del cartagenero, con millones de lectores en todo el mundo, se paladea en la galería de personajes, en el propio pulso narrativo; a menudo, como si asistiéramos a una obra teatral, al punto de romper, si me apuran, la famosa cuarta pared.

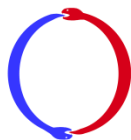




Tampoco creo casual que el personaje de Francisco Foxá, sea español y, además, escritor de novelitas de misterio. Novelitas, en diminutivo, con el permiso de su autor, claro. Aprecié guiños al propio arte de la narrativa del género, manteniendo una suerte de diálogo con el lector acerca de cómo van a ir desarrollándose los acontecimientos hasta el desenlace. La trama tiene la virtud de atrapar, de dar y darnos en la medida justa, atando cabos incluso cuando el primer clímax se resuelve. Si sorprendente fue el final del auténtico Holmes, no lo es menos el propuesto por Pérez-Reverte para darle esfericidad al de *El problema final*. Las y los amantes del cine de la época, coetánea al personaje, disfrutarán de las curiosidades que trufan los pensamientos o las conversaciones de Basil. Otro atractivo más, no los he recogido todos, por razones obvias, para sentarse a leer esta novela, acaso cerca del mar, de una playa, con los sentidos bien alerta si se acepta la invitación implícita para descubrir el misterio del cuarto cerrado de esta novela-problema. *Bon voyage*.



Franco Sandoval:
la novela histórica



Miguel A. Pérez

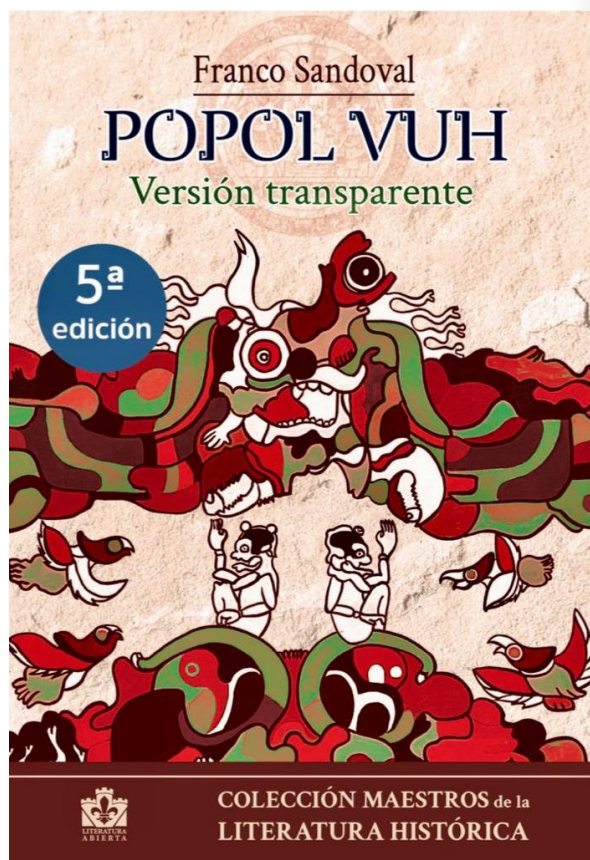


el escritor guatemalteco Franco Sandoval acaba de publicar varias obras en la editorial española Literatura Abierta. Franco Sandoval es doctor en Sociología y Ciencias Políticas por la Universidad Pontificia de Salamanca, tiene estudios de doctorado en Filosofía en las universidades Rafael Landívar y UCA de El Salvador, está licenciado en Letras y Filosofía (URL) y en Ciencias Sociales (UVG).

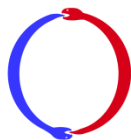
Su obra tiene raíces tanto en la investigación, en la historia y en la narrativa, que se tiñe en cierta medida de esa misma historia de la que es un apasionado: *Fundamentos y metodología* (es coautor, Pearson Editorial, México); *Encanto y desencanto con la democracia* (Artemis-Edinter, Guatemala); *Cuentos que nos cuentan* (Artemis-Edinter, Guatemala); *Bartolomé sin compañía* (Artemis-Edinter, Guatemala); *Popol vuh. Versión transparente* (Arte-

mis-Edinter, Guatemala 2017), *La cosmovisión maya-quiché en el Popol vuh* (Editorial Cultura, Guatemala); *La última batalla* (Áltera y Lacré ediciones, España) con la que fue finalista del Premio Hispania de Novela Histórica de 2015. A estas obras, hay que sumar unas trescientas columnas de opinión en las páginas editoriales de *El periódico* y en las revistas *Ecos de Alemania* y *Crónica* de Guatemala.

Acaba de publicarse la quinta edición de *Popol vuh*, en la editorial Literatura Abierta, dentro de la colección “Maestros de la literatura histórica”, un compendio de mitos de la civilización maya que habitó Mesoamérica, en una versión transparente gracias al estudio cuidadoso del texto original que lo hace comprensible para el lector.



Dentro de esa misma colección, también publica ahora *El hijo de Darío* y la segunda edición de *La última batalla*. Sobre estos libros y sobre la novela histórica en líneas generales hablamos con Franco Sandoval, cuya amplia



formación académica le permite haber recorrido una buena parte de la humanística. ¿Cómo ha sido de importante esta amplia base cultural en el desarrollo de su actividad literaria?

Esa base crea un horizonte de confianza, pero al mismo tiempo, de relativa humildad. Uno es consciente de que algo sabe porque ha estudiado, pero, al mismo tiempo, que nuestros conocimientos apenas son hipótesis vitales. Lo valioso es ver los hechos desde todos los ángulos posibles y, si la luna tiene parcelas oscuras, pues inventar lo que haga falta siempre pensando en lo probable.

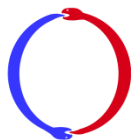
Es frecuente cuestionar la necesidad del doctorado en ámbitos no académicos o de investigación, alegando que no aporta demasiado y que es mejor invertir el tiempo que supone la elaboración de una tesis doctoral en una formación complementaria. ¿Qué importancia tiene para usted el doctorado en la formación académica? ¿Cómo ha influido ese último paso formativo en Franco Sandoval como escritor?

Desde que ingresé a mi segunda carrera (licenciatura en Letras y Filosofía) en una universidad jesuita, me formé la idea de que una tesis es una buena excusa para escribir un libro. Y así lo hice: me tomé 17 meses para estudiar algo que me generaba mucha curiosidad, por qué es importante entender el *Popol Vuh*, un libro que compendia mitos mayas. En mi estudio de doctorado en Sociología Política en la UPSA pasó algo similar: ¿por qué se elogia tanto a la democracia?, me preguntaba, y le dediqué cuatro años a estudiar las teorías formuladas por prácticamente todos los teóricos de la democracia, desde Platón y Aristóteles hasta los más contemporáneos como Sartori y los académicos estadounidenses. Sobre todo, me interesó contrastar esas teorías —muchas de ellas piropos— con la realidad. De allí surgió al comienzo de este siglo mi concepto de “de-

sencanto con la democracia” con base en varios estudios de sicología social. Aparte de que mi graduación fue con *summa cum laude*, lo fundamental es que sobre ese “sagrado” concepto de democracia a mí no me dan atol con un dedo, al extremo que lo he convertido en eje de una novela sobre el congreso de la república de mi país. Esa tesis convertida en libro ha ayudado un poco a que ahora esté de moda hablar en Occidente de desencanto para explicar lo que pasa aquí o allá. Antes me había pasado algo similar con el concepto de “cosmovisión”, algo muy distintito a ideología: ahora la intelectualidad maya lo ha internalizado para entender mucha de su herencia cultural.

Si echamos un primer vistazo a su producción literaria, sería fácil identificar tres grandes grupos en sus obras: las más cercanas al ámbito académico y de investigación, las del ámbito de la ficción y los ensayos propiamente dichos. Aunque en sus novelas no deja de haber un trasfondo real e histórico, lo cierto es que no dejan de ser novelas, es decir, obras de ficción. No siempre es posible contestar a esta pregunta, pero sin que tenga que decantarse por uno u otro ámbito, ¿en qué ámbito se encuentra más cómodo como escritor?

En el paciente trabajo de la novela histórica. La razón es muy simple: solo hago lo que me da gozo, y como aprendiz permanente investigador hasta por manía personal. Todo viaje, lectura o conversación es motivo para enriquecerme de datos sobre aquello sobre lo que estoy escribiendo. Lo pongo en plural porque siempre tengo más de dos proyectos en curso, unos más avanzados que otros. La novela histórica te permite darle una mirada divertida a lo que nos dicen que sucedió. Además, como se trata de ficción, es una forma de dar pinceladas de cariño a personajes que uno quiere y admira, como es mi caso con Bartolomé de las Casas y Rubén Darío.



¿Le resulta difícil salir de esa supuesta “zona de confort” para adentrarse en otros mundos literarios?

Un poco, sí. Trabajar el ensayo me cuesta ya un poco porque aquí la pasión debe dar paso a la seriedad investigativa y expositiva, lo cual supone afán documental; luego seriedad expositiva. Pero una vez adentrado también le pongo ganas. La clave, repito, es trabajar en lo que a ti te gusta, lo que genera vitaminas de pasión, sea por el tema o asunto que trabajas, por la época que asocia con algo personal, o simplemente por molestar a tus “enemigos”.

Una parte de sus obras se han acercado a la realidad de la cultura maya. Desde la lejanía de la distancia y del tiempo —y quizá influenciada por la tendencia humana al mito y por el cine *made in Hollywood*—, la percepción de la cultura maya para el europeo medio está más ligada a la aventura arqueológica y a la imaginación desbordada que a la realidad de una civilización concreta en un determinado contexto histórico. Soy consciente de que todo resumen resulta escaso, poco concreto y divulgativo en exceso, pero... ¿podría ponernos en situación para entender la realidad de la cultura maya?

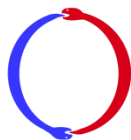
Hay suficientes datos y evidencias que muestran que los mayas fueron una de las cinco grandes civilizaciones del mundo. Arrancó en el corazón de América hace cuatro mil años, sin metales, animales de carga o energías extraterrestres y, sin embargo, tuvo logros como desarrollar un sistema de escritura, construir ciudades-Estado en varias partes del territorio que ahora es México, Honduras y Guatemala, construir palacios tan enormes que requerían el acarreo, el labrado y la colocación de piedras de una manera ordenada y artística; sobre la base de un sistema de numeración, un calendario preciso y la observación astronómica, hasta predijeron eclipses. Me gusta decir que mien-

tras los mayas estudiaban la conducta de estrellas tan caprichosas como Venus, los europeos quemaban brujas...



Sí, sé que es difícil. Quizá en otro momento pueda brindar a los lectores de *Oceanum* una mirada más amplia sobre este asunto tan atractivo que la que permite el entorno de una entrevista...

Claro, con mucho gusto. En mi caso, como antropólogo cultural, carrera que estudié gracias a una beca que me ofreció la Universidad del Valle de Guatemala, desde el principio he estado concentrado en la parte más invisible de la cultura maya, los mitos. Tanto en estudios de campo en comunidades que han conservado una visión muy alejada de Occidente como a través de las crónicas escritas en el siglo XVI, he estado gozando durante treinta años con tales estudios e investigaciones y, sobre todo, compartiendo a través de talleres esa antigua sabiduría. En uno de ellos tuve como alumnos a sacerdotes, monjas y hasta obispos. He descubierto que haciendo teatro didáctico las per-



sonas captan no solo las ideas, sino el sentimiento que hay detrás de una leyenda antigua que tiene escondidos ciertos valores.

Ahora, de la mano de Literatura Abierta, dentro de la colección “Maestros de la novela histórica”, tendremos en las librerías *El hijo de Darío* y *La última batalla*. La novela histórica está de moda y muchos grandes autores se han asomado a este género; sin embargo, hubo quien aseguró que “la novela histórica ni es historia ni es novela”. Al margen de que esa frase, en sí misma, no supone gran aportación y se limita a hacer una graceja —la poesía o el teatro caben también en ella—, lo cierto es que suele ser difícil equilibrar el peso de la parte de ficción (la novelística) con el peso de la parte de no ficción (la histórica) sin cargar más las tintas en una de ellas. ¿Cuál es la cantidad que se debe usar de estos ingredientes en una buena novela histórica?

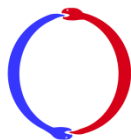
Una novela histórica no es buena o mala por la dosis de “verdad” que haya en ella, sino por la forma, el estilo, el punto de vista y la pertinencia de los recursos narrativos que utilice el autor. Entre *El hijo de Darío* y *La última batalla* hay tantas similitudes como diferencias. Su común denominador es ocuparse de manera central en un personaje —Rubén Darío en un caso, fray Bartolomé de las Casas, en el otro—, pero mientras en un caso todo se ubica en las últimas horas de un moribundo en el otro abunda el caos del gran poeta, cuentista y periodista nicaragüense; está bregando desde que nace hasta que, ya muerto, le serruchan el cráneo para ver cuánto pesa su cerebro.

Durante la tarea de confección de una novela histórica hay todo un proceso de documentación que suele ser extraordinariamente costoso en tiempo y esfuerzo del escritor. Toda esa documentación resulta imprescindible, aunque no siempre tiene un reflejo claro en las páginas finales de la novela. De hecho, es frecuente

que el escritor tenga la sensación de que ha trabajado mucho y muy duro para conseguir un resultado final que parece un texto corto frente a esa tarea. En consecuencia, a veces cae en la tentación de aprovechar ese trabajo para el texto e incorporar un exceso de datos históricos que podrían aburrir al lector potencial. ¿Cómo evita Franco Sandoval caer en esa tentación?

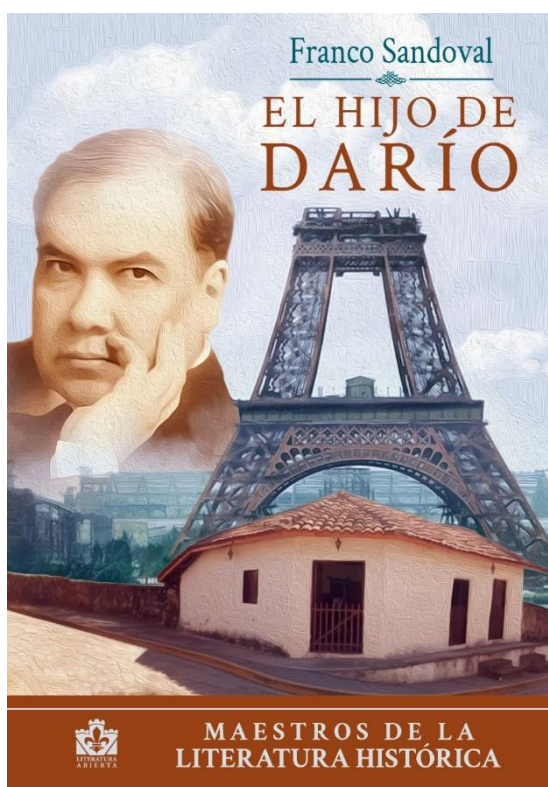
Tu argumentación es correcta. A veces se trabaja mucho para incorporar un leve dato, y a veces lo contrario: se lee un dato y eso dispara la imaginación. Escribir novela histórica no admite recetas, si bien sus niveles de exigencia son muy altos. Yo diría que el estándar que han puesto los escritores británicos es todavía la vara de medir en cuanto a calidad. Sin embargo, las verdaderas lecciones de ellos pasan más bien por el uso prudente de la ironía y el detalle descriptivo. Después, muy poco más.

Si vamos a lo concreto de las obras que ahora va a publicar, observamos que nos trae al momento actual a dos personajes históricos muy relevantes en la historia y en la cultura hispanoamericana, Rubén Darío y fray Bartolomé de las Casas, muy alejados entre sí tanto en el tiempo como en sus respectivos ámbitos de influencia. Por empezar por el más cercano, el escritor nicaragüense Rubén Darío, máximo representante del modernismo en lengua española y que, en una medida u otra, influyó poderosamente en la poesía de la primera mitad del siglo XX. Hace poco, en nuestro número de julio/agosto de este año, publicábamos en *Oceanum* un fragmento de *Todo al vuelo*, titulado “Films de París”, dentro de la sección “Gran Sol”, en el que la ciudad de París pasa delante de la óptica de Darío y termina por plasmarlo en una serie de visiones y lugares emblemáticos de la capital francesa, algunos de los cuales aún son reconocibles en la ciudad actual. ¿Qué aporta en el momento actual del



primer cuarto del siglo XXI una novela histórica con este personaje como icono central?

La obra de Darío lamentablemente necesitó defensores porque las letras de él y el modernismo siempre estuvieron bajo ataque de los tradicionales costumbristas, en España y en América Latina. Se hablaba en su tiempo de “los rubendariacos” y hasta se publicaron notas periodísticas alegrándose de que Rubén Darío había muerto. *Wishful* periodístico, por supuesto. En 1935 en Buenos Aires hubo una ceremonia en donde dos personajes que al principio se burlaban de él elogiaron su renovación poética a más no poder. ¿Sabes de quiénes se trata? De Pablo Neruda y García Lorca. Treinta años después desde y esa misma ciudad Jorge Luis Borges dice algo que cito en mi novela, que Rubén Darío es inevitable precursor de la literatura en idioma español.

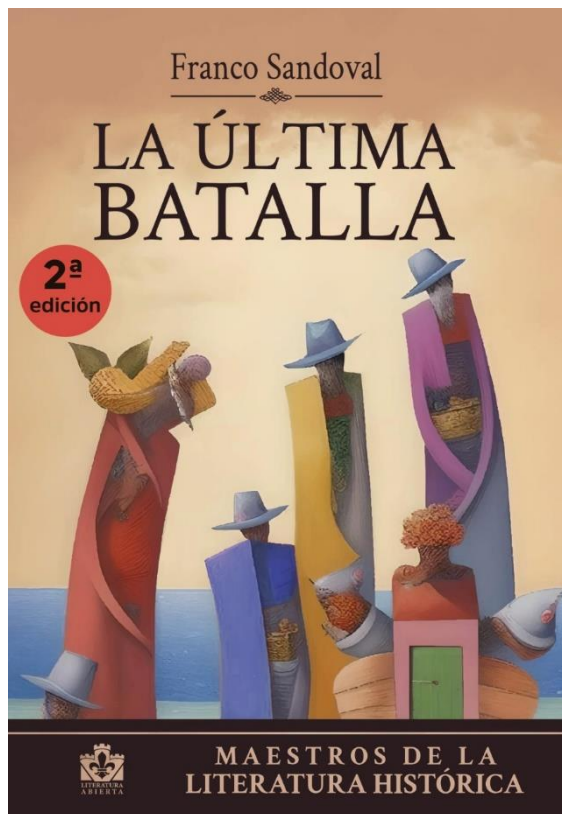
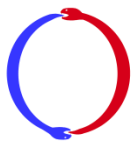


El modernismo fue un movimiento que concitó tantos amores como odios, quizá por su planteamiento pretendidamente rupturista respecto de los movimientos anteriores, aunque no deja de tomar elementos del romanticismo francés

y, sobre todo, del simbolismo de Verlaine. Incluso algunos modernistas en sus inicios, como Juan Ramón Jiménez o Antonio Machado, terminan por renegar del movimiento y, en el caso del segundo, llegan a bromear con el uso de palabras rimbombantes en obras como *Juan de Mairena*. A principios del siglo XX, quienes denostaban el lenguaje hiperculto del modernismo llegaron hasta su ridiculización en diversas obras de teatro, como *Tenorio modernista*. *Remembrucia enoemática y jocunda en una película y tres lapsos* o, de una forma más sutil, en *La venganza de don Mendo*. Sin embargo, Rubén Darío recibió elogios de poetas de la talla de García Lorca o Neruda, aunque estuvieran separados por sus estilos. ¿Cuál cree que fue la mayor influencia de Rubén Darío en la literatura posterior?

La influencia de Darío ciertamente fue muy importante en la creación literaria, pero también en campos solo tangencialmente literarios. Él, junto con José Martí y Enrique Gómez Carrillo, crearon un modelo de trabajo para el subgénero periodístico que conocemos como crónica: recuento elegante y preciso de lo observado, como quien invita a venir a ver si lo que digo es cierto y maravilloso. A pesar de que fue un frustrado diplomático, Darío dio un mensaje a los gobiernos y los políticos: tengan embajadores que sepan proyectar las mejores imágenes de sus países, elegantes en el vestir y más todavía en el buen decir. Pero, efectivamente, la verdadera revolución de Darío no estuvo en eso ni en sus afanes amorosos, sino en la renovación literaria llamada modernismo. Lo que yo destaco de él es el método: partir de algo extraño e intuitivamente valorado como es la poesía y el idioma francés para meterse en sus entrañas sin dejar de escribir en español.

El otro gran personaje de las obras que ahora nos ocupan es fray Bartolomé de las Casas, el considerado como padre de la “leyenda negra española”. ¿En qué contexto se mueve su novela histórica?

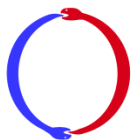


Alguien que ha leído con esmero mi novela me dice que lo que mejor reflejo en ella es la convicción y el coraje de Bartolomé. Lo mejor del alma española, un Cid que defiende la causa de que los indios tienen alma. Ahora se dice fácil, pero en su tiempo había que convencer de eso a los reyes y hasta al papa, no digamos a los encomenderos y gobernadores españoles de las islas del Caribe. Fray Bartolomé es el precursor de la noción de Defensores de Derechos Humanos, Ombudsman, como dicen los nórdicos. Al final de cuentas, su discurso fue político, de cambio humanitario. Yo sé que España se ha contaminado con la Leyenda Negra; mi tesis es que aun cuando él hubiera avalado la importación de esclavos de África —cosa no muy clara— el espíritu de él fue liberar a sus hermanos de alma, los nativos americanos. En la novela sobre Bartolomé hay algo que nos hace gemelos: la lucha. Yo soy décimo hijo de un padre analfabeto que, a pesar de eso, él junto a mis hermanos mayores me dejaron lecciones de vida tan fuertes como un doctorado.

Los escritos de fray Bartolomé de las Casas, aún a fecha de hoy, están teñidos de polémica y es fácil encontrar posiciones encontradas a la hora de analizarlos. Lo cierto es que, al margen de la exactitud de esos escritos, las monarquías europeas rivales de la española los usaron como ariete, a pesar de que, si se observa el resultado final, el porcentaje de población indígena originaria y mestiza es alto o muy alto en todos los países hispanoamericanos y casi inexistente en EE. UU., Canadá o Brasil, lo que más bien apunta en la dirección de un verdadero genocidio británico...

Bartolomé, como digo, fue un luchador con un arma que desde entonces es poderosa, la pluma. En su caso se agrega el ejemplo, testimonio que pesa, como cuando él deja libres a sus esclavos en un momento de fiesta religiosa. Los escritos de este santo son un llanto doloroso contra los esclavistas y matones como Pedrarias Dávila, Cabeza de Vaca, los hermanos conquistadores de Perú y el mismo Hernán Cortés. Yo veo a Bartolomé como un maestro eterno, y eso se transparenta en la novela. No es poesía, sino una película de dolor, el calvario donde murieron millones de nativos.

La vida de fray Bartolomé de las Casas tuvo muchas idas y venidas, desde los primeros tiempos de relator hiperbólico de los excesos cometidos por los conquistadores españoles —basados siempre en testimonios de segunda mano, a pesar de escribirlos en primera persona—, pasando por su propuesta a Fernando el Católico de usar mano de obra negra africana como esclava, la retractación posterior de esa idea por considerar incorrecta cualquier forma de esclavitud, hasta llegar a una especie de propuesta pacífica de colonización en la que los indígenas debían ser atraídos a la fe católica. ¿Era fray Bartolomé de las Casas un hombre bienintencionado que se vio sobrepasado por los acontecimientos desatados a gran velocidad a su alrededor, en un mundo cuya percepción cambiaba día a día?



En esta pregunta noto antipatía hacia quien fue un gran héroe. En Guatemala hay una región del norte del país que cubre dos departamentos: Alta Vera Paz y Baja Verapaz. En la década de 1530, esa región era Tezulutlán, tierra de guerra donde los conquistadores españoles fueron repelidos con palos, pedradas, flechas y macanas. Pues Bartolomé se fue allá con otros dominicos y algunos nativos a demostrar que la palabra y la actitud de hermanos era más poderosa que los caballos y los arcabuces. Hoy, en pleno siglo XXI, debido a ese gesto la región de la Vera Paz, no solo es rica en arroyos de agua cristalina, sino en la orgullosa conservación de su lengua, el kekchí. Aunque no tengo datos de antropología física, a pesar de la pobreza que allí priva, me atrevo a pensar que entre ellos son los indígenas de más altura física. ¿Se capta mi mensaje?

¿Cómo dibuja en su obra a fray Bartolomé de las Casas como ser humano, más allá de los demás condicionantes que quedan para el debate histórico?

Sin saber que venía esta pregunta, la brujería me ha llevado a responderla por anticipado.

A menudo, uno de los principales retos del escritor de novela histórica es el de plantear la visión de una época diferente a la nuestra con los ojos actuales. Y esto es mucho más complejo en la medida en que esa época está más lejos en el tiempo o en las costumbres. Nuestra sociedad actual es diferente a la del periodo entre los siglos XIX-XX, como en el caso de tratar al personaje de Rubén Darío, aunque si pudiésemos viajar en el tiempo, no nos sorprenderíamos demasiado y hasta podríamos hacer en esa época una vida más o menos normal. Pero ¿cómo se puede situar al lector en el siglo XV o el XVI, en una época y un lugar que no se parecen en nada al momento actual y donde las escalas de valores no tienen una corresponden-

cia clara, ni siquiera en los mínimos aceptables, con las actuales, como, por ejemplo, en el derecho a la vida?

Nadar en aguas profundas siempre es muy difícil. Distante y profundo es ese otro tiempo, pero el alma es una sola antes y ahora. Pascal tenía razón cuando decía que el cerebro tiene dificultad en captar “las razones” de nuestro corazón. Algo parecido decía Husserl y un filósofo español que hablaba de la inteligencia sentiente. Para navegar bien en aquellas aguas es que nos sirven las versiones históricas sobre determinado hecho. No hay que ser posmoderno para saber que la historia es siempre una versión. Estudiar los glifos mayas —auténtica historia— lo deja claro: sus escritos son historia oficial, culto hacia sus gobernantes, su calendario y sus deidades. ¿Debo protestar por eso?

Como escritor de novela histórica, ¿qué le diría a alguien que pretenda seguir ese mismo camino literario?

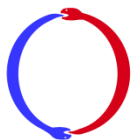
Que lea unas diez buenas novelas históricas, sobre todo británicas, *El otoño del patriarca* y *Yo el Supremo*; después que decida si eso es lo que desea hacer.

¿Qué futuro aguarda a la novela histórica?

Ser la versión más seria de la literatura, entretenida si es buena y aburrida si es mala.

¿Cuáles son sus proyectos literarios para el futuro?

Revisar, revisar y revisar. Durante treinta años he escrito muchos borradores. Tengo, por ejemplo, dos novelas sobre fútbol, una relacionada con la política y la otra con la emergencia que provoca la erupción de un volcán. En otra finjo ser un arqueólogo que realiza diversos descubrimientos en ciudades mayas a la par de



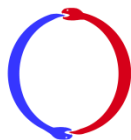
abundantes pasiones amorosas; ahora tiene dos títulos provisionales: *Amores arruinados* o *Las piedras hablan más que tú*. Me encantaría recibir sugerencias sobre este asunto. Lo que tengo claro es que soy tan mal poeta que no me queda más remedio que ponerle ingredientes de poesía a mi narrativa.

Esperamos ver en papel los resultados de estas propuestas, que suenan atractivas y muy interesantes. Estaremos atentos y quizá tengamos oportunidad de que nos vuelvas a comentar tus impresiones, esa vez sobre los nuevos títulos —sean los que sean— de estas novelas. Hasta aquí nuestras preguntas, cuyas respuestas agradecemos a Franco Sandoval. El contraste de opiniones y la interesante visión expresada en sus palabras empuja a una lectura de su novela histórica para adentrarnos en personajes que nadie dudaría en calificar como únicos y trascendentes. Gracias por tus palabras.





El amor reinventado. Venecia,
de Ángela Martín del Burgo



Isabel Mendieta



Dice Sebastián —profesor de Filosofía y narrador protagonista de la novela *El amor reinventado. Venecia* de Ángela Martín del Burgo— que “la llegada hasta Venecia se cargaba de asombro y de maravilla”, y ciertamente, Venecia es un misterio impactante. En la obra ejerce una fascinación sobre los personajes que lo trasciende todo. La Gran Dama, como se refieren a ella, parece manejar con hilos invisibles tanto a profesores como alumnos, influyendo de manera decisiva en sus reacciones y comportamientos. Sebastián se siente invadido por su presencia y dice que la Gran Dama “lo contaminó todo de sí misma”. El viaje de estudio que realiza con los alumnos y otros profesores es también un viaje de iniciación y aprendizaje, y un viaje hacia el amor reinventado, como indica el título de la novela.

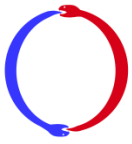
El profesor, tras una etapa de soledad y vacío, se volverá a enamorar de Isabel, profesora de Literatura, precisamente en Venecia. Un amor

inevitablemente unido a la muerte y a la belleza, porque todo se va y vuelve a renacer con un esplendor nuevo, como el Ave Fénix.

Algunos alumnos también sienten y sufren por amor, como es el caso de Sara, enamorada de su amiga Eva. Relación que no termina por hacerse explícita. Aparecerá en escena Miguel, que inicia una relación amorosa con Eva y provocará un verdadero cataclismo en su amiga. Sara, con problemas de anorexia, autoestima y depresión, descubrirá la relación de Eva con Miguel a través de una escalofriante anécdota, y llegará su dolor a tal extremo que intentará suicidarse en Venecia, lanzándose a las aguas de la laguna. Es “la osadía de la muerte rozando la belleza de la adolescencia, de la juventud”. Únicamente el profesor de Filosofía como un razonador Poirot, el detective de Agatha Christie, empatizará con ella y, asumiendo su tristeza, su dolor y su desesperación, descubrirá lo que haya ocurrido. Los demás mirarán con recelo y perversidad su interés hacia la alumna, incluso con celos, como hace su enamorada Isabel. Y es que el amor es la fuente de todos los demás sentimientos, y Venecia, el recipiente perfecto.

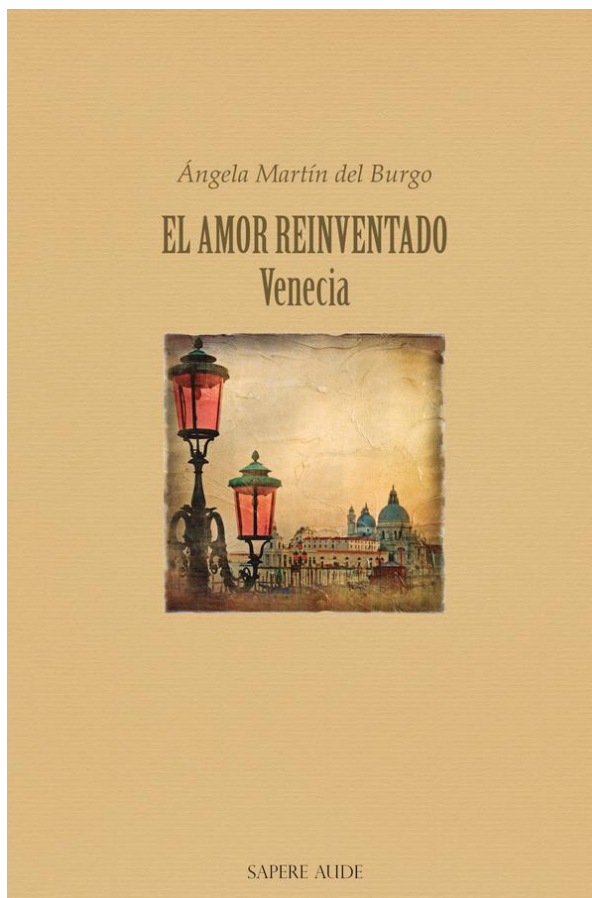
La novela es también un extraordinario recorrido por la ciudad, sus museos, iglesias, *palazzi*, plazas..., descubriendo atardeceres melancólicos, amaneceres brillantes y noches sobrecogedoras, que se introducen por los poros de la piel del protagonista.

En *El amor reinventado. Venecia* hay asimismo crítica de arte, como ocurre con tres cuadros hallados en los Museos de Venecia (*La Accademia*) y Florencia: *La alegoría de la primavera* de Sandro Botticelli —de la que los propios alumnos llevarán a cabo una escenificación—, *La tempestad* de Giorgione y la *Alegoría sacra* de Bellini. Tres obras sobre las que alumnos y profesores vierten su imaginación e interpretación.



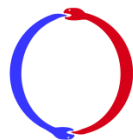
Sebastián es quien mejor percibe y resume todo ese mundo de sentimientos y sensaciones, llegando a decir:

Venecia es un mundo de ultratumba, en el que el amor y la muerte se dan la mano y no es posible concebir uno sin otro, como no lo es la vida sin la muerte; de ahí, el temblor; de ahí, la melancolía; de ahí, la dulzura; de ahí, la belleza que Venecia nos ofrece.





**Notas sobre la escritora
sudafricana Kopano Matlwa**



Pravia Arango

por una violación; católica practicante con la fe haciendo aguas porque la fe es ciega y ella empieza a ver, a saber, a plantearse; intento de cambiar la xenofobia del negro sudafricano (sí, las fobias no solo son cosa de blancos) con resultados brutales...

Novelita breve, muy bien escrita, que plantea cosas para negros y blancos. Una excelente manera de acercarse a la literatura africana actual tan lejana y desconocida como el océano de hielo del polo Sur de la Luna. Ven que creo a pie juntillas las noticias de los informativos.

Postre musical

Mi vecina Eva, una negra orgullosa de serlo, tiene un gusto musical increíble. La vi y me dio un repente, le pedí un título para esta novelita y me hizo esta sugerencia oportunísima. La canción, “Jerusalema”, de *Master KG* y que cuenta con la impresionante voz de la solista sudafricana Nomcebo Zikode, está escrita en venda. Nos habla de Jerusalén como un lugar fraternal para todo el mundo. Paz, PAz, PAZ.



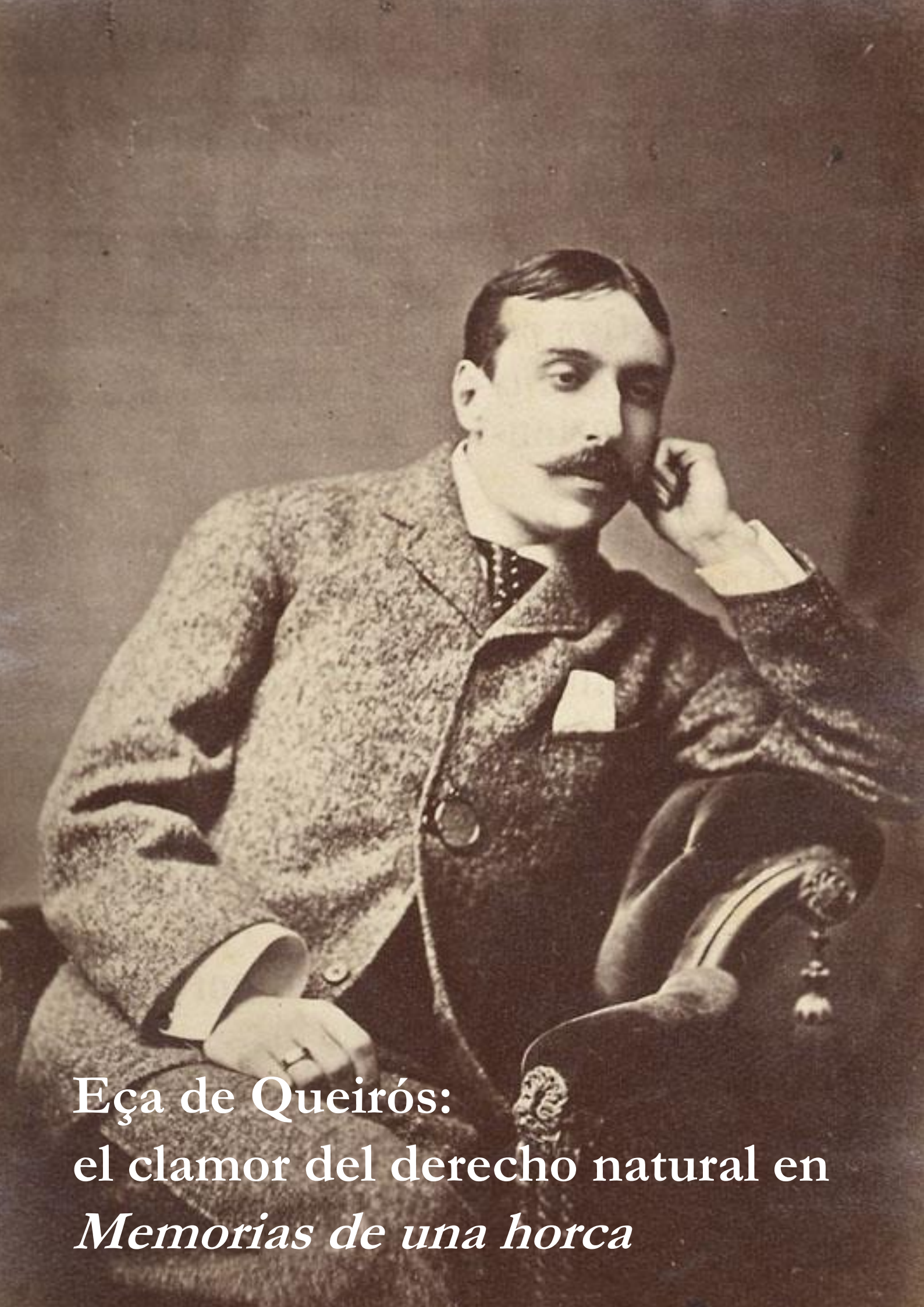
Si la anglonigeriana Bernardine Evaristo con su novela *Niña, mujer, otras* (premio Booker 2019) nos presenta casos de varias africanas que han logrado insertarse en el mundo blanco occidental, Kopana Matlwa en *Florescencia* va más allá y nos cuenta la historia de una médica negra en su país (Sudáfrica).

Uno tiende a suponer que esta doctora ha logrado su sueño: trabajar en un lugar interior, al margen de los vaivenes meteorológicos y con un salario digno. ¿Se puede pedir más? Pero la suposición queda lejos de la trama de la novela.

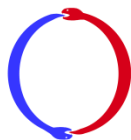
La protagonista tiene problemas físicos, psicológicos, ideológicos y sociales. Ahí va un “spoiler”: ablación endométrica; duelo no superado por el suicidio de un hermano; trauma



Ustedes disculpen la cursilería.



Eça de Queirós:
el clamor del derecho natural en
Memorias de una horca



Diego García Paz

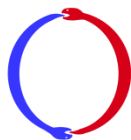
viene a ser una corriente literaria opuesta al romanticismo. Pero, no solo contribuye a esta opinión el fondo del asunto sobre el que versa la obra, claramente crítica con el proceder humano en un aspecto como la impartición de justicia, que se presume virtuoso o elevado (razón por la que el relato también tiene un tinte irónico, pues difícilmente puede hablarse de virtud dado el comportamiento del ser humano, aunque simule otra cosa); la forma en la que se expresa el autor, los recursos literarios empleados, partiendo de que se trata de un monólogo interior, con escenas claramente tenebrosas y explícitas, eleva a *Memorias de una horca* en un peldaño más allá del romanticismo, para entrar en lo gótico.

La obra es una reflexión, esto es, una personificación —por lo tanto, tenemos al propio autor hablando por medio de un personaje al lector— de una horca, objeto empleado en los ajusticiamientos de los condenados. El autor encuentra casualmente unos papeles donde esta horca había dejado escritas sus memorias. Y a partir esta presentación, la horca toma la palabra, describiendo su origen, en un roble; cómo entonces vivía en libertad y era testigo del curso de la naturaleza, del crecimiento de las hojas, del vuelo de las aves y de la vida de los seres humanos, a los que cobijaba bajo sus ramas. Hasta que llegó el día en el que unos hombres cortaron el árbol y a patadas, lo tiraron en lo que llama un “patio infecto”. Así como ella sabía que otros árboles tenían un destino más luminoso, vigas para las viviendas, o mástiles para barcos, a ella le correspondió el dar muerte a los condenados por la justicia humana. Así lo expresa:

¿Qué iría a ser yo?... Llegamos. Tuve entonces la visión real de mi sino. ¡Iba a ser una horca! Y me quedé inerte, destrozada por la pena. Me levantaron. Quedé sola, tenebrosa, en un campo. Había entrado, al fin, en la realidad dura de la vida. Mi destino era matar. Los hom-

 José María Eça de Queirós (1845-1900) fue un jurista y escritor portugués, considerado uno de los más importantes narradores lusitanos, adscrito al realismo. Comenzó a escribir durante su carrera universitaria, en formato de artículos, posteriormente recopilados, y más tarde relatos cortos y novelas, destacando *El crimen del padre Amaro* y *Los Maia*. Como miembro de la carrera diplomática, salió de Oporto y Lisboa para conocer mundo, habiendo sido destinado en La Habana o Bristol.

Uno de los relatos o cuentos más significativos de Eça de Queirós desde la perspectiva iusfilosófica se titula *Memorias de una horca*. Se trata de una narración que, de forma breve, rezuma, en primer lugar, un sentimiento de tristeza ante la realidad de los resultados de la justicia impartida por los hombres que, desde mi punto de vista, en cierta forma hace que el relato tenga un componente romántico notable, a pesar de que, en términos generales, el autor se encuentre adscrito al realismo, que



bres, con sus manos siempre cargadas de cadenas, de cuerdas y de clavos ¡habían ido a buscar un cómplice entre los robles austeros! Yo iba a ser la eterna compañera de las agonías. ¡Sujetos a mí se balancearían los cadáveres como en otro tiempo las ramas verdes salpicadas de rocío!

¡Mis frutos serían negros: los muertos! Mi rocío sería de sangre.

Eça de Queirós vuelve al realismo, a la descripción precisa, no tan poética, del contexto, y detalla cómo un cadáver se mueve con el viento, cómo los buitres lo asedian y comen una parte de su rostro, y la horca llora, clama al cielo contra la mal llamada justicia del hombre y pide a Dios que la devuelva a la naturaleza floreciente, carente de maldad, de la que procede. Pero no recibe respuesta, y pasan los años, y también las muertes que ella propicia a consecuencia de las sentencias de condena. Solo ruega por envejecer y pudrirse ella misma, como cosa que es, y así ya no pueda servir para llevar a cabo esos actos. Es en este punto en el que la horca, esto es, el propio Eça de Queirós, invoca la razón de esta desesperación, que no es otra que los errores en las condenas, las sentencias injustas y las muertes propiciadas desde la arbitrariedad, aún revestida de formalismo:

Ahorqué a un hombre, un pensador, un verdadero político, criatura del bien y de la verdad, alma bella, pletórica de las formas del ideal, defensor de la luz. Fue vencido y ahorcado.

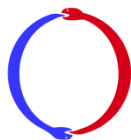
Ahorqué a un hombre que había amado a una mujer, que había huido con ella. Su crimen era el amor, al que Platón llamó misterio y al que Jesús llamó ley. El aparato jurídico castigó la fatalidad magnética de la afinidad de las almas ¡y corrigió a Dios con la horca!

Ahorqué también a un ladrón. Este hombre era obrero. Tenía mujer, hijos, hermanos y madre. En el invierno quedó sin trabajo, sin fuego, sin pan. Invadido por una nerviosa desesperación,

robó. Fue ahorcado a la puesta de sol. Los buitres no acudieron. El cuerpo llegó a la tierra limpio, puro y sano. Era un pobre cuerpo que había sucumbido porque lo apreté con rigor, como el alma había sucumbido por colmarla y engrandecerla Dios.

De todo el relato, que concluye con la desaparición de la horca, por los años y el desgaste, se desprende un mensaje crítico muy claro: de forma genérica, por supuesto, se trata del rechazo a la pena capital, a la pena de muerte. Pero existe un tema más profundo y raíz de aquella conclusión general: la justicia humana es una justicia falible, que puede, bien equivocarse, o bien algo peor: ser dirigida para cometer un crimen con la apariencia de acto legal, siendo en verdad una actuación arbitraria y maligna, hecha con un fin de venganza o para saciar el ánimo morboso de algunos o de muchos, si bien con una pátina de pretendida virtuosidad. Y siendo esto así, también cabe en un sentido opuesto: no con ese tipo de condena, pero sí es posible la privación de un castigo a quien verdadera y justamente lo merece, por razones diversas, pero completamente alejadas de la luz e insertas en penumbras.

Puede perfectamente colegirse que aquella naturaleza original de la que la horca procede, y que ahora, en la que no existe maldad, es una plasmación literaria de la ética, siendo así que, en la naturaleza, ese destino del roble como horca no existe. Solo es una finalidad creada por el hombre: el “patio infecto”. De modo que la separación de dicha obra humana de la ética original propicia resultados injustos e irreparables. Una justicia humana al margen de la ética no podrá producir un resultado positivo, desde cualquier prisma, específicamente o en abstracto. La horca, por ello, al conocer el bien, aborrece su propia existencia y quiere morirse, reprochando al hombre su creación abocada a provocar el mal. Su propia



existencia es el reflejo de que moral y norma jurídica, Derecho Natural y Derecho Positivo, han emprendido caminos separados, y siendo esto así, nunca la verdadera Justicia, como virtud que es, podrá materializarse en la sociedad.

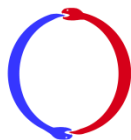
El cuerpo se me enfría: tengo conciencia de que poco a poco dejo de ser pudrición para transformarme en tierra. ¡Voy, voy! ¡Oh tierra, adiós! Me vierto a través de las raíces. Los átomos huyen hacia toda la vasta Naturaleza, hacia la luz, hacia el verdor. Apenas oigo el rumor humano. ¡Oh, antigua Cibeles, voy a meterme dentro de la circulación material de tu cuerpo! Veo aún vagamente la apariencia humana, como una confusión de ideas, de deseos, de desalientos, entre los cuales pasan cadáveres ¡transparentes, bailando! ¡Apenas te veo, oh mal humano! ¡En medio de la vasta felicidad difusa del azul eras sólo como un hilo de sangre!

¡Las floraciones, como vidas ávidas, comienzan a aplastarme! ¿No es cierto que allí abajo, aún, en el poniente, los buitres hacen el inventario

del cuerpo humano? ¡Oh materia, absórbeme! ¡Adiós! ¡Hasta nunca más, tierra infame! Veo ya que los astros, como lágrimas, atraviesan la faz del cielo. ¿Quién llora así? ¡Me siento ya disuelta en la vida formidable de la tierra! ¡Oh mundo oscuro, de barro y oro, que eres un astro en el infinito, adiós! ¡Adiós! ¡Te dejo en herencia mi cuerda podrida!

¿Cualquier lectura pasada
fue mejor?





Diego Fernández Fernández

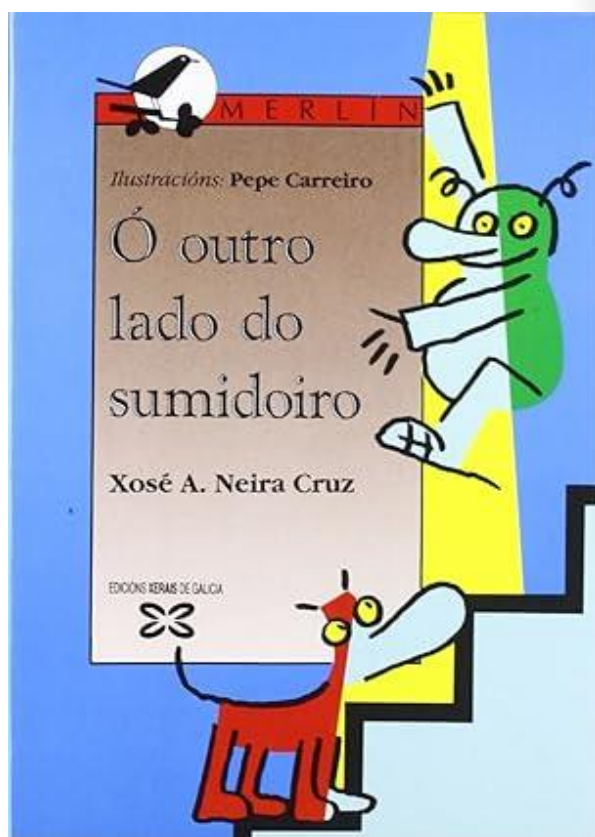
Introducción

La duda me asaltó hace un par de meses, después de terminar de leer un libro de literatura infantil que llevaba buscando desde que iba al colegio.

Estaría yo cursando 3º de EGB (desconozco cuál es la equivalencia en el sistema educativo actual) cuando cayó entre mis manos *Ó outro lado do sumidoiro*¹, una novela de 147 páginas en la que se cuentan las peripecias de un hombre sexagenario, poseedor de unas gafas para ver la realidad que, en compañía de un perro vagabundo, viaja a un mundo de fantasía, y cuyo desenlace me quedé sin conocer por tener

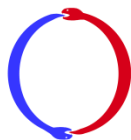
que entregar el libro a la biblioteca de mi centro escolar, pero que se me quedó clavado entre ceja y ceja durante más de treinta años.

Varias veces intenté conseguirlo en varias librerías a través de los cauces normales, el resultado fue siempre infructuoso. Por obra y gracia de Internet supe que la obra en cuestión llevaba años descatalogada. Cuando ya tenía abandonada toda esperanza de hacerme con él, hasta el punto de no recordar mi empeño en hacerlo, un buen día voy y lo encuentro en el baúl de *descartes* de la biblioteca pública de mi ciudad.



Conforme avanzaba en su lectura, me iba dando cuenta de que la historia no era tal y como yo la recordaba, incluso llegué a plantearme dejarla nuevamente inconclusa, aunque en esto último pudo más el deseo de satisfacer la curiosidad de mi yo niño que llevaba años

¹Neira Cruz, Xosé Antonio. (1989). *Ó outro lado do sumidoiro*. Edicións Xerais de Galicia



preguntándose cómo terminaría aquella aventura bizarra del *viejiño* y su amigo el can.

Fue mayor el sentimentalismo que la calidad literaria de la obra. Es más que posible que el recuerdo que tenía de esta estuviese sobredimensionado por todos los años que anduve en su búsqueda.

De esta forma fue como me pregunté a qué obedece esa tendencia que tenemos todas las personas por mirar hacia el pasado, y en qué medida hacerlo nos beneficia o nos perjudica.

Recuerde el alma dormida

“avive el seso y despierte / contemplando / cómo se pasa la vida, / cómo se viene la muerte”

Para todas aquellas personas que estudiamos en EGB, estos versos de Jorge Manrique, junto con los de la *Canción del pirata* de José de Espronceda, son quizás los que más inalterables



permanecen en nuestra memoria y que muchos

años después aún nos atrevemos a recitar sin titubeos.

Se encuentran insertos en las *Coplas por la muerte de su padre*, una elegía del siglo XV que Manrique escribió para honrar a su progenitor fallecido, y que en suma constituye un alegato a la temporalidad del ser humano y su paso por el mundo.

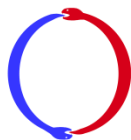
Jorge Manrique, hombre de profundas creencias religiosas, reflejó en sus obras la mística medieval, que consideraba a la vida humana como un simple trámite hacia la eternidad del espíritu una vez se sobrepasaba la muerte.

De ahí que en las *Coplas*... puedan encontrarse numerosas referencias a esta forma de pensar y a como no resulta útil volver la vista a lo pasado. Aunque esta última idea es erróneamente interpretada y suele tomarse como *leitmotiv* de la obra de Manrique.

Ello es debido a la mala comprensión que se hace de los versos “cualquiera tiempo pasado / fue mejor” que acostumbran a citarse en solitario sin tener en cuenta la línea que los precede “cómo, a nuestro parecer” a la cual se encuentran subordinados y que en conjunto nos está indicando claramente que considerar que lo pasado siempre fue mejor que lo presente es una quimera absurda.

Pero esta reflexión no es original de Jorge Manrique, sino que es posible encontrarla en la Biblia, concretamente en el Eclesiastés 7,10 donde se nos dice: “No digas: ¿Cómo es que el tiempo pasado fue mejor que el presente? Pues no es cosa de sabios preguntar sobre ello”.² En estos versículos se nos hace una advertencia para que no caigamos en la tentación de mirar al pasado con nostalgia por creerlo una

² Traducción realizada bajo los criterios de la Escuela Bíblica de Jerusalén para una versión de la Biblia publicada por Alianza Editorial (Nota del autor).



época mejor, pues el recuerdo que tenemos de este nunca será objetivo.

El Eclesiastés, conocido también como Libro del Predicador, es un texto de apenas diez páginas que forma parte del Antiguo Testamento, intercalado entre los Proverbios y el Cantar de los Cantares. Su autor se identifica a sí mismo como “Hijo de David, rey en Jerusalén”, por lo que tradicionalmente se creyó que se trataba del rey Salomón, aunque la presencia de ciertos giros lingüísticos en el texto evidencia que su redacción se sitúa entre los siglos IV y III a.C.

En cualquier caso, el autor fue una persona erudita, viajera y con grandes conocimientos de la filosofía helenística. Esto último es lo que convierte al Eclesiastés en una *rara avis* dentro de la Biblia, ya que lejos de ser un libro narrativo o poético es más bien un tratado filosófico, principalmente existencialista, aunque con algunas pinceladas próximas al hedonismo.

El texto refleja un punto de vista humano y no divino, en el que se presenta una serie de preguntas de difícil respuesta acerca de cuál es el propósito de la vida ante la única certeza de la muerte. Se invita a la reflexión por parte de quien lo lea, y al disfrute de la vida aceptando el destino tal y como llega, sin pretender encontrarle una explicación.

En busca de la Arcadia perdida

Quién sabe si la lección de vida que se intenta transmitir en el Eclesiastés surgió como respuesta al mito clásico de la Arcadia, aupado por el poeta Virgilio (siglo I a.C) que por medio de sus versos situó en esta región de Grecia

un mundo de eterna primavera donde el ser humano vivía libre de preocupaciones y en comunión con la naturaleza.

Todo un ejercicio de fantasía puesto que la Arcadia real, en palabras del historiador griego Polibio (siglo III a.C), era una zona rocosa, yerma y fría poblada por gentes embrutecidas e ignorantes. Tan poco atractiva que ni siquiera despertaba las ansias colonialistas de otros pueblos de la Hélade.

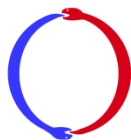
Este mito clásico de la Arcadia feliz cobró de nuevo vitalidad durante el Renacimiento, especialmente en la pintura, siendo utilizada como metáfora a la hora de hablar de los buenos momentos del pasado que ya no volverán.

Esta idea de que el tiempo pasado siempre fue mejor estuvo muy arraigada en la literatura del siglo XIX. Para los escritores del Romanticismo, el presente se manifestaba como una sensación de pérdida, un sentimiento de olvido y decadencia, como bien indica la investigadora Carmen Mataix Loma.³

Idealizar el pasado corresponde a un sentimiento de nostalgia por nuestra juventud, unido a la frustración que podemos experimentar en el momento presente y el miedo que nos provoca pensar en un futuro en el que los cambios son rápidos y constantes.

Pero el hecho de realizar esta revisión del pasado desde la perspectiva que tenemos en la actualidad comporta un sesgo importante, ya que el recuerdo que tenemos de un hecho sucedido nunca se corresponde exactamente con tal y como sucedió. Los recuerdos no son estables, los fabricamos y modificamos con el paso

³Mataix Loma, Carmen. (2014). “Cualquier tiempo pasado fue mejor” *El tiempo en la lírica española del Siglo XIX*. https://cvc.cervantes.es/literatura/letras_xix/articulo11.htm



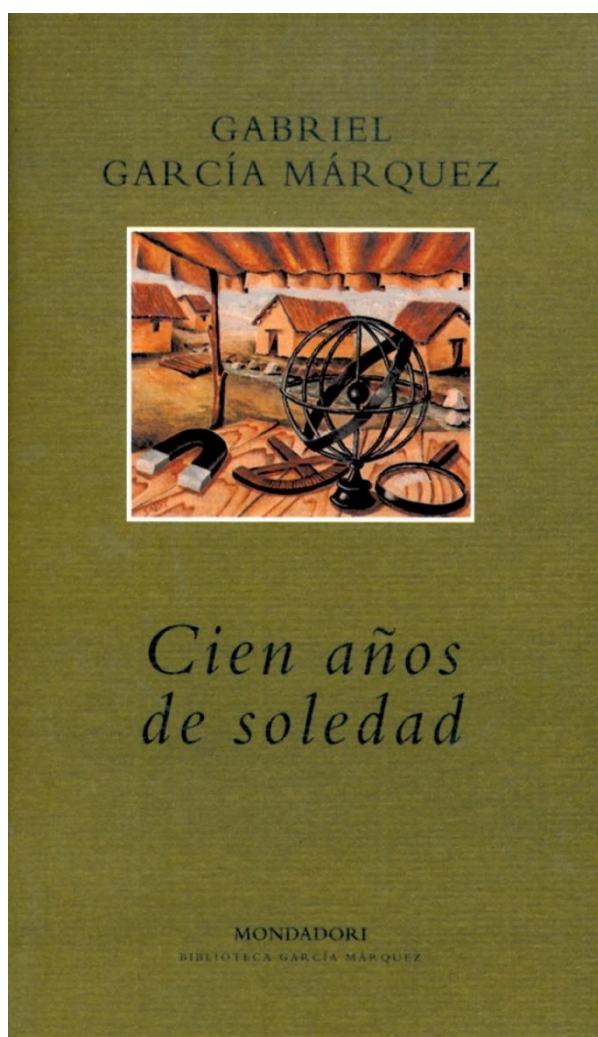
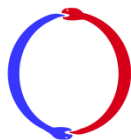
del tiempo, moldeándolos según mejor nos convenga, los dulcificamos para evitar que ciertas experiencias traumáticas acontecidas nos impidan avanzar.

A nivel social, la actitud de mitificar una etapa del pasado responde siempre a intereses políticos y nunca históricos. De existir algún motivo razonable para glorificar tiempos pasados, este podría tener cabida en aquellos momentos puntuales de la historia en los que la humanidad se empeña en destruirse a sí misma, algo que, por otra parte, de una u otra manera, siempre ocurre en algún momento o lugar. Quizás también pueda tener sentido mirar al pasado con envidia cuando a nivel institucional ciertas ideologías políticas, en obediencia ciega a dictados económicos, pretenden llevar a cabo una involución en los derechos sociales. Toda una paradoja, añorar en el presente los avances del pasado por miedo a los posibles retrocesos del futuro.

Leer sobre leído

Regresando hacia la pregunta que da título a este texto, cómo podemos explicarnos el gusto que ciertas personas tenemos por leer un mismo libro en más de una ocasión. Lo lógico sería pensar que una vez leída una obra y conocido su desenlace ya no tendría sentido volver a leerla de nuevo puesto que su lectura no nos proporcionará ninguna novedad..., ¿o sí lo hace?

Leer un libro no solo nos supone hacer un ejercicio de imaginación, sino que también estamos realizando una práctica de percepción sensorial. Mientras leemos una historia vamos visualizando los rostros de sus protagonistas, al tiempo que escuchamos sus voces, los ruidos de su entorno y percibimos los olores que los rodean. En la mayor parte de los casos, esto se apoya en las descripciones que nos aporta el propio texto.



Para mí, que me confieso relector consagrado, uno de los libros sobre el que más veces volví es *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. Esta obra es un claro ejemplo de cómo, sin un gran esfuerzo descriptivo del narrador, la persona que la lee puede hacerse de manera muy fácil una composición sensorial de todos los episodios contados. Uno de ellos es el que trata los infortunios amorosos de Pietro Crespi con las hijas de los Buendía, en un primer momento con Rebeca y después con Amaranta. La historia finaliza de un modo trágico con el suicidio del italiano al verse rechazado por su segunda pretendiente. Las líneas en las que se cuenta la reacción de Amaranta al ser conocedora de la noticia son todo un deleite para los sentidos: "... Amaranta entró en la cocina y puso la mano en las brasas del fogón, hasta que le dolió tanto que no sintió más dolor, sino la pestilencia de su propia carne

chamuscada". Apenas una treintena de palabras que nos permiten ver el color rojizo de las brasas, oír su crepitar y sentir el olor a torrezno de la mano quemada.

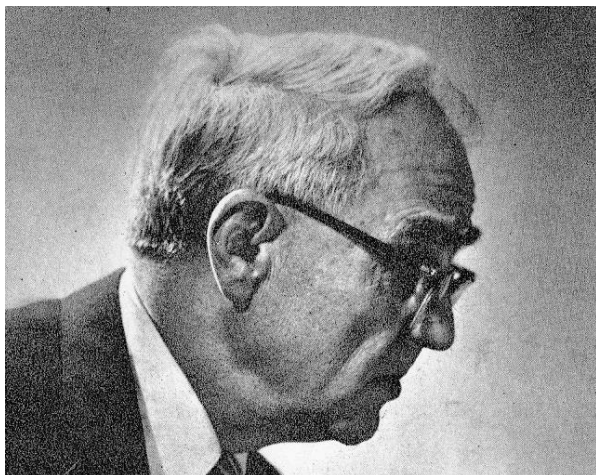
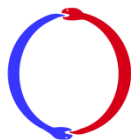
Como es obvio, todas estas sensaciones que nos transmite la lectura varían mucho de un libro a otro, ya que los protagonistas, escenarios e historias no son los mismos, pero también sufren cambios para cada nueva lectura que hacemos de un mismo libro.

Volver a leer un texto que ya conocemos nos permite adquirir diferentes percepciones sobre él. Hay una explicación psicológica para este proceso que tiene que ver con las imágenes mentales que nos formamos.

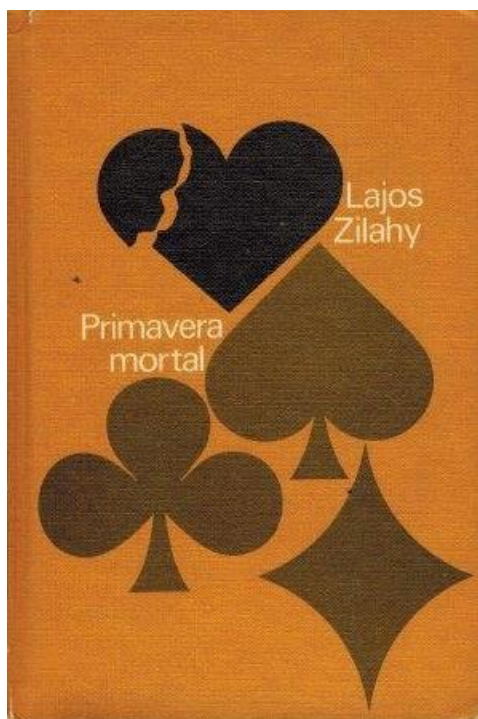
Aunque ya conozcamos la historia, la experiencia de volver a leer un libro siempre será diferente puesto que en cada nueva lectura las imágenes mentales que construyamos serán distintas a las que fabricamos la vez anterior, ya que nuestras circunstancias personales también sufrieron cambios.

Otra explicación que puede indicarnos el porqué volvemos a leer un libro tiene que ver con el funcionamiento interno del cerebro y el colapso de este al verse sobre saturado de información. En el momento de elegir una lectura nos encontramos con un sinfín de opciones en cuanto a títulos, autores, temáticas e incluso formatos, por lo que optar por textos ya conocidos y disfrutados resulta una elección cómoda y reconfortante para nuestro cerebro.

Cómo no, la nostalgia también juega aquí un papel importante. Al coger en nuestras manos un libro que ya leímos, conforme empezamos a pasar sus páginas resulta inevitable que acudan a nosotros aquellos momentos de nuestra vida que ocurrieron paralelamente a alguna de las lecturas previas que hicimos de esa obra.



En mi biblioteca personal ocupa un lugar destacado una obra del escritor húngaro Lajos Zilahy titulada *Primavera mortal* y que cada vez que vuelvo a leer me lleva a recordar aquellos meses de agosto en casa de mi abuela paterna en el que cada noche ese libro me esperaba junto a la cama. El ejercicio de imaginación es doble, puesto que no solo estoy evocando la historia de la novela, sino también ese verano de mi vida.



En este sentido interfiere además el hecho de que *Primavera mortal* fue una de mis primeras lecturas complejas. Hasta ese momento los libros a los que me enfrentaba eran de la Colección Merlín de Edicións Xerais o los de Barco de Vapor que los Reyes Magos siempre dejaban en mis zapatillas. Sin embargo, esta breve novela escrita a modo de carta y ambientada en Budapest fue escogida por mi mano adolescente entre los libros que mis padres tenían en casa.

La escritora Gabriella Campbell⁴ explica muy bien que la trascendencia que tienen para nosotros las primeras lecturas adultas se basa en que hasta ese momento nuestro bagaje lector era más bien escaso, por lo que cada lectura nueva es vivida con gran intensidad.

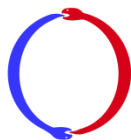
Dopamina relectora

A modo de conclusión final para este artículo, reservé la parte referida al placer físico que nos puede proporcionar leer de nuevo un libro.

Bien sabido es que cuando realizamos cualquier tipo de actividad que nos agrada los niveles de dopamina generados por nuestro organismo se ven considerablemente incrementados, por lo que nuestro cuerpo experimenta una sensación física de intenso placer.

Esto puede sentirse cuando nos encontramos leyendo un libro por vez primera, la trama es de especial interés para nosotros, nos seduce la personalidad de quienes la protagonizan, el estilo narrativo resulta fácil de seguir, somos fans de quien lo escribió, etc. Aunque en estas primeras lecturas es muy común que nos dejemos llevar por el ansia de avanzar con rapidez para saber de qué manera se cierra la última página y no disfrutamos por completo del libro. Por no hablar de aquellas ocasiones que leemos bajo algún compromiso (véanse libros

⁴Campbell, Gabriella. (2019). *Los libros que más releemos (y por qué)*. <https://lomaravilloso.com/releemos/>



de los que depende alguna calificación académica o los que llegan a nuestras manos en clubes de lectura) y que tenemos que finalizar en un determinado plazo temporal.

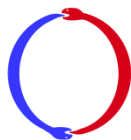
Este peligro no sucede cuando cogemos un libro por segunda ocasión. El ser conocedores de su desenlace permite que nuestra atención se recree en aquellos aspectos periféricos de la trama que inicialmente nos pasaron desapercibidos.

La relectura es a fin de cuentas una lectura pausada que, ya sea escogida por nostalgia o comodidad, nos suele dejar la mejor de las sensaciones.





Habla Murakami



Pravia Arango



Al comienzo del año he publicado una larga novela (en inglés, *The City and Its Uncertain Walls*) que se está traduciendo al español y que probablemente salga en 2024. Habla de una ciudad rodeada de murallas, tardé dos años en escribirla, en la época del covid y de la guerra. En ella no hay epidemias ni guerras, pero estoy seguro de que implícitamente es hija de su tiempo. Espero que la lean.

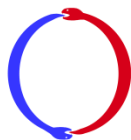
Son las últimas palabras que escuché a Murakami en el teatro “Jovellanos” de Gijón. El japonés sí accedió a reunirse con sus lectores y lo hizo el 18 de octubre con adultos en Gijón y el 19, con jóvenes, en un instituto de Avilés.

Asistí al acto de Gijón y el encuentro me hizo entender (a la manera de Pravia Arango, ya saben) el modo de ser de Murakami y por extensión, de su obra. Un Murakami de visita para recoger el Premio Princesa de Asturias de las Letras.

Pruebas. Haruki Murakami es un hombre poco previsible, con una manera comunicadora extraña, muy extraña. Algunos ejemplos de esta forma especial: nunca se bloquea escribiendo, no conoce el terror a la página en blanco, se levanta de madrugada, toma un café y se pone a escribir con la actitud de “a ver cómo avanza esto hoy”, nunca ha abandonado un proyecto puesto que, una vez que empieza, va hasta el final. Siempre le “cae algo del cielo” (sic); de hecho, en *Kafka en la orilla*, los peces caen del cielo. Y es que desde su primera novela a Murakami le “caen cosas del cielo”. En efecto, con veintinueve años, asiste a un partido de béisbol y le “cae” la idea de que tiene que escribir algo. Así empieza todo.

La verdad, no sé a ustedes, pero el párrafo anterior me produce mucha extrañeza.

Murakami se entrena para escribir con dos actividades. Prepara su cuerpo corriendo maratones; de hecho, practica todos los días una hora, y eso le proporciona la energía necesaria para la carrera de fondo que es la escritura. Y prepara su oído con la música. Así es. Abrió su vida laboral con un club de jazz en Tokio, por tanto, empezó viviendo de la música y ahora vive con la música, que impregna sus textos, donde el ritmo es fundamental. Escribe a partir de la música y está muy pendiente de que aquello suene bien. Música clásica, jazz, rock and roll y pop son sus favoritas. Es más, en el acto de Gijón se le agasajó con “Le mal du pays”, de Liszt; una pieza de los miles de temas que ambientan su obra. Ya que estamos, elijo otra audición también “murakamiana”. A ver si les gusta:



Si antes hablaba de lo extraño de Murakami ahora abundo en la idea. No considera que *Tokio Blues* tenga nada que ver con *El guardián entre el centeno*; para él, los protagonistas son antagónicos. No cree en maestros ni discípulos, de ahí que rechace etiquetas como escritor japonés del realismo mágico, seguidor de García Márquez o integrante de algún “ismo”. En último caso, sería el creador de uno: el “mura-kaísmo”. No se siente heredero de la literatura japonesa, siempre huyó de ella pese a que su padre era profesor de esta literatura. Por último, considera que la literatura japonesa lo ha integrado, ya que no solo sus lectores son occidentales, hay muchos japoneses que lo siguen.

Antes he hablado de dos actividades complementarias en la escritura de Murakami, ahora añado dos elementos compañeros de vida: gatos y libros. A los doce años leyó *Rojo y Negro* y ya lleva cuatro lecturas de *Los hermanos Karamazov*. Adora los gatos. Otros símbolos son la pared como reflejo de la claustrofobia y el fondo de un pozo como símbolo positivo de que siempre hay salida de una situación difícil. Símbolos, pues, que obran como faros en su camino y lo llevan a los sitios.

En un momento dado, Berna González, la periodista interlocutora, etiqueta su obra con estos abstractos: soledad, fantasía, huida, congoja, desconcierto, y Murakami completa la enumeración con “sentido del humor”.

Paso ahora a la metáfora estrella que apareció en todos los periódicos asturianos y españoles.

La clave de la conexión de sus obras con un público internacional e intergeneracional está en que el japonés profundiza hasta el fondo en la conciencia. La conciencia es una casa de dos plantas, buhardilla y sótano, y el padre de *1Q84* dice que el escritor debe bajar al sótano del sótano. Lo anterior lleva a que en ocasiones no quede otra salida que colocar al lector en situaciones crueles como la disección de un animal o el despellejamiento de una persona.

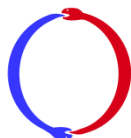
Al hilo del cuento “Sauce ciego, mujer dormida”, se le da la opción de elegir entre novela o cuento, a lo que el escritor comenta que los intercala aunque, tal vez, se quede con la novela porque, al ser más larga, le produce más horas del placer de escribir.

Pluma valiente e imaginación impresionante (Berna). Comida asturiana muy buena (Murakami). Mi tercer viaje a España; primero a Barcelona a recoger un premio; segundo a Santiago con estudiantes y este (Murakami).

Cierro con un párrafo que es un ejercicio de estilo telegráfico y “wasapero”. Mi objetivo es utilizar solo emoticonos. A ver qué me cae del cielo.



De nuevo con el poeta
Juan Andrés García Román



Encarnación Sánchez Arenas

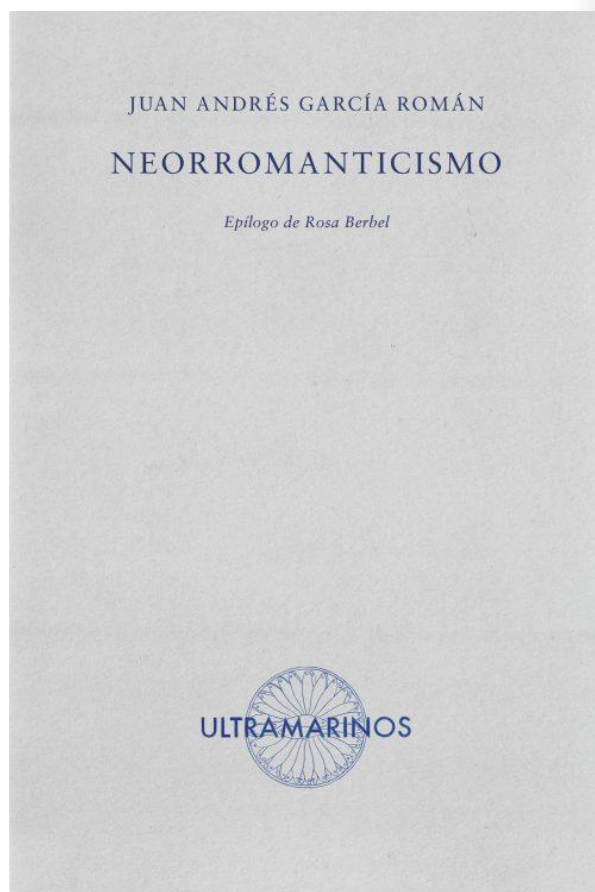


Juan Andrés García Román (Granada, 1979) es un poeta, traductor y crítico literario español. Es profesor en la Universidad Internacional de la Rioja (UNIR).

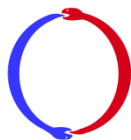
Entre sus poemarios tenemos *Querido jinete azul, no volveré a escribir cartas tan tristes* (2002), *Perdida Latitud* (2004), *Soledad que da al mar* (2004), *Las canciones de Lázar* (2005), *Launa* (2006), *El fósforo astillado* (2008), *La adoración* (2011), *Fruta para el pajarillo de la superstición* (2016), *Neorromanticismo* (2023).

Para el autor, como señala en la Cátedra Miguel Delibes, la labor de la poesía se sitúa en la raíz del lenguaje, es, a fin de cuentas, una reactualización de sus personas y sus ámbitos: la poesía es un acto de epifanía lingüística, es la utopía de una lengua verdadera. Todo ello, no porque sí, sino porque el poeta está en una

sociedad, está comprometido con ella. Ahora bien, compromiso para aportar a la sociedad una brújula y una alternativa, como diría Ernst Bloch en "El principio esperanza": la poesía, creo que muy en particular, pero el arte en general, deben al hombre una explicación de su mundo, una orientación sobre dónde se encuentra y, por supuesto, la creación de un mundo alternativo al que le ha tocado vivir.

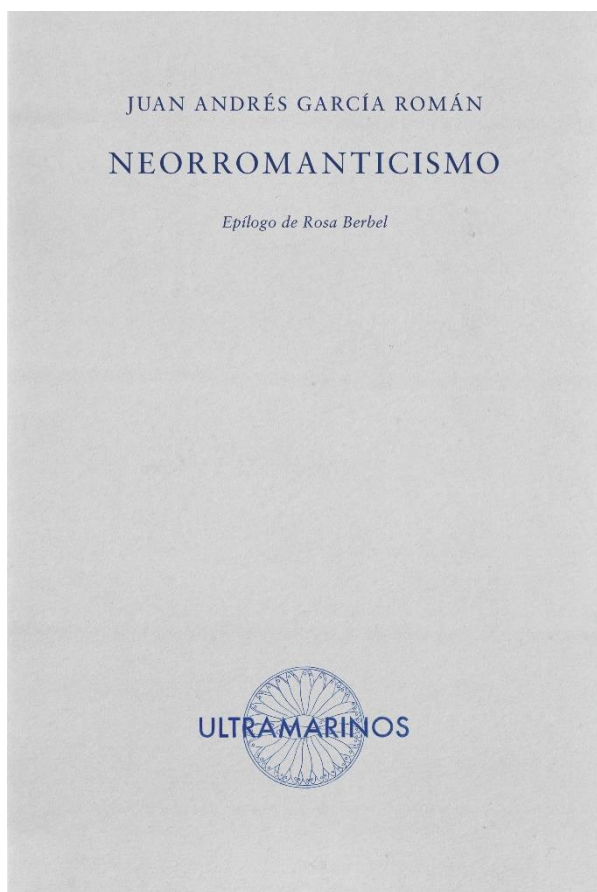


Con *El fósforo astillado*, como apunta Erika Martínez en *Adarve*, n.º 5 (2010), no maneja zonas reconocibles de la realidad. Es más bien una versión paródica en cuyo mundo paralelo se lee un cuadro como si fuera un paisaje y un paisaje como si fuera un cuadro. Persiste, sin embargo, la voluntad de liberar a las cosas de su doble, de devolverles la esencia que perdieron tras ser representadas. Siendo las contradicciones de la sublimación un tema central del libro, no es extraño que haya además una explicitación constante del recurso onírico, una vinculación de la visión poética con el sueño



diurno, esa ficción análoga. Su constatación: el fracaso de la utopía del lenguaje. Se puede decir que *El fósforo* es un poemario que se niega a sí mismo, autofagocitándose hasta llegar al no-poemario. Y cito los siguientes versos de este libro “¿hacia dónde? / La isla, la isla—repites./ Entonces, regresa a los naufragios, pues son sombra de dioses./ Imposible/ hijo,/ regresa a los naufragios./”.

punzante, así como los engranajes de imágenes espectaculares”.

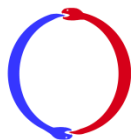


Con su libro *Neorromanticismo*, su paisaje lo componen motivos musicales, lo pueblan personajes atónitos, circenses y delicados, entre el pesar y la sonrisa, lo impactan cuerpos celestes, irremediablemente suyos. La palabra original acude a los labios del lector sin necesidad de que la pronunciemos en esa voz alta que estudia con demasiada herramienta, como aparece en [la página web de la editorial](#): “Podríamos decir que Juan Andrés es un adelantado a algunas de las técnicas más extendidas hoy por las llanuras de la poesía hispanohablante; maneja y controla los espacios del verso corto,

Texto publicado en el diario Jaén



Iosu Moracho Cortés



María Luisa Domínguez Borrallo

Iosu mece los versos como si de un niño se trataran, acaricia la palabra, la arroja y le da el golpe certero en el momento adecuado para que no pierda su importancia.

¿Cuándo comienzas a escribir poemas, Iosu?

Bueno, siempre hay un momento en el que eres consciente de que lo que llevas haciendo durante mucho tiempo tiene un sentido y una razón de ser. Este momento para mí se dio en la Universidad, estudiando Pedagogía, en aquellos años de combate con la educación y el encuentro con la realidad de las aulas.

¿Qué es para ti la poesía y qué te aporta?

La poesía es una fundamentación en mi vida, una piedra basal que sujeta mi entraña vital. La poesía es sobre todo mirada consciente y lenguaje, el saber y el sentir que soy palabra, lenguaje, expresión dinámica del ser.

Lo que me aporta es un punto de vista vital, un lugar desde el que mirar esa realidad que hay en mi entorno cercano y en el de más allá. Es un balcón, pero con abismo, con precipicio. Un lugar desde el que soy consciente del vacío que hay en todo, también en mí.

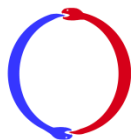
¿Qué lugar ocupa la poesía en tu vida y qué lugar ocupa en la sociedad contemporánea?

En mí ocupa un lugar fundamental, como he dicho, yo escribo en papel, soy de la vieja guardia que tiene que sentir aquello que escribe entre sus dedos, lleno cuadernos, y busco esa centralidad en el decir y en el decirme. En mi poesía no hay máscaras, es el lugar en el que me muestro como soy.

En cambio, en la sociedad contemporánea la poesía tiene otra altura. En el metaverso no hay poesía. En la realidad virtual no existe la expresión poética comprometida desde donde yo la hago. Hay un vacío existencial y esencial.



Iosu Moracho Cortés (Pamplona, 1963). Maestro de Primaria. Ha publicado, entre otros, los poemarios *El vuelo del navegante* (Zestoa), *9 poetas 9*, *Nación de sueños* (Mazehuatl), *Café Trévere* (Ilona), *La muñeca de hierbas y otros poemas de África* (Mazehuatl), *Antología de poemas de la madrugada* (Círculo rojo), *La utopía tiene los pies descalzos* (Amargord), *Grulla mística* (Vitruvio), *Antología de poesía hispano boliviana*, *Enjambre* (Amargord), *Iceberg* (Amargord). También ha publicado numerosas colaboraciones en diferentes medios en revistas virtuales, antologías, páginas web. Ha sido miembro del Aula de Literatura de la Casa de la Juventud en Iruña y pertenece al colectivo Voces del Extremo, en donde ha publicado poemas en sus antologías. Resiste en la esperanza desde la resiliencia cotidiana.



Para mí el silencio que falta en la sociedad es un elemento importante y necesario. Vivimos rodeados de ruido, sin escucharnos y el ruido sofoca y ahoga a las palabras.

Háblanos de tu proceso creativo.

Leo mucho. Esa es la clave. Ensayo, poesía, narrativa. Me encanta profundizar en aquello que me asombra. Estoy abierto al asombro y a la sorpresa cotidiana en cada acontecimiento. A partir de ahí, tomo notas, las proceso, las filtro, las elaboro y los poemas van saliendo, van fluyendo. Los guardo, los organizo, los ordeno...

Escribo en cuadernos. Como he dicho. En rojo apunto lo de otros, las citas. En azul, lo mío, el desarrollo... Pego fotografías, dibujos, textos de periódicos y revistas, *collages*... Le pego a todo. Soy feliz haciendo esos cuadernos de bitácora. Esa es la base, el renglón.

¿Cómo ha evolucionado ese vínculo con la creación con el paso del tiempo?

Antes era mucho más anárquico, ahora tengo una serie de temas en los que voy profundizando y me sirven para hacer una ceñida, una ciaboga que decimos en el norte, que es cuando la trainera tiene que dar la vuelta y volver a contracorriente por donde ha venido, pero en sentido contrario. Pues eso, yo muchas veces voy en sentido contrario por el placer de ir a contracorriente y de ejercer de contrasistema y por el hecho de que en mi poesía prima la reflexión sobre la justicia y la injusticia desde lo que yo llamo un compromiso militante.

¿Hay un antes y un después de escribir un poema? ¿Cómo lo vives?

A veces sé que he terminado de escribir un poema. A veces el poema queda en estado de *stand by*, abierto, porque la realidad y el lenguaje son dinámicos y no hay muchas cosas

que se puedan cerrar y ya está. A mí me pasa, por ejemplo, que en alguna lectura voy cambiando los poemas sobre la marcha. Sé que a otros también les sucede esto...

La poesía, ¿bendición o maldición?

Bueno, es una bendición en el sentido de que me permite soltar amarras y lanzarme a la aventura de navegar a través del lenguaje y desde todas sus posibilidades. Pero también es una maldición en tanto que el lenguaje es limitado y nunca soy capaz de expresar todo lo que quiero decir y necesito decir.

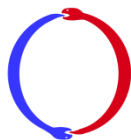
En un mundo en que la tecnología atrapa a las nuevas generaciones, ¿cómo valoras la situación actual de la poesía y de la literatura en general?

Creo que se lee poco. Salvo en determinados ambientes más intelectuales, hay una falta de interés por la literatura y, lo que es más preocupante, por la lectura en general. La tecnología nos está facilitando la vida en algunos campos, pero está impidiendo que se acceda a los medios escritos y a los libros, debido al sobreestímulo que existe por los juegos, los videojuegos, los chats simplistas y todo lo relacionado con la imagen, la música, las series...

¿Qué parte de todo el proceso de creación, edición, publicación y promoción te parece más engorroso o preferirías evitar? ¿O bien disfrutas con todo él?

Evidentemente, la edición. Las malas experiencias de editores que buscan solo el beneficio económico y que no apuntalan la obra del artista hace que mucha gente se incline por la autoedición y por tiradas con menor número de ejemplares.

En los demás aspectos, disfruto y mucho. Me encanta acudir a leer allí donde me inviten, aunque en muchas ocasiones esto signifique



meter muchas horas de viaje y muchos kilómetros...

Un placer siempre poder charlar contigo, Iosu, gracias por tu tiempo, por tus poemas y por permitir que te acerquemos a los lectores.

¿Qué libro te ha costado más escribir?

Bueno, tengo trece libros publicados y cada uno tiene su historia. Hay algunos que salieron solos, otros han tenido un proceso más costoso. Yo diría que el que más me ha costado escribir es el que todavía está en el tintero en una carpeta reposando para ser llevado al ordenador...

¿Y cuál es el que más te ha costado leer?

Bueno, hay poemas que son tan personales que cuando los leo me rompo y eso impide que los lea habitualmente, salvo que encuentre el tempo y el ánimo concreto.

¿Ser poeta es una elección o una condición en tu vida?

Soy poeta porque la lectura me ha llevado a ello, pero también porque mis experiencias vitales me han empujado en esta dirección. Mi sensibilidad y mi grado de conciencia y de consciencia así me lo han exigido.

Enumera algunos de tus referentes poéticos.

Ernesto Cardenal, Raymond Carver, Charles Bukowski, Thomas Merton, Sara Mesa, Mircea Cărtărescu, Sandor Marai, Chantal Maillard, Hugo Mújica, Valeria Luiselli, Antonio Orihuela, Enrique Falcón, Roxana Popelka, Ana Pérez Cañamares, Jorge Riechmann... Uff, la lista es infinita.

Háblanos de tus proyectos literarios a corto plazo.

Pues lo próximo es un libro ya en capilla sobre África que se llama *Bajo la piel del baobab* y un par de proyectos de traducción al portugués y al árabe. También sueño con una traducción al euskera de algunos de mis libros...

La mayor parte de los seres mueren por implosión

*Orden en lo interior
inquietud en el espíritu.*
Juan Ramón Jiménez

Aquí lo contrario de orden no es caos
sino inquietud, zozobra, desasosiego...

Estamos hablando de vértigo,
del principio de la entropía.

El vientecillo que mece
la tibia flor sobre la pradera.

La turbación y la impaciencia
que está sembrada entre margaritas.

El aleteo que inicia
el principio del fin.

La apariencia exterior no despierta sospechas.
Todo es políticamente correcto.

El desmoronamiento viene preñado desde dentro:
El feto se mueve porque debe de nacer.

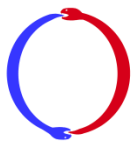
Somos rehenes de nuestra curiosidad.
Precisamos salir de nosotros mismos...

Iosu Moracho Cortés





Cruzar el "océano":
Surcos, el viaje para descubrir una
nueva tierra



Pilar Úcar Ventura

En esta ocasión nos centraremos en un acontecimiento social y económico, como es el éxodo rural que se produjo en nuestro país. Una égriga, una salida hacia un nuevo horizonte que las personas atisbaban más allá de las fronteras del pueblo y de las pequeñas localidades.

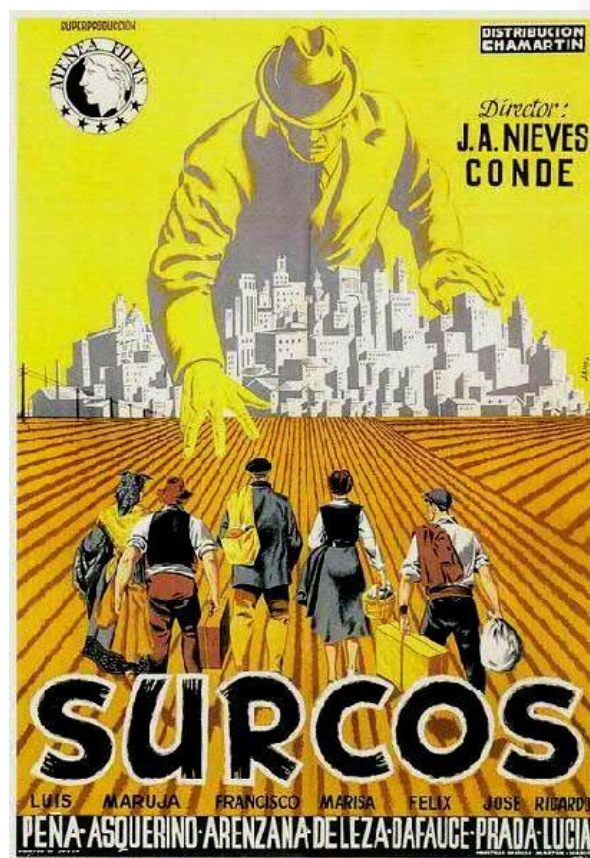
Avistaban con esperanza un “sol naciente” en la capital, el faro de un Madrid, urbanita y salvífico, animando, por efecto llamada, a la recepción de habitantes desde la “aldea”, suburbios o extrarradios regionales.

Madrid se percibía, por tanto, como ciudad mítica, con sus luces y sus sombras, del deseo de mejora y de cambio que anhelaban muchos españoles por aquel entonces...

Antes de embarcarnos...

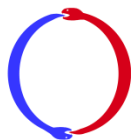
Surcos, película de 1951 dirigida por José Antonio Nieves Conde, ejemplifica el deseo de parte de la población española de "cruzar el océano" en busca de una nueva tierra. En este caso, el océano adopta la forma de éxodo rural, de anhelo de nuevos horizontes. Igual que en centurias pretéritas las huestes militares buscaban "el dorado" a través de viajes transoceánicos, en los años cuarenta y cincuenta, la capital, la metrópoli madrileña se erige en foco de atracción para una nueva vida.

Merece especial atención *Surcos*, una obra magistral cuyo tratamiento sobre la cruda realidad de la posguerra española tras la guerra civil no deja indiferente al público actual.



... Años de miseria, pena y hambre...

Al final de la década de los cuarenta, una familia decide emigrar del campo a la gran ciudad



para buscar un futuro mejor. Madrid se presenta como la ciudad de las oportunidades, pero su ilusión, rápidamente, se verá truncada ante la dificultad de subsistir en una urbe agresiva y cruel a la que ellos, personajes de pueblo, paletos y aldeanos, como serán caracterizados, no pertenecen. La ciudad guarda unos códigos que ellos deberán descubrir si quieren mimetizar con el paisaje y con el paisanaje y, si no los interiorizan, la esperanza se verá envuelta en desilusión, la magia, hecha trizas.

El filme constituye un documento fidedigno de la realidad de aquellos días en los que la migración masiva y la falta de las mínimas y dignas condiciones hacía que un buen número de familias subsistieran de forma muy precaria. Situaciones laborales nefastas, hambre, crueldad, picaresca... *Surcos* supone una herida abierta y dolorosa, triste y real, en donde la búsqueda de mejores oportunidades se convertirá en un infierno sin salida.



La vida en los barrios como Lavapiés, Atocha, la noche madrileña del teatro *La Latina*, la estación de Príncipe Pío, los patios de vecindad, plazas y calles en penumbra..., un relato desgarrador de una capital en plena ebullición que necesitaba abrirse camino tras un pasado reciente de muerte y destrucción. La vida se impone a codazos en una jungla de asfalto, pero todos no son capaces de adaptarse, no se sienten con fuerzas y carecen del suficiente impulso para cruzar barreras y romper muros en un espacio fluido donde se haga realidad el

mito: Madrid no es un ornamento marginal, la envuelve un aura anacrónica y universal.

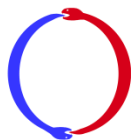
La llegada a... ¿buen puerto?

A nuestros protagonistas, ese “océano” viario no les va a permitir vivir mejor porque, amontonados en sus habitaciones, sin respiradero físico y mental, con la cabeza y el cuerpo abotargados y entumecidos, resulta difícil reaccionar y responder a unas exigencias urbanas desconocidas. Al final, se impone la resignación, el enfado y la rabia; poca fiesta y casi nula alegría. El saberse vivos en un medio hostil. Un callejear que los acorrala, cafés y oficinas que atisban con pupilas de deseo inalcanzable.

A través del “surco” de las vías del tren, llegan a la capital, donde las posibles barreras lingüísticas y personales, entre otras, parece que se difuminan hasta desvanecerse, dado que la solidaridad de la población tiende a facilitar la mezcla y la diversidad.

Y nos gustaría enfatizar el término “parece”: la importancia del imaginario popular ante el horizonte que se yergue en sus mentes cobra una inusitada y lacerante pulsión, pues todo ese celofán va a ser pura carcasa, un envoltorio doiente para los que acceden a la capital: se van a ver rodeados y cercados por algunas de las capas sociales impermeables que no les permiten la adaptación como ellos habían soñado.

Acompañamos en esta travesía a la familia Pérez: con sus escuetas maletas que contienen tres trajes y sus aves, los madrileños los miran mal y la gente en el metro se ríe de ellos y hasta les preguntan dónde han dejado los cerdos; todo un desfile de ignorantes a los que hay que advertirles la pérdida de tiempo y esfuerzo que supone ese viaje, ese “cruzar el océano” en tren..., una auténtica ingenuidad pensar que en Madrid tendrán una vida mejor.



No obstante las dificultades y los impedimentos, el matrimonio insiste en dar un mejor futuro a sus hijos, una educación acorde con sus esperanzas; personajes buenos y honestos que han de trabajar mucho y muy duro, servir a los ricos, a la clase privilegiada para beneficio de todos ellos; los intentos no pasan de ser eso, esfuerzo y ganas, amagos de prosperar que chocan de bruces con un sistema social y económico muy jerarquizado y depauperado: los potentados hacen valer sus derechos y a los inferiores, solo obligaciones. La brecha social se ensancha, y la imposibilidad de conseguir lo mínimo por lo que se han desplazado supone un dolor inevitable: cobrar conciencia de la realidad hiere a la familia que empieza su deriva vital; lo inexorable de la época se alza como un gigante; los pobres más pobres y los ricos más ricos: desprecio, arrogancia e insensibilidad de unos personajes cinematográficos que actúan como *deus ex machina* moviendo los hilos de los títeres más desfavorecidos: marionetas en un teatro de cartón piedra.

El océano y la nueva tierra: un viaje de ida y vuelta...

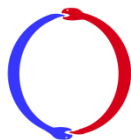
La vida en la ciudad... promete: en Madrid, nuestros protagonistas, los Pérez, contemplan asombrados a las mujeres, tal y como las imaginaban: son chicas guapísimas que lucen ropas elegantes. La ociosidad domina en las féminas de la clase alta que esperan en casa la

vuelta del trabajo de sus maridos para ir a espectáculos como el teatro o de cena a restaurantes o celebrar algún festejo: “¡la buena vida!”, hecha realidad para unos pocos, la mayoría la ve desde la barrera en espera de encontrar un trabajo cuando se viene de lo más bajo de la escala social y sin dinero en la ciudad. Las desigualdades cada vez son más pronunciadas.

Bares y mercados, esquinas, comercios y ultramarinos, una mezcla que provoca miedos y sueños, todo un exterior capitalino, de aguas procelosas que les va a deshacer el alma. Madrid les cierra sus brazos, la tentación atractiva les hará sucumbir ante una tierra que se abre bajo sus pies, con muerte y desgracia personales, incluidas. Un mal sueño, una pesadilla.



Conforme avanza la película, en ese “cruzar el océano” del pueblo a la ciudad, compartimos con sus personajes argumentos convincentes que barajaron para dejar el pueblo y marchar a la capital y al mismo tiempo, argumentos “derrotados” para volver al pueblo tras su fracaso en la urbe. Todas estas sensaciones van a marcar una ambivalencia de difícil solución. Las esperanzas depositadas de los Pérez (y de otros tantos) en la casa en la que viven de la calle Ave María de Madrid van y vienen como sus propios pasos por las inmediaciones. Un hormiguero humano en el que intentan sobrevivir Rosario y Tonia o don Roque, Manolo y Pepe.



Un espejismo...

La decisión de regresar parece inapelable. Sueños rotos, vuelta a surcar los mares, vuelta a “desandar” la travesía, un camino esperanzado, al final sin esperanza. La ciudad, el foco atractivo, el mito, los expulsa y los escupe en aluvión: el pueblo está ahí, ahí sigue.

Hasta el lenguaje, el propio idioma de unos y otros se les resiste: no hay forma de entenderse con los madrileños; una barrera más, infranqueable: si no hay comunicación entre unos y otros, difícilmente se podrá conseguir una convivencia; para entonces, el pueblo, mucho mejor. Seguro que alguno de ellos pensará “no deberíamos haber salido”.



Como *Alicia*, cruzando el espejo, el de ellos se ha roto, se ha hecho añicos.

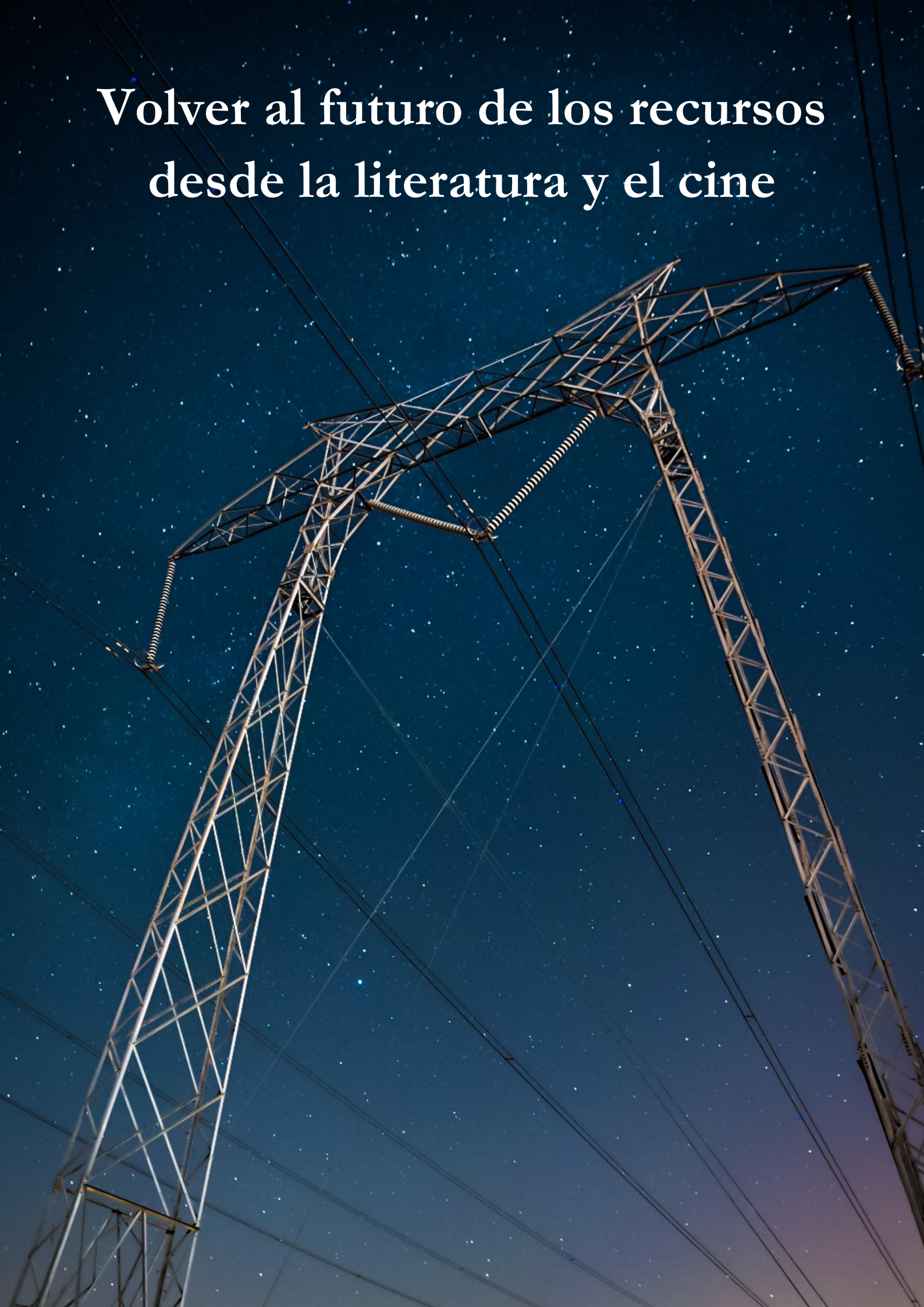
Se necesita toda una vida para cambiar la que traen a cuestas; conviene reconocer lo complejo de soltar lastre y amoldarse a una nueva forma de vestir, de expresarse, de andar y de actuar..., al final, les salva el deseo de perpetuar sus costumbres anteriores y eso puede darse con la vuelta al pueblo. La tragedia atrapa y engulle a los protagonistas en un “océano” de oleaje tormentoso, sin casi remansos vitales, donde Madrid, auténtico protagonista del foco cenital, deviene en una herida abierta y dolorosa, triste y real, un infierno sin salida.

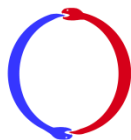
Surcos fotografía la impronta y las secuelas de la guerra civil, en unos años de pura paradoja: tristeza e ilusión, deseos e incertidumbre, confianza y miedo.

Las vidas que pinta la película, en un cuadro tan patético como emocionante, constituyen un mapa físico y anímico de los años cincuenta en nuestro país.

Sí, de nuevo se alza Madrid como epítome de un nuevo horizonte, ¿un mundo mejor? Cruzar océanos... siempre.

**Volver al futuro de los recursos
desde la literatura y el cine**





Isaías Covarrubias Marquina

*Dedicado a mis queridos hermanos
Jesús Alberto y Francisco Javier*

I. Introducción

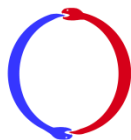
En una novela de ciencia ficción de Isaac Asimov llamada *Los propios dioses*, publicada en 1974, en un futuro lejano una sociedad intergaláctica de otro universo, un universo paralelo, intercambia con la sociedad terrestre la tecnología necesaria para la construcción de una bomba de electrones, permitiendo a esta contar con energía ilimitada de forma gratuita. En contraparte, la sociedad intergaláctica construye una bomba de positrones para aprovechar la energía solar, pues ya no cuentan con la de sus estrellas moribundas. Todo parece marchar muy bien para ambos mundos, su intercambio de energía está asegurado por muchas generaciones. Pero en realidad nada es como parece, existe una terrible amenaza para

los habitantes de la Tierra (y la colonia en la Luna), un desequilibrio se estaría produciendo en el Sol, y podría colapsar más bien pronto, barriendo con toda la vida sobre el planeta.

Este apretado resumen de esta excelente novela trae a colación el tema de los recursos naturales, su explotación, su distribución y su consumo, algo que ha sucedido desde la prehistoria y a lo largo de la historia, sucede en el presente y seguirá sucediendo en el futuro, más allá del tipo de sistemas de gobierno y de economía imperantes. La tecnología mencionada, los peligros y amenazas de los que se habla en la novela por el agotamiento o posible colapso del recurso energético más importante: el Sol, sirve de metáfora para que indagemos un poco sobre el impacto de los recursos en el mundo de hoy y del mañana.

Lo anterior da pie a que precisemos someramente por qué son tan importantes los recursos naturales, en adelante, simplemente recursos. En primer lugar, porque son escasos, esto significa que su búsqueda, la lucha por su apropiación, su explotación, cobra un significado económico. La escasez de recursos los convierte en mercancías sometidas a las leyes del mercado, para ser utilizados como fuentes de energía o incorporados en la producción de millones de bienes y servicios, a los fines de satisfacer necesidades humanas básicas, algunas complementarias a estas, y otras no tan necesarias. Un problema asociado con ello es que la escasez relativa o el posible agotamiento de un recurso los puede encarecer significativamente. Los aumentos de precio experimentados por el petróleo y, de forma derivada, por los alimentos, son dos casos de subidas de precio que han provocado crisis económicas y conflictos políticos.

Si bien la economía rige las fuerzas que determinan la utilización de recursos escasos, basado en un sistema de precios relativos, no es la única decisión que importa. La geopolítica



también conforma un factor de relevancia en la elucidación de cuánto, cómo y para quién se explotan y consumen recursos. La necesidad de materias primas ha determinado hasta cierto punto la política exterior de las potencias tradicionales y de las emergentes, sucedió con Gran Bretaña y Estados Unidos desde el siglo XIX y sucede en la actualidad con países como China y la India.

En segundo lugar, los recursos son importantes porque su explotación y su consumo, especialmente los relacionados con los combustibles fósiles, además de los beneficios que comportan para las actividades económicas, generan al mismo tiempo el costo de la contaminación medioambiental, la mayor parte provocada por el significativo aumento de la emisión de dióxido de carbono (CO₂). El impacto negativo abarca la degradación de los sistemas biofísicos, ecológicos, urbanos, también se hace sentir como una de las causas principales del cambio climático.

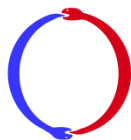
Los problemas mencionados se agravan porque el dominio, la apropiación, la distribución y el impacto medioambiental de los recursos es desigual, asimétrico, lo cual tiende a generar unas dinámicas de desequilibrio volátiles y complejas. Uno de estos desequilibrios remite al hecho de que las naciones ricas, con poco menos de un quinto de la población mundial, son las mayores consumidoras de combustibles fósiles y de otras materias primas, mientras que sus industrias son las responsables de la mayor parte de las emisiones de gases y otros contaminantes sólidos y líquidos que quedan suspendidos en el aire, sumergidos en el mar o sobre la superficie de los suelos. Paradójicamente, siendo las naciones pobres las menores contribuyentes de la contaminación, de solo alrededor de un tercio del total, son las más afectadas.

En este orden de ideas, en este ensayo describiremos a grandes rasgos lo que ha sido la búsqueda, la explotación, y en ocasiones la lucha por los recursos, unos que en buena medida han moldeado las posibilidades productivas y configurado muchas de las decisiones políticas de las sociedades humanas a lo largo de la historia. Para ello, nos apoyaremos en una revisión no exhaustiva de algunas obras literarias y producciones cinematográficas que tratan sobre el tema.

Aunque comenzamos estas referencias con literatura futurista, en adelante volvemos la mirada hacia los orígenes, con las tribus prehistóricas encarando su búsqueda y su lucha por los recursos a los fines de su supervivencia. Posteriormente, avanzamos para considerar la forma como los recursos valiosos moldearon las características de las sociedades del pasado hasta las actuales. Luego retomaremos la línea futurista, como un colofón de lo que puede ser hipotéticamente un futuro económico para la especie *Homo sapiens*.

II. La guerra del fuego y el oro del rey

Comenzamos este recorrido trasladándonos hasta la prehistoria, para observar que el fuego, mejor dicho, el uso del fuego resultó ser uno de los primeros recursos explotados por la humanidad para fines de supervivencia. En las sociedades primitivas y en las protohistóricas, el dominio del fuego derivó en grandes ventajas. Por su poder transformador, el fuego pudo destinarse a cocinar alimentos, calentar un entorno frío, alumbrar la oscuridad, fundir metales, desbrozar un terreno, usarlo como material de guerra. Este poder le acreditó al fuego la propiedad de ir a la par del desarrollo tecnológico de las sociedades nómadas, cazadoras-recolectoras, luego unido, en un mismo sentido, a las sociedades sedentarias, agrícolas, desde

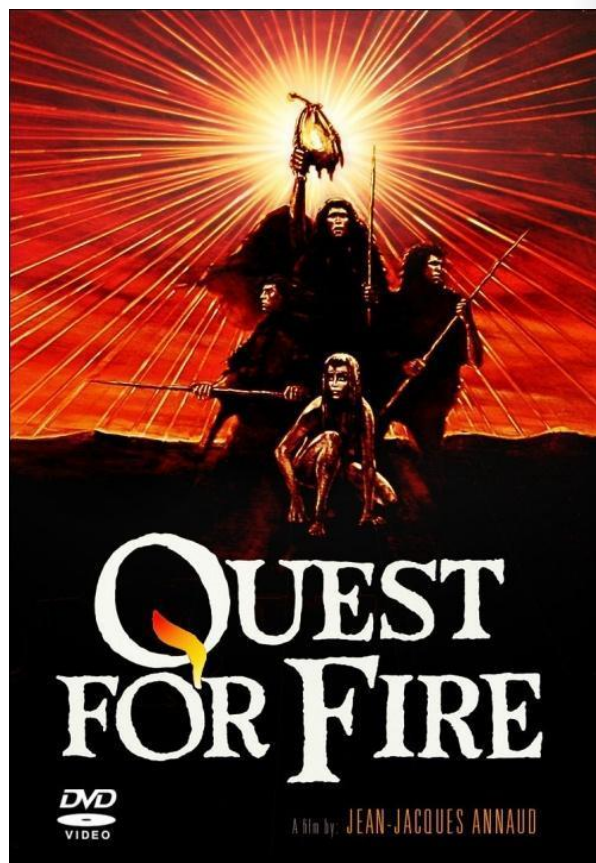


hace aproximadamente 10 000 años, hasta vincularse con las diferentes revoluciones industriales desde finales del siglo XVIII.

Desde la perspectiva planteada, *La guerra del fuego*, una novela escrita en 1911 por dos hermanos, bajo el seudónimo de J. H. Rosny, se recrea precisamente en el importante significado que tenía para una tribu primitiva dominar el fuego. La novela trata sobre una tribu desalojada por otra de su territorio, que pierde el fuego que mantenían encendido celosamente. No conocen la técnica para producirlo, por lo que tres miembros de la tribu salen tras su búsqueda. En su trasunto por territorios desconocidos, se enfrentarán a animales salvajes y otros peligros, no siendo el menor cuando se encuentran con otras tribus. Aparecen importantes diferencias entre las tribus a nivel cultural, desde el uso del lenguaje hasta en sus hábitos sexuales, pero también se ponderan sus semejanzas, sobre todo, en cuanto a la acción colectiva que les permite obtener alimentos producto de la caza y la recolección y la procura de abrigo de todo el grupo.

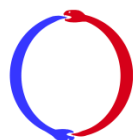
La novela volvió a disfrutar de cierto éxito cuando, setenta años después de publicada, logró atrapar el interés del público y la crítica con la versión cinematográfica francocanadiense, de 1981, del mismo nombre, dirigida por Jean Jacques Annaud. Un detalle interesante de la novela y el filme es que su veracidad antropológica obviamente está restringida a los limitados conocimientos que en torno a las tribus primitivas había a comienzos del siglo XX. No obstante, las investigaciones que por varias décadas se han realizado, dan cuenta de un probable compartimiento de territorio europeo y euroasiático, hace unos 100 000-50 000 años, por parte de por lo menos tres especies *Homo: sapiens, neandertales y denisovanos*. Aunque se trata de una hipótesis, las

tres especies o al menos dos de ellas probablemente compitieron por la búsqueda de recursos y eventualmente lucharon por estos. Lo que sí está probado es que *sapiens* y *neandertales* se mezclaron, como lo demuestra el ADN neandertal presente en parte de la humanidad actual.⁵

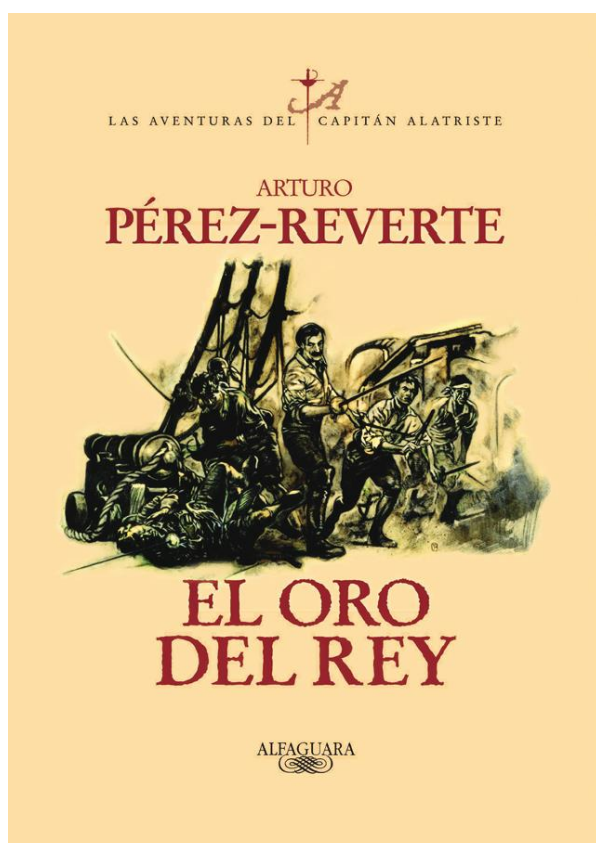


Ahora damos un gran salto histórico para posar la mirada en la explotación y uso de dos recursos metálicos durante los siglos XVI y XVII: el oro y la plata. Desde el descubrimiento, la conquista y luego en la incipiente colonización de América, la explotación de las grandes vetas de oro y especialmente las minas de plata, en lugares como Potosí en Bolivia y Zacatecas en México, se convirtieron en actividades económicas que volvieron sumamente ricas a las coronas española y portuguesa. Esta explotación conformó uno de los primeros sistemas inten-

⁵ Véase al respecto, Isaías Covarrubias, “*Sapiens*”, en Revista *Oceanum* Año 4, N.º9.



sivos de explotación de la mano de obra indígena; también alteró apreciablemente el sistema de precios de las mercancías y la cantidad de dinero en circulación en Europa, tuvo el efecto de expandir el capitalismo mercantil, dinamizando tremendamente la economía, aunque finalmente los dos principales países beneficiarios primeros de esta explotación de oro y plata, España y Portugal, no lograron aprovechar suficientemente esta ventaja para su propio progreso.⁶



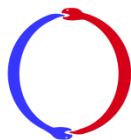
Las novelas que giran alrededor de la búsqueda del oro en las tierras hispanoamericanas conquistadas tiene un lugar destacado en la literatura por asociarse sobre todo a la leyenda de El Dorado. Novelas como *El camino de El Dorado*, de Arturo Uslar Pietri, publicada en 1947, *La Luna de Fausto* de Francisco Herrera Luque, publicada en 1983, *Ursúa*, de William

Ospina, publicada en 2005, representan un muestrario mínimo de esta vertiente. Por su parte, Arturo Pérez Reverte tiene por lo menos dos obras impregnadas de realidad histórica relacionadas con el oro de las colonias del Imperio español. En *El oro del Rey*, publicada en 2000, destaca la lucha por proteger el oro de la Corona española de la rapacería en los mares de piratas y filibusteros que amenazaban los galeones españoles cargados con los tesoros reales. En *Ojos Azules*, publicada en 2009, muestra la terrible ambición que arrastraba a los conquistadores, desde capitanes hasta soldados rasos, detrás del apetecido metal.

III. Petróleo sangriento y diamantes de sangre

La explotación, la producción, la distribución y el consumo de recursos energéticos no renovables se inicia con el uso del carbón, al despuntar la primera revolución industrial, en el último tercio del siglo XVIII. Posteriormente, vendría la utilización del petróleo y el gas, asociados a la segunda revolución industrial, vinculado al desarrollo de los motores de combustión interna, a partir del último tercio del siglo XIX. Los combustibles fósiles representan el epítome de la explotación de recursos vinculados a los procesos económicos, tecnológicos, sociales, que tuvieron efecto en decisiones políticas relevantes y un gran impacto en el medio ambiente. A lo largo de la historia, el efecto en todos los órdenes de estos recursos no ha sido ajeno prácticamente a ningún ámbito de estudio, tampoco a la narrativa literaria y al cine.

⁶ Véase al respecto, Isaías Covarrubias, “*Memorial del convento y el imperio portugués en el siglo XVIII*”, en *Revista Oceanum* Año 6, N° 2.

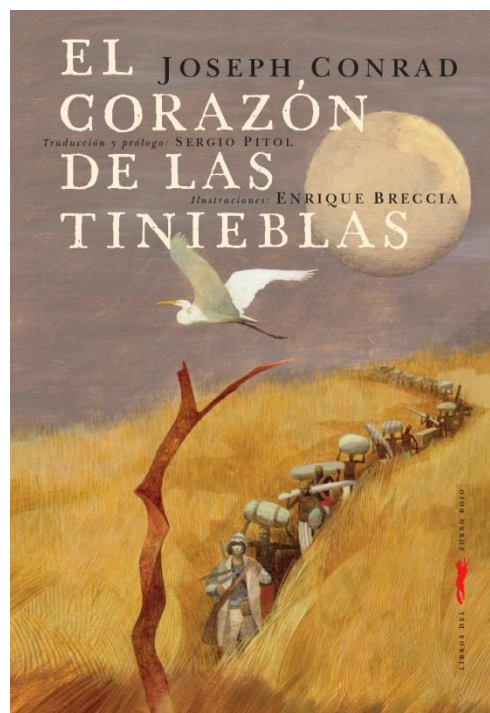


El uso intensivo del carbón, vinculado a la invención de las máquinas de vapor y al incipiente capitalismo industrial europeo, dio origen a varias obras literarias que documentan sobre todo los males sociales acarreados por su explotación, en particular, en cuanto a las terribles y desfavorables condiciones sociales imperantes para los trabajadores de las minas. *Germinal*, de Émile Zola, publicada en 1885, enfocada en la explotación de unas minas de carbón en un lugar de Francia, se convirtió en un clásico y fue versionada en el cine, una producción francobelga con el mismo nombre, de 1993, dirigida por Claude Berri. La existencia de importantes yacimientos de carbón en Suramérica y su explotación, con condiciones incluso menos favorables para los obreros de las minas, dieron lugar a obras como *Tungsteno*, una novela de César Vallejo, publicada en 1931.

La explotación del caucho natural en Asia, África y la Amazonía, otro recurso altamente demandado conforme la economía europea y estadounidense se industrializaban, especialmente desde finales del siglo XIX, guarda algunos paralelismos en cuanto a las problemáticas condiciones sociales para los trabajadores, con la explotación del carbón, que ya cumplía un poco más de cien años de historia. Una novela emblemática que describe a modo de denuncia las condiciones de semiesclavitud de los trabajadores y sus vidas detrás de los campamentos, pueblos y ciudades creados tras el *boom* de compañías extranjeras que invertían capital en la selva amazónica para proveerse del valioso recurso y exportarlo es *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera, publicada en 1924.

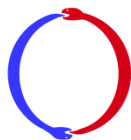
Las condiciones de semiesclavitud o esclavitud a secas de los trabajadores del caucho en la

colonia belga de El Congo, en el África occidental, desde 1882 y por espacio de casi cuarenta años, desde el momento en que el rey Leopoldo II convenció al resto de los gobernantes de los países europeos de la necesidad de “civilizar” a los nativos, es otro ejemplo de explotación colonialista de un recurso natural. Literariamente, este hecho inhumano y cruel le sirve de trasfondo a una obra clásica: *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, publicada en 1889. En sintonía con lo anterior, la novela *El sueño del Celta*, de Mario Vargas Llosa, publicada en 2010, tiene el mérito de retratar la deformidad social detrás de la explotación del caucho desde dos geografías, el Congo Belga y la Amazonía peruana, siguiendo los pasos de un personaje real, el nacionalista irlandés Roger Casement, que denunció ambos hechos, enfrentándose a gobiernos, autoridades locales y a los propietarios de las compañías.⁷



El recurso natural no renovable más importante del siglo XX, el petróleo, también ocupa

⁷ Véase al respecto, Isaías Covarrubias, “*El sueño del celta, colonialismo y desarrollo*”, en Revista *Oceanum* Año 5, N° 11.



un gran espacio en la literatura desde la perspectiva de sus efectos sociales y económicos. Para no dilatar mucho el ensayo, nos limitaremos a nombrar dos novelas de escritores venezolanos, tomando en cuenta que Venezuela fue durante buena parte del siglo XX uno de los productores y exportadores de petróleo más relevantes del mundo. Nos referimos a *Mene*, de Manuel Díaz Sánchez, publicada en 1936 y *Casas Muertas*, de Miguel Otero Silva, publicada en 1955. La primera destaca el hecho insólito del descubrimiento del petróleo en un pueblo depauperado del occidente del país hacia comienzos de la segunda década del siglo XX. De repente, el mene, palabra con que las tribus indígenas nombraban el petróleo, comienza a ser explotado como negocio, una inusitada actividad económica que cambiará, para bien y para mal, en los años inmediatos y por las décadas venideras, la fisonomía del lugar y los hábitos y costumbres de su gente. La segunda novela presenta un cuadro social que refleja el agudo contraste entre las primeras explotaciones petroleras en pueblos que se volvieron privilegiados en cuanto a progreso y calidad de vida, frente a otros, las casas muertas, pueblos misérrimos, palúdicos, que fueron muriendo de mengua y desolación.

La Venezuela petrolera del siglo XX y lo que va del XXI, en la actualidad con una industria seriamente deteriorada, a pesar de tratarse de la nación con las mayores reservas probadas de petróleo del planeta, remite a la paradoja que encierra la llamada “maldición de los recursos”, una hipótesis según la cual un país que cuenta con abundantes recursos naturales no necesariamente tiene asegurado el progreso y el alcance del desarrollo, antes más bien esta abundancia podría significar un obstáculo para

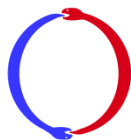
tal fin. El caso de los conflictos políticos, económicos y sociales originados por un recurso valioso y apetecido como los diamantes, abundantes en varios países africanos, señala que algo de cierto parece haber en esta hipótesis. La maldición de los recursos se ve reflejada hasta cierto punto en la película estadounidense *Diamante de sangre*, de 2006, dirigida por Edward Zwick.⁸



IV. Las formas del agua

La posible sobreexplotación de un recurso está ligada no solo a su relativa abundancia o escasez, sino también a la ausencia de derechos de propiedad bien definidos y a la falta de cumplimiento de leyes y regulaciones acerca de su uso y su conservación. Cuando el recurso es un “bien común”, a menudo se sobreexplota y su

⁸ Véase al respecto, Isaías Covarrubias, “Diamante de sangre y la maldición de los recursos”, en el blog [La economía sí tiene quien le escriba](#).



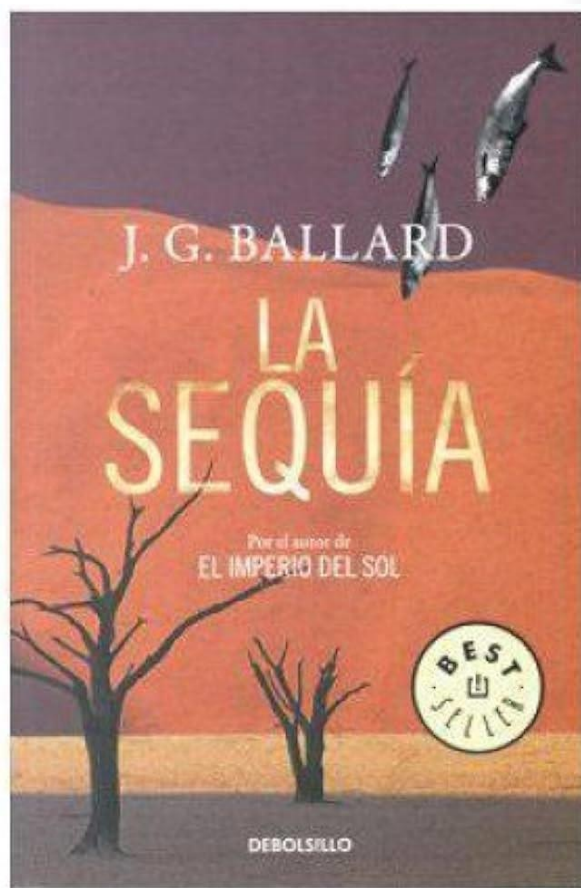
tasa de agotamiento se acelera, poniendo en peligro su sostenibilidad o incluso su existencia. La posibilidad de que se agote un recurso como el agua dulce, el agua potable, que es la base de infinidad de actividades humanas relacionadas con la producción de alimentos, saneamiento, recreación y, en última instancia, con la supervivencia de todas las especies animales y vegetales del planeta, constituye un serio problema y una amenaza en varias zonas del mundo.

Los datos en torno al problema de la escasez y la contaminación del agua a nivel global se pueden considerar alarmantes. En la actualidad, 4 000 millones de personas, la mitad de la población mundial, viven en zonas con escasez de agua y de infraestructuras de servicios de saneamiento. Un grupo de consultoría mundial publicó en 2009 un reporte prospectivo llamado *Charting Our Water Future Economic*, donde se estima que la inseguridad hídrica puede convertirse en el mayor desafío para la sociedad humana en conjunto. Según este reporte, en 2030 la demanda mundial de agua dulce superará en un 40 % a la oferta y cerca de 16 00 millones de personas no tendrán acceso al agua potable gestionada de manera segura. Estos problemas pueden agudizarse con el crecimiento demográfico, el aumento de la intensidad del uso de agua en industrias y en la agricultura, la desertificación de los suelos, la tala y la quema indiscriminada de árboles en las cabeceras de los ríos.

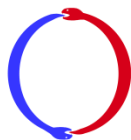
Por razones como estas, la escasez de agua potable se ha convertido en un tema geopolítico de primer orden y lo será aún más en el mediano y largo plazo; incluso varios analistas consideran que algunos conflictos bélicos del futuro pudieran ser generados por el dominio del agua. En este sentido, algunos países poderosos económicamente han tomado decisiones de adquirir tierras de naciones pobres, especialmente entre los países africanos, donde el

objetivo primordial no sería dedicarlas a cultivos, sino a la extracción de agua, sea que se encuentre superficialmente, sea que esté como reserva de forma subterránea.

Desde la literatura, la novela de ciencia ficción de J. G. Ballard, *La sequía*, publicada en 1964, se pasea precisamente por un mundo apocalíptico, altamente contaminado por desechos industriales, donde la escasez casi absoluta de agua genera fuertes conflictos sociales. Y esta novela no es por cierto la única que refleja una distopía de un mundo catastrófico, donde han desaparecido los recursos y la contaminación ha acabado con la mayoría de las especies animales, los cultivos, los asentamientos urbanos y las actividades de las sociedades humanas.



La literatura refleja todo ello porque se hace eco de las preocupaciones alrededor de un complejo industrial-tecnológico mundial signado por un intenso uso de variados recursos



para la producción, la distribución y el consumo de millones de productos y servicios. Estas actividades conforman el dilema fundamental entre el crecimiento económico y la sostenibilidad medioambiental. El punto dilemático estriba en que tanto la generación de contaminación en sí, especialmente la proveniente del uso de combustibles fósiles, así como la generación de una gran cantidad de desechos y desperdicios, incluyendo desechos altamente tóxicos, ejercen una tremenda presión sobre los sistemas de equilibrio de la biosfera, expuesta a una inestabilidad que puede incluso causar su colapso. Esta inestabilidad ya está teniendo repercusiones en los hábitats, la salud y las actividades productivas de una buena parte de la población del mundo.

Por su parte, cuando el periodista Thomas Friedman tituló uno de sus libros *Caliente, plana y abarrotada*, publicado en 2009, para describir a grandes rasgos el planeta, no hizo sino mencionar problemas atinentes a un crecimiento demográfico y un aumento de las temperaturas que tienen un alcance global. Pongamos por caso la amenaza de la superpoblación, que trae implícita la posibilidad de que escaseen los alimentos para cubrir esta necesidad básica para todas las personas, cobrando forma la advertencia enunciada por el clérigo británico Thomas Malthus en su libro *Ensayo sobre el principio de la población*, publicado en 1798. Una novela que trata una situación así en un futuro es *Edicto del siglo XXI*, de Max Erlich, publicada en 1977, donde un gobierno mundial autoritario impone una solución drástica al problema de la superpoblación prohibiendo los nacimientos.

Un planeta superpoblado es una imagen que lleva aparejada la idea de que la presión por la demanda de recursos aumenta tremendamente. Pero no se necesita proyectar un planeta superpoblado para observar que el simple crecimiento demográfico ejerce una presión sobre

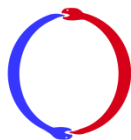
la demanda de recursos que ya es de por sí intensa. Precisemos que el crecimiento demográfico actual remite casi exclusivamente al incremento de la población en los países pobres, los cuales ya sufren, en ocasiones de forma aguda, de escasez de recursos para cubrir necesidades básicas como agua y alimento. Otros desafíos provienen no del crecimiento, sino de cambios demográficos manifestados, por ejemplo, en que en el presente más de la mitad de la población mundial vive en ciudades y el envejecimiento, especialmente en los países ricos y de ingreso mediano, está aumentando aceleradamente.

Desde la perspectiva de un planeta caliente, la realidad es que su castigado medioambiente se sigue deteriorando, algo que vienen advirtiendo los científicos ocupados de este tema desde la segunda mitad del siglo XX. James Lovelock, en sus libros *La venganza de la Tierra*, publicado en 2007 y *La Tierra se agota*, publicado en 2009, planteó que el equilibrio biofísico y la autoregulación de la Tierra como organismo vivo están altamente amenazados por la contaminación y el cambio climático en marcha, con la posibilidad de sufrir catástrofes y daños irreversibles.

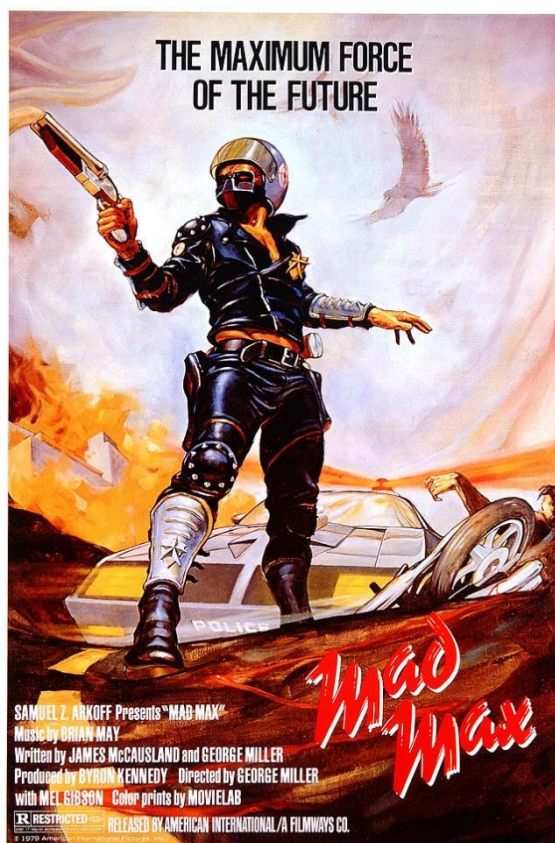
LA JAMES LOVELOCK VENGANZA DE LA TIERRA

LA TEORÍA DE GAIA Y EL FUTURO DE LA HUMANIDAD





No es de extrañar entonces que desde la literatura y el cine se haya retratado un mundo que finalmente colapsa, catastrófico, distópico, y que refleja un planeta casi deshabitado, irremisiblemente contaminado, con la mayor parte de los recursos dañados o agotados, en medio de un entorno terriblemente hostil y peligroso para los seres humanos. Además de la mencionada novela de Ballard, otra con estas características es la *La Carretera*, de Cormac McCarthy, publicada en 2006, posteriormente llevada al cine en una producción estadounidense de 2009, dirigida por John Hillcoat. La novela *Las torres del olvido*, de George Turner, publicada en 1987, también es representativa de este tipo de literatura. Una referencia cinematográfica insoslayable alrededor de este tema es el filme australiano *Mad Max*, de 1979, dirigida por George Miller.

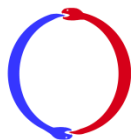


V. Volver al futuro

Después de este breve recorrido por el impacto económico, político, medioambiental, que a lo largo de la historia ha tenido y sigue teniendo la utilización de algunos recursos naturales, volvemos la mirada hacia un futuro que se visualiza paradójico. Una primera paradoja supone que, aunque se esté produciendo una transición hacia una matriz de fuentes de energía primaria menos contaminante, más sostenible, basada en recursos renovables (hidroeléctrica, maremotriz, eólica, solar), incluyendo las controversiales energía nuclear y biocombustibles, todavía no se vislumbra la desaparición del uso de los combustibles fósiles, por lo menos no en el mediano plazo. Estos actualmente siguen representando alrededor del 80 % del total de fuentes utilizadas como energía primaria, estimándose que su lento decaimiento podría incluso experimentar alguna que otra reversión. Por esta razón, la agenda de la transición energética, también llamada de descarbonización, probablemente necesitará para imponerse más maniobras políticas que motivos económicos.

La segunda paradoja remite a un mundo en el que la tecnología responsable de la producción de bienes y servicios intangibles, sigue y seguirá necesitando de soportes físicos, tangibles. La inteligencia artificial (IA), el *software*, requiere para funcionar de un *hardware* representado en toda clase de equipos electrónicos, máquinas, infraestructura, un *hardware* que demanda cada vez más una ingente cantidad de recursos, de materias primas.

Actualmente, las materias primas tradicionales y no tradicionales cubren necesidades industriales desplegadas en un amplio espectro de minerales metálicos y no metálicos: oro, plata, cobre, aluminio, níquel, cromo, grafito, y nuevos materiales estratégicos: litio, coltan, cobalto, manganeso, germanio, titanio, uranio y el grupo del platino. Estas materias primas, como se señaló en la introducción, están geo-



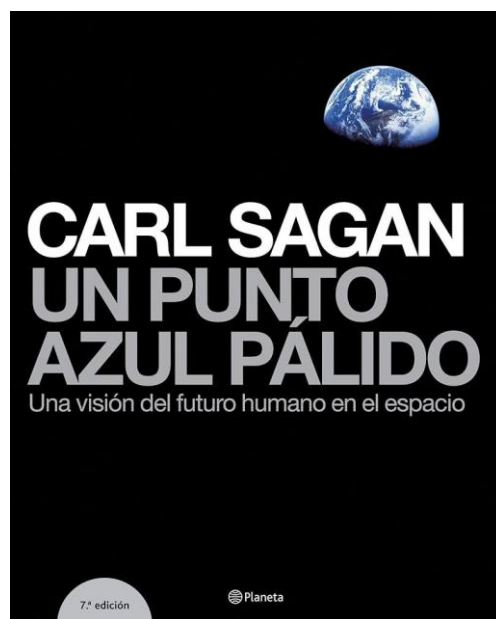
gráficamente repartidas de forma muy desigual, han alentado por décadas una industria extractiva, sobre todo en varias naciones africanas y latinoamericanas, que en algunos casos han provocado un impacto medioambiental de serias consecuencias o se proyecta que lo tengan.

Una tercera paradoja, relacionada con la anterior, es que en un futuro algunos de estos recursos probablemente no solo se extraerán de la Tierra, sino también de otros planetas, satélites, asteroides. Como lo dijo de una forma un poco exagerada el Mahatma Gandhi: «Alcanzar su prosperidad ha llevado a Gran Bretaña a consumir la mitad de los recursos del planeta. ¿Cuántos planetas necesitaría un país como la India?». No es casualidad entonces que una misión espacial de la India en este 2023 se haya aposentado por primera vez en el polo sur de la Luna en búsqueda de agua.

En este sentido, el científico y divulgador de la ciencia, Carl Sagan, en uno de sus últimos libros, *Un punto azul pálido*, publicado en 1994, se hizo eco de esta posibilidad de encontrar recursos convencionales y no convencionales fuera de la Tierra. Según las investigaciones de la época, Titán, un satélite de Saturno, tiene océanos de petróleo y de gas, mientras que en el cinturón de asteroides se encuentran algunos abundantes en metales como oro, hierro y níquel. Todo ello se ha ampliado con el descubrimiento en las últimas dos décadas de otros cuerpos celestes que potencialmente albergarían valiosos recursos. De uno descubierto recientemente, el asteroide Psyche 16, se ha señalado que aparentemente contiene tanta riqueza en recursos como varios miles de veces el PIB del mundo.

La factibilidad técnica y financiera de la minería espacial para extraer y transportar recursos extraplanetarios se mantiene en un nivel especulativo, pero ya hay gobiernos de países y empresas privadas interesados en materializar

proyectos para este fin. Ese futuro, descrito aquí muy superficialmente, se entiende un poco mejor en la trama de un clásico del cine, el filme británico-estadounidense *Alien*, de 1979, dirigida por Ridley Scott. La nave espacial *Nostramo* viaja transportando miles de toneladas de un recurso de otro planeta hacia la Tierra, entre su tripulación hay un robot humanoide, pero todo se verá alterado por un extraño pasajero que se ha colado en la nave.

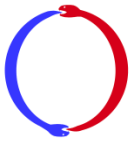


La metáfora de una empresa y una economía con algún fundamento en esta posibilidad, remite a que detrás de lo promisorio que pudiera parecer, también pudiera esconderse en ello enormes riesgos para el futuro de la humanidad. Y esta es, ni más ni menos, la posibilidad que también describe *Los propios dioses*, con lo cual volvemos al futuro por donde iniciamos este tema, uno que también la literatura y el cine han convertido en interesante e intrigante.



محمد الميموني

Mohamed Maimouni



Encarnación Sánchez Arenas

محمد الميموني (1935-2017) أحد المؤسسين للحادثة الشعرية بالمغرب. مناضل سياسي ومترجم وناقد أدبي، عضو اتحاد كتاب المغرب وعضو بيت الشعر بالمغرب. وترجمت أشعاره إلى الإسبانية.

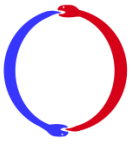
أصدرت له وزارة الثقافة بالمغرب سنة 2002 الأعمال الشعرية الكاملة متضمنة دواوينه الشعرية ومن بينها: "آخر أعوام العقم" (1974) و "الحلم في زمن الوهم" (1992) و "محبرة الأشياء" (1998) و "ما ألمحه وأنساه" (2000) و "مناهات التأويل" (2001). وأخر ديوان نشره "بداية ما لا ينتهي" (2017).

أصدر محمد الميموني سيرته الذاتية ورواية في جزئين بعنوان "عودة المعلم الزين" (2015)

Mohamed Maimouni (1935-2017) es uno de los fundadores de la poesía moderna en Marruecos. Militante político, traductor, miembro de la Unión de Escritores de Marruecos y miembro de la Casa de la Poesía de Marruecos. Varios de sus poemas han sido traducidos al español.

En 2002, el Ministerio de Cultura de Marruecos publicó las obras poéticas completas de Mohamed Maimouni, que contienen, entre otros, las siguientes colecciones poéticas: *El fin de los años de esterilidad* (1974), *El sueño en el tiempo de la fantasía* (1992), *El tintero de las cosas* (1998), *Lo que veo y olvido* (2000) y *Los laberintos de la interpretación* (2001). El último poemario que publicó fue *El inicio de lo interminable* (2017).

Mohamed Maimouni publicó su autobiografía y una novela en dos partes titulada *El retorno del Maestro Al-Zayen* (2015).



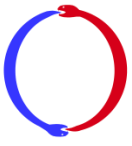
علمني ما تعلم

محمد الميموني

لست هناك
كي أرغب فيما لست أنا
لم أدخل بعد
مجاهل ذلك الكهف
لم أكتشف الشفرة في الحرف
لم أتبين خطأ
يفصل بين الوقت
وأزمان الموت.

خطواتي
لازالت في الركل مخبأة
من أين أجيء بأولها
كي أدخل
في سكرات البحث.

علمني ما تعلم
حتى أقطف تلك الوردة
من منبعها...

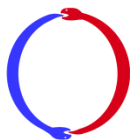


Enséñame lo que sabes

No estoy allá
para desear lo que no soy.
Todavía no he entrado en
las oscuridades de esta cueva,
no he descubierto la clave de la carta,
no he percibido el error
que separa el tiempo
de los instantes de la muerte.
Mis pasos
todavía están escondidos en la arena,
de donde traigo el primero
para adentrarme
en la ebriedad de la búsqueda.

Enséñame lo que sabes
para coger aquella rosa
de su fuente.

Mohamed Maimouni



Víctor Hugo Pérez Gallo

La lectura de la poesía como un hedonismo liberador en esta moderni- dad líquida



Soy un lector hedonista. Leo lo que me da placer. Alguna vez quise ser un habitante de la taifa de Zaragoza del siglo XI, sobre todo para poder disfrutar de la poesía escrita por poetas como *Ibn Darrach al-Qastalli*⁹ o *Ibn Gabirol*¹⁰, de cuyas poesías han llegado a nuestros días, por desgracia, solo fragmentos, pero fragmentos que tiene una extraña belleza y hay que leerlos, es una recomendación que hago. Leer la poesía escrita por ellos es un placer.

Y hago este proemio porque la poesía que analizamos hoy, “Enséñame lo que sabes” de Mohamed Maimouni, me recuerda esta otra poesía de hace muchos siglos atrás. Tal vez toda la buena poesía del mundo la escribe un

solo poeta eterno ¿o nosotros, los lectores, somos los mortales que leemos una y otra vez?

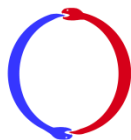
En los versos de Maimouni, la rosa simboliza el fruto o el resultado final de la búsqueda de conocimiento y la iluminación a la que aspira el yo lírico. La rosa suele ser un símbolo del amor, la belleza y la perfección en diferentes tradiciones. Aquí representaría el hallazgo de la verdad o la sabiduría plena.

Se la encuentra en la “fuente”, que podría aludir a la fuente original del conocimiento, la esencia de las cosas. Implica que el conocimiento proviene de lo más profundo.

Pedir “coger aquella rosa” refiere al deseo de alcanzar el objeto final de la búsqueda espiritual e intelectual iniciada. La rosa, como flor,

⁹ Ibn Darrach al-Qastalli (958-1030), poeta de origen bereber, que fue el panegirista de Almanzor y luego de Mundir I al-Mansur, el primer rey taifa de Zaragoza. Escribió poesía áulica, heroica y laudatoria, alabando las hazañas de sus protectores y ensalzando su linaje. Su estilo se caracteriza por la elegancia, la riqueza léxica y el uso de metáforas e imágenes sorprendentes.

¹⁰ Ibn Gabirol (1021-1058), también conocido como Avicibrón, fue uno de los más grandes poetas y filósofos judíos de la Edad Media. Nació en Málaga, pero se educó y vivió en Zaragoza, donde fue protegido por Yequtiel ibn Hasan, visir del rey Mundir II. Su poesía religiosa y profana se distingue por su profundidad, su originalidad y su belleza formal. Su filosofía, influida por el neoplatonismo, ejerció una gran influencia en el pensamiento judío, cristiano y musulmán.



simboliza también la fragilidad y efimeridad del conocimiento humano. Solo se alcanza tras un esfuerzo.

Maimouni relaciona la belleza estética de la rosa con la belleza de la verdad que encuentra a través de la iluminación buscada. Por lo tanto, la rosa representa metafóricamente el fruto del saber y la revelación anhelada al final del camino iniciático que el yo lírico desea emprender con la guía de un maestro.

La temática trata sobre un viaje interior de búsqueda del conocimiento y la iluminación. El yo lírico es consciente de su propia ignorancia y necesita la guía de un maestro. Maimouni utiliza imágenes como la cueva, la carta y el tiempo para simbolizar enigmas por resolver. La rima es consonante en los versos pares (“soy” / “muerte” / “arena” / “fuente”). Presenta un ritmo pausado y musical que invita a la introspección. Las imágenes son sugerentes y aptas para múltiples interpretaciones (arena, cueva, rosa). El estilo es poético y elevado, acorde a la tradición gnóstica y mística árabe. Se denota la influencia de Avempace¹¹. No puedo dejar de mostrar aquí un poema de este famoso poeta, y véanse las semejanzas:

Acaso la perfección de la belleza
no te dejó ver el cansancio de mi mente.
Aquel que te envió me respondió
con la somnolencia de mis párpados.
Seguí con las hermosas y vivo esclavo de mis deseos.
¡Si pudiera ver con mis propios ojos a mi Señor!,
¡ay! Si pudiera verlo.

Maimouni tal vez no haya leído este poema específico, pero no hay deudas de que bebe de toda la larga tradición gnóstica y mística de la poesía árabe, de la cual me atrevería a afirmar

que en Occidente existe un gran desconocimiento.

La poesía mística árabe y la rosa son dos elementos que me fascinan por su belleza, su simbolismo y su profundidad. La poesía mística árabe es una expresión de la búsqueda de la unión con lo divino, de la anhelación del alma por trascender lo material y lo efímero. La rosa, por su parte, es una metáfora de la perfección, de la armonía, de la fragilidad y de la pasión. Ambos se complementan y se enriquecen mutuamente, creando una obra de arte sublime y conmovedora.

Me gusta leer la poesía mística árabe y el símbolo de la rosa porque me transportan a un mundo de ensueño, donde el amor, la fe y la esperanza son los protagonistas. Me inspiran a reflexionar sobre el sentido de la vida, sobre el misterio de Dios y sobre el valor de la belleza. Me hacen sentir emociones intensas y variadas, desde la alegría hasta la tristeza, desde el asombro hasta la admiración. Me invitan a cultivar mi espíritu, a abrir mi corazón y a apreciar lo que me rodea.

Maimouni con sus negaciones (“no estoy”, “no he”) enfatiza la condición del aprendiz. Los paralelismos (“entrar/descubrir”, “pasos/escondidos”) dan musicalidad. La rima y la métrica árabe clásica confieren belleza formal.

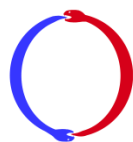
En su poema expresa el humilde reconocimiento de la propia falta de sabiduría.

Pide la orientación de un maestro para alcanzar la iluminación buscada.

Plantea el conocimiento como fruto de un esfuerzo interior simbolizado en el poema.

¹¹ Avempace (1085-1138), cuyo nombre completo era Abu Bakr Muhammad ibn Yahya ibn Saig ibn Bayya, fue un polímata que destacó como filósofo, médico, astrónomo, músico y poeta. Nació en Zaragoza y fue discípulo de Ibn Jafaya, otro gran poeta de la taifa. Su obra

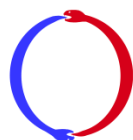
filosófica se inscribe en la escuela aristotélica y aborda temas como la metafísica, la física, la lógica, la ética y la política. Su poesía se caracteriza por su tono melancólico, reflexivo y ascético, expresando su anhelo de libertad y conocimiento.



Se trata de una composición mística muy lograda en su forma y su profundidad conceptual. Es poesía.

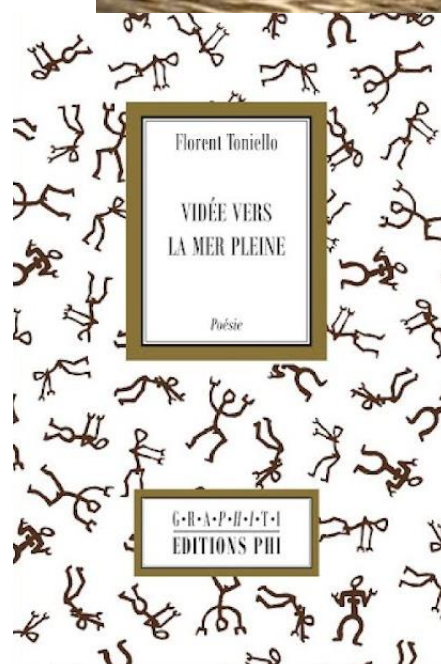
Florent Toniello





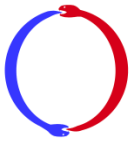
Texto y traducciones de **Miguel Ángel Real**
Fotografías del autor

vers la mer pleine (Phi, 2021) y *Mélusine au gasoil* (Facteur Galop, 2022). Dentro de la ficción, la novela *Ganaha. Un conte futur dans une langue passée* (Jacques Flament, 2020) y la colección de relatos *Honorable Brasius* (Hydre éditions, 2023). Finalmente, en el ámbito del ensayo/entrevistas, « Pierre Joris with Florent Toniello, Always the Many, Never the One » (Contra Mundum Press, 2022).



Florent Toniello, nacido en 1972 en Lyon (Francia), comenzó su primera vida en la informática en una empresa transnacional en Bruselas, Bélgica y otros lugares. En 2012 se trasladó a la capital luxemburguesa, donde inició una segunda vida como corrector de pruebas, periodista cultural y poeta. A ello siguieron ocho poemarios publicados en Luxemburgo, Bélgica y Francia, una obra de teatro representada en el Théâtre ouvert Luxembourg, así como una novela y una colección de relatos de ciencia ficción. Por el momento, no se plantea una tercera vida.

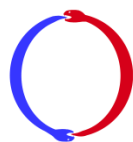
En el ámbito de la poesía, ha publicado *Flo[ts]* (Phi, 2015), *Ptérodactyle en cage* (Phi, 2017), *Lorsque je serai chevalier* (Jacques Flament, 2017), *L'Oreille arrachée* (maelstrÖm, 2017), *Apotropaique* (Phi, 2018), *Foutu Poète improductif* (Rafael de Surtis, 2018), *Vidée*



Des héros partout
& leurs tunnels d'admiration
creusés dans des édredons bien chauds
les petites fleurs — les petits oiseaux
du lyrisme
brûlés au soleil de la nuit absente
« une bonne guerre », dit
le grand-père aux
petits-enfants les yeux dans le coltan
: foutaises
laissons les statues
comme des reliques
& cultivons
ce qui ne croît pas jusqu'au ciel
laissons les statues
& attendons les extraterrestres
(pour leur montrer l'exemple)
laissons les statues
—les vrais héros
ce sont les doux
—les vraies héroïnes
ce sont les douces
& pour ça
pas de piédestaux

Héroes por todas partes
& sus túneles de admiración
cavados en cálidos edredones las
floreillas —los pajaritos
del lirismo
abrasados al sol de la noche ausente
“una buena guerra”, dijo
el abuelo a sus
nietos con los ojos en el coltán
: tonterías
dejemos las estatuas
como reliquias
& cultivemos
lo que no crece hasta el cielo
dejemos las estatuas
& esperemos a los extraterrestres
(para darles ejemplo)
dejemos las estatuas
—los verdaderos héroes
son los amables
—las verdaderas heroínas
son las amables
y para eso
no hay pedestales

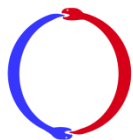




Tu peux bien
frapper la tôle ;
hurler au vent ;
inscrire tes doléances au manteau des
cheminées
ou
sur des hôtels de luxe...
l'esthétique des profondeurs
traverse toujours les strates géologiques
pour se dissiper
vers le ciel
en un panache plus résolu
que tes envies de surface

Puedes
golpear el metal
aullar al viento ;
apuntar tus quejas en el manto de
las chimeneas
o
en hoteles de lujo...
la estética de las profundidades
atraviesa siempre los estratos geológicos
para disiparse
hacia el cielo
en un penacho más decidido
que tus deseos de superficie

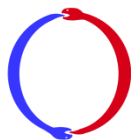




L'eau est partout :
source de vie ;
bain primordial ;
soupe originelle
d'où nous nous sommes levés
— l'eau coule ou stagne
& comme ce quelque chose
de pourri
dans le royaume du Danemark
il se sent une odeur
d'œuf pourri
dans la république d'Islande

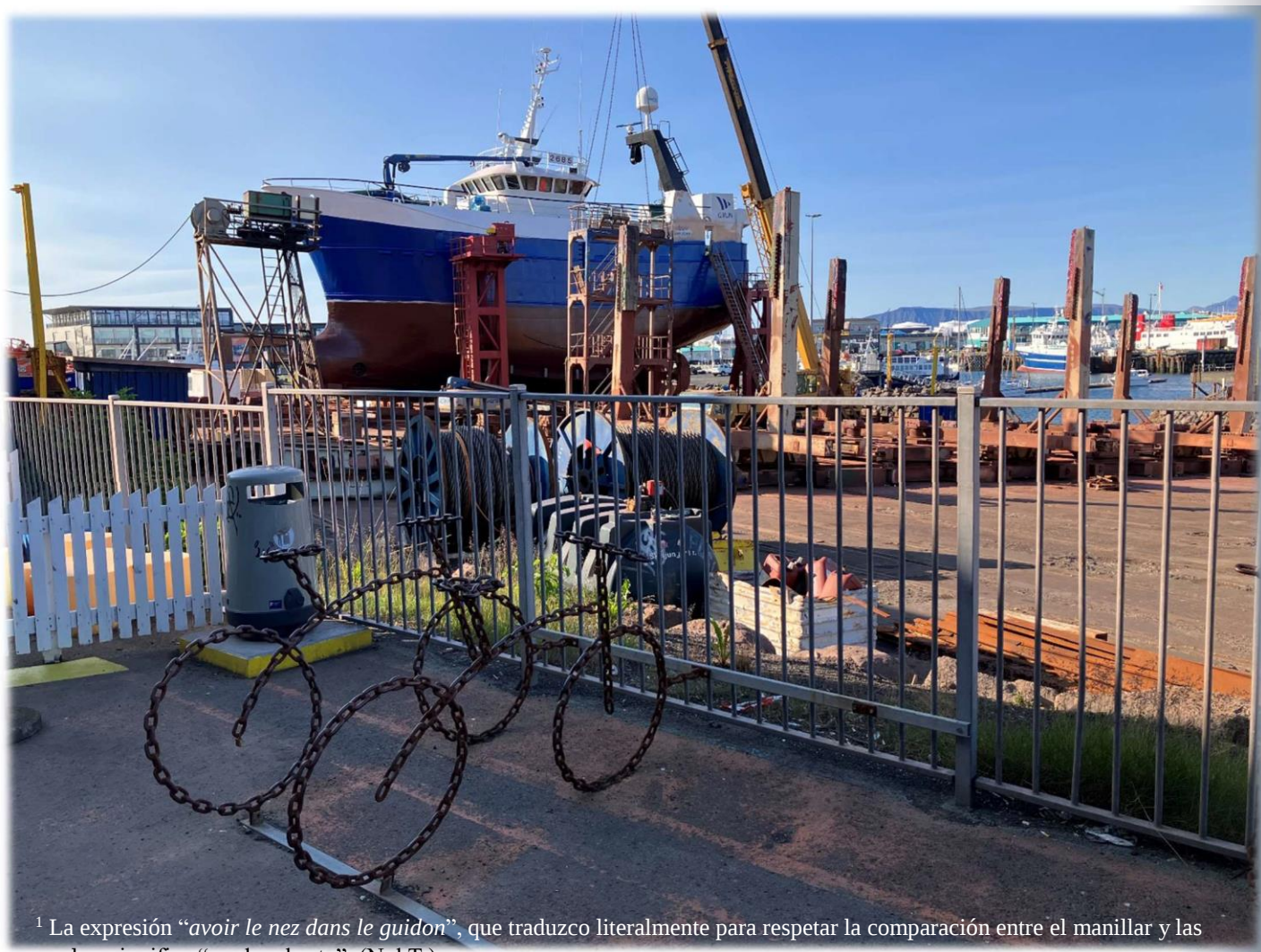
El agua está en todas partes
fuente de vida ;
baño primordial ;
sopa original
de donde surgimos
—el agua fluye o se estanca
& así como ese algo
podrido
en el reino de Dinamarca
hay un olor
a huevos podridos
en la República de Islandia



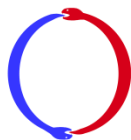


Pour lier vagues & bosses
dans l'harmonie des milles & kilomètres
marin & cycliste
font tourner leur vélice
— voire, plus écologique
: leur vélivoile
tendue au vent & aux mollets
s'exclamant nez dans le guidon & le foc
« à nous les lointains
horizons!»
mais les horizons s'éloignent
en mirages
marin & cycliste
se massent alors
à l'huile de foie de morue & de genou
pour briller au soleil du repos
pour sentir le vent frais sur leurs corps
écailles dorées & mollets épilés
sous les cris des sternes & du goudron brûlant

Para enlazar olas y desniveles
en la armonía de millas y kilómetros
marineros y ciclistas
hacen girar su bicihélice
— o aún más ecológico
su bicivela
tensa con el viento & con las pantorrillas
y exclaman con la nariz en el manillar¹ & el foque
« ¡allá vamos, lejanos
horizontes! »
pero los horizontes se alejan
en espejismos
marineros y ciclistas
se dan masajes entonces
con aceite de hígado de bacalao & de rodilla para
brillar bajo el sol del descanso
para sentir el viento fresco en sus cuerpos escamas
doradas & pantorrillas depiladas
bajo los gritos de los charranes & del alquitrán ardiente



¹ La expresión “avoir le nez dans le guidon”, que traduzco literalmente para respetar la comparación entre el manillar y las velas, significa “no dar abasto”. (N.d.T.)



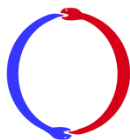
Sans cesse joue du rabot
frotte la pierre — découpe
les sommets les entraves
allume ton foyer aux
étincelles de tes frottements
d'artifice — cloute tes
chaussures pour mieux accrocher
pendant l'ascension
secoue-toi si tu t'endors
hé ! de repos il sera question
quand les montagnes auront des cheveux
grisonnant d'expérience

Juega sin cesar con el cepillo
frota la piedra — corta
las cimas las trabas
enciende tu lumbre con
chispas de tus roces
artificiales — clava tus
zapatos para un mejor agarre
mientras asciendes
sacúdete si te duermes
¡eh! de descanso se hablará
cuando las montañas críen pelo
encanecido por la experiencia



Salinas





Augusto Guedes

As escumas das ondas
tínguense de ouros vellos
no seu eterno desexo de amor.

*¡Todo por un bico,
un bico húmido e longo!*

Cantaban as ondas namoradas
e despois durmir...
...dormir para comezar
o soño noutra mirada.

*¡Todo por un bico,
un bico húmido e longo!*

E as ondas
no solpor outonizo
tecen cancións de marusía
mentres o vento cantaba...
¡...Todo por un bico...!

Las espumas de las ondas
se tiñen de oros viejos
en su eterno deseo de amor.

*¡Todo por un beso,
un beso húmedo y largo!*

Cantaban las ondas enamoradas
y después dormir...
...dormir para comenzar
el sueño en otra mirada.

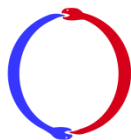
*¡Todo por un beso,
un beso húmedo y largo!*

Y las ondas
en el atardecer otoñal
tejen canciones de marejada
mientras el viento cantaba...
¡...Todo por un beso...!



Sueños del Congo





Goyo



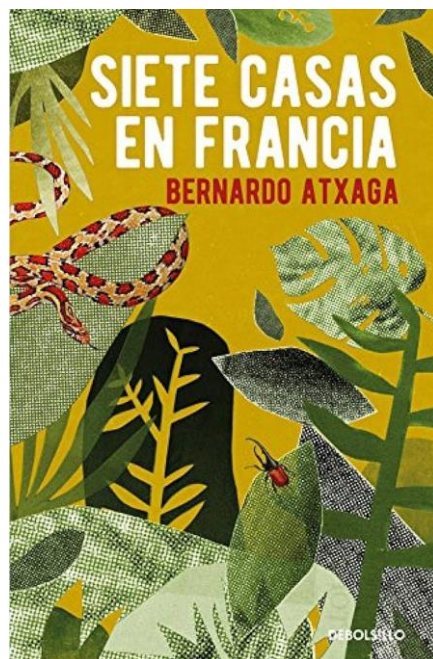
ernardo Atxaga, seudónimo de José Irazu Garmendia (Astéazu, Guipúzcoa, 1951), es un autor de novela, cuento, poesía

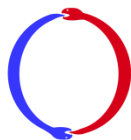
y ensayo, tal vez el más relevante de la literatura vasca actual, que escribe exclusivamente en euskera, tiene numerosas traducciones al castellano y otras lenguas. Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad de Bilbao y Filosofía y Letras por la Universidad de Barcelona, trabajó en diversos oficios —profesor de euskera, guionista de radio, librero— hasta que, a partir de 1980, se dedicó a la literatura en exclusiva. Desde 2006 es miembro de la Academia de la Lengua Vasca.

Algunas de sus obras: *Panpina Ustela* (*Muñeca podrida*, 1975); publicada en una revista literaria con Koldo Aguirre, en 1976, la novela *Ziulateaz* (*De la ciudad*) y el poemario *Etiopía* (1978); *Obababoak* (1988), con la que obtuvo el Premio Nacional de Narrativa, su obra más

exitosa y que fue llevada al cine por Montxo Armendáriz con el título de *Obaba; El hombre solo* (1993), finalista del Premio Nacional de Narrativa, o *Siete casas en Francia* (2009), que se tradujo al catalán, castellano y gallego. Recibió el Premio Nacional de Las Letras Españolas en 2019.

En su novela *Siete casas en Francia*, Lalande Biran, capitán y poeta de la “Force Publique” belga y jefe de la estación militar de Jangambi en el Congo de los albores del siglo XX, deberá esquilmar mucha madera de caoba y mucho marfil para satisfacer la petición de su esposa Christine, esto es, la séptima casa en el exclusivo St-Jean-Cap. Ferrat donde veranea el mismísimo rey Leopoldo II, después de las seis anteriores, una por cada año de servicio en el Congo. Su ayudante, el alcohólico teniente Van Thiegel, participa en la rapiña al igual que su asistente personal Donatien, que le proporciona jóvenes nativas vírgenes. La llegada a la estación del oficial Chrisostome Liège, excelente tirador, puritano católico y pueblerino retraído y el vengativo indígena Livo, que roba alimentos en el cuartel para ayudar a su tribu, enturbian la convivencia hasta derivar en un dramático final.





—Lo que hizo el primer día no fue puro azar —declaró ante todos los oficiales durante una sobremesa en el club— es un tirador excelente, un auténtico campeón. No creo que haya otro mejor en todo el Alto Congo. Ni en el Congo entero. Confieso que ha superado todas esperanzas que había depositado en él.

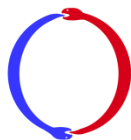
Había en Jangambi otros tiradores notables entre los que destacaban el joven Lopes y el teniente Van Thiegel; pero Chrisostome zanjaba con un solo cartucho lo que ellos habrían zanjado en tres o más.

Fragmento de *Siete casas en Francia*

Siete casas en Francia tiene una fácil lectura, con un lenguaje directo y sencillo, un género de novela indeterminado, quizás una amalgama de aventuras, intriga y crónica negra — con un mordaz humor— y una latente denuncia sin vehemencias de las atrocidades de la colonización de la época para extraer los recursos naturales (caoba, caucho, marfil) y de los indígenas mantenidos a raya por los soldados de la “Force Publique”. Afloran las ambiciones de los protagonistas, estimulados a distancia por la esposa de Lalande Biran y la madre de Van Thiegel. Ninguna tiene presencia en el relato, sino que solo sirven para alentar el regreso a Europa, a los cafés literarios añorados por Lalande, y la salida de un pasado de pobreza para el teniente. Las personalidades de los protagonistas son difusas, acordes con sus vacías existencias, distraídas en beber y disparar a los chimpancés, los orangutanes o a jóvenes indígenas con una fruta en la cabeza. Los diálogos son cortos y la novela se acelera en su parte final, desencadenado por Chrisostome y por Livo, los personajes más enigmáticos y que carecen de una definición clara.



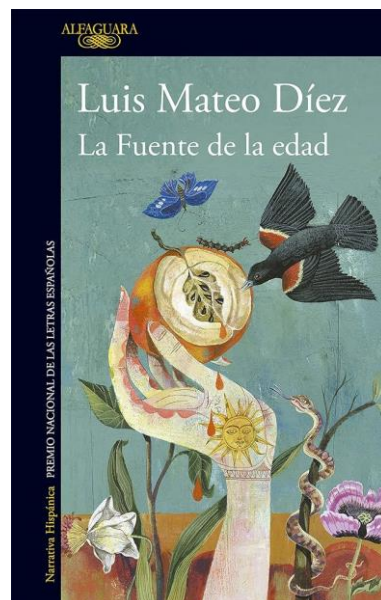
Espuma de mar



Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer con detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo, raza o lugar de nacimiento, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

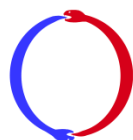
Sin duda alguna, el galardón más importante de las letras hispanas es el Premio Cervantes. Este año, le ha sido concedido a **Luis Mateo Díez** (León, 21/12/1942), escritor centrado en la narrativa y miembro de la Real Academia Española desde 2001, donde ocupa el sillón i mayúscula. Su amplia y prolífica trayectoria literaria le ha supuesto un amplio reconocimiento, que se manifiesta en la concesión de otros importantes premios como el Premio de la Crítica de 1986 y el Premio Nacional de Narrativa de 1987 por *La fuente de la edad*, el Premio de la Crítica de 1999 y el Premio Nacional de Narrativa de 2000 por *La ruina del cielo*, el Premio Francisco Umbral al Libro del Año de 2012 por *La cabeza en llamas* y el Premio Nacional de las Letras Españolas de 2020.



Novela

El **Premio Planeta** de este año se ha otorgado a una trabajadora de la propia empresa, con lo que todo queda en casa. Enhorabuena a ambos. Como diría F. Ibáñez, en las portadas de los periódicos con los que terminaba sus relatos: “El jurado compuesto por bla, bla, bla...”.

No son habituales en España los premios a las obras editadas, pero una de las excepciones importantes es el **Premio Tigre Juan de Novela**. La edición de este año acaba de presentar las obras finalistas el pasado 9 de noviembre. El jurado compuesto por Javier García Rodríguez, Susana Tejedor, Azahara Alonso, Rafael Gutiérrez Testón y Milio R. Cueto ha elegido entre las 346 obras presentadas —se han excluido las obras autoeditadas, lo que ha reducido el número respecto de convocatorias anteriores— las finalistas: *Peregrino transparente*, de Juan Cárdenas (Ed. Periférica); *Plagio*, de Patricia Font (Ed. Barrett); *Una oportunidad*, de Pablo Katchadjian (Ed. Sexto Piso); *Niña con monstruo dentro*, de Rosa Navarro (Ed. Bala



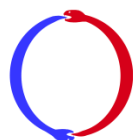
Perdida) y *Me verás caer*, de Mariana Travacio (Ed. Las Afueras). Suerte a los elegidos y quedamos a la espera del desenlace.



NOVELA		Convocatorias de concursos que se cierran en diciembre de 2023		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
NOVELA DE TERROR "ALAS DE CUERVO"	3	15000 a 60000 palabras	Editorial "Alas de Cuervo" y Grupo Editorial Letras Negras (Colombia)	470
EDHASA DE NARRATIVAS HISTÓRICAS 2024	5	≥ 120	EDHASA (España)	10 000
PRIMAVERA DE NOVELA 2024	15	≥ 150	Editorial Espasa y Ámbito Cultural/El Corte Inglés (España)	100 000
HISPANOAMERICANO DE NARRATIVA "LAS YUBARTAS"	15	50 a 250	La Feria Internacional del Libro de la Ciudad de Nueva York y otros (EE. UU.)	3 900
INTERNACIONAL DE NOVELA CORTA FRANCISCO AYALA	31	25000 a 40000 palabras	Fundación Sierra Elvira (España)	6 000

Relato corto y cuento

RELATO		Convocatorias de concursos que se cierran en diciembre de 2023		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
II CERTAMEN LITERARIO CUZCURRITA DE RÍO TIRÓN	1	≤ 10	Ayuntamiento de Cuzcurrita de Río Tirón (España)	300
II CERTAMEN LITERARIO MANTUA CARPETANORUM DE VILLAMANTA	3	≤ 8	Ayuntamiento de Villamanta (España)	500 150
RELATOS CORTOS "CONSTRUYENDO CULTURA EN SALUD MENTAL"	3	≤ 200 palabras	Comisión de Salud Mental y Cultura de la Comarca del Mar Menor (España)	500
MICRORRELATOS BREÑA BAJA MÁGICA	9	100 a 140 palabras	Ayuntamiento de Breña Baja (España)	400

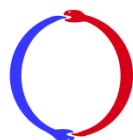


RELATO (continuación)

Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuántía [€]
INTERNACIONAL DE NARRATIVA JOVEN "ABOGADOS DE ATOCHA"	10	2 a 4	Fundación Abogados de Atocha (España)	500 300 150
VIII CERTAMEN DE RELATOS DE LA FUNDACIÓN PINTOR JULIO VISCONTI	15	30 a 40	Fundación Pintor Julio Visconti (España)	750
XVIII CERTAMEN LITERARIO "DE LA VIÑA Y EL VINO" 2023	15	1250 a 2500 palabras	Cofradía del Vino de Navarra (España)	1 200
CERTAMEN LITERARIO DE LA ASOCIACION CLARA CAMPOAMOR	15	2 a 6	Asociación Clara Campoamor (España)	150
III CERTAMEN DE NARRATIVA CORTA "AGUSTÍN SÁNCHEZ RODRIGO" - VILLA DE SERRADILLA	15	50000 a 70000 caracteres	Ayuntamiento de Serradilla (España)	200 100
RELATO BREVE PROECTE LOC/AJUNTAMENT DE CORNELLÀ DE LLOBREGAT	20	≤ 4	Projecte LOC/Ajuntament de Cornellà (España)	700
CUENTO Y RELATO CORTO "VILLA DE CARCABUEY"	21	≤ 10	Ayuntamiento de Carcabuey (España)	400 150
CUENTO BREVE "NYCTELIOS"	21	600 a 1000 palabras	Círculo Lovecraftiano & Horror (México)	25
FESTIVAL NACIONAL DE EXALTACIÓN DEL BOTILLO	22	≤ 7	Ayuntamiento de Bembibre (España)	1 000
INTERNACIONAL DE CUENTOS "MAX AUB"	29	5 a 15	Fundación Max Aub (España)	6 000
INTERNACIONAL RIBERA DEL DUERO	31	100 a 150	Consejo Regulador de la Denominación de Origen Ribera del Duero y la Editorial Páginas de Espuma (España)	25 000
NARRATIVA BREVE "CASA DE CÓRDOBA EN MADRID"	31	3 o 4	Asociación Andaluza Casa de Córdoba en Madrid (España)	250
CUENTO CORTO LAGUNA DE DUERO	31	3 a 5	Ayuntamiento de Laguna de Duero (España)	2 000

Poesía

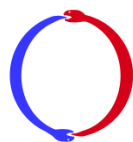
La edición de este año del **Premio Casa de América de Poesía Americana** ha ido a parar a la obra *El encuentro absoluto*, de la autora nicaragüense **Daisy Zamora Solórzano**, elegida entre los 662 manuscritos de 33 países diferentes que han sido presentados a la convocatoria. El fallo del jurado, compuesto por Enrique Ojeda Vila (director general de Casa de América) Soledad Álvarez (ganadora del premio en 2022), Benjamín Prado, Javier Serena y Jesús García Sánchez, se ha conocido el pasado 26 de octubre y en él se destaca que la obra galardonada “maneja todos los resortes posibles de la emoción: la melancolía, la evocación, el amor,



la pérdida... combinando lo biográfico con lo reflexivo” y que “ofrece una meditación profunda sobre la vida de las personas transterradas en la que se realza la nostalgia que provoca el recuerdo del país y el tiempo perdido”.



POESÍA		Convocatorias de concursos que se cierran en noviembre de 2023		
premio	Fecha	nº versos	Convocado por	Cuantía [€]
VILLA DE PASAIA	1	≥ 200	Ayuntamiento de Pasaia (España)	1 200 600
POESÍA "DAVID GONZÁLEZ"	14	≥ 500	Editorial Páramo (España)	400 225
XVIII CERTAMEN LITERARIO "DE LA VIÑA Y EL VINO" 2023	15	≤ 75	Cofradía del Vino de Navarra (España)	1 200
INTERNACIONAL DE POESÍA "ENRIQUE RIUS ZUNÓN" 2023	15	500 a 1000	Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Calasparra (España)	3 000
IBEROAMERICANO DE POESÍA MINERVA MARGARITA VILLARREAL 2024	15	60 a 80 páginas	Universidad Autónoma de Nuevo León y el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura (México)	16 000
NACIONAL POESÍA AL NATURAL 2023	20	-	Ayuntamiento de Huétor Santillán (España)	1 000
XLIII CERTAMEN POÉTICO NACIONAL "EXALTACIÓN AL OLIVO"	27	≥ 14	Agrupación Cultural "Amigos de Ahigal" (España)	600 300 150
PEDRO MARCELINO QUINTANA	31	300 a 600	Tertulia "P. Marcelino Quintana" (España)	650
POESÍA LETRAVERSAL	31	500	Letraversal (España)	1000
LAGUNA DE DUERO	31	14 a 150	Ayuntamiento de Laguna de Duero (España)	2000



No ficción (ensayo, crónica, investigación y biografía)

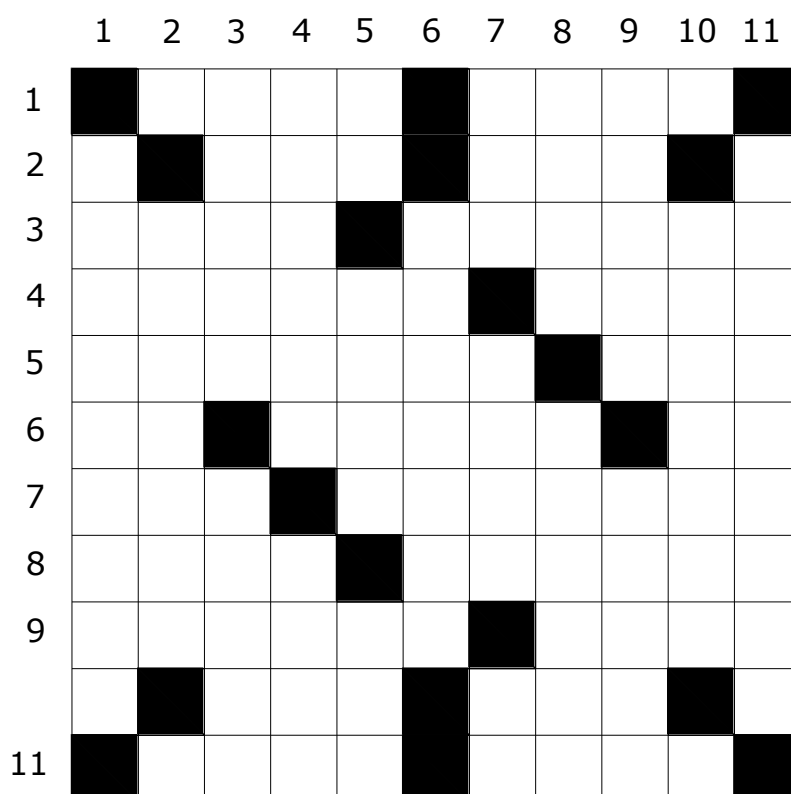
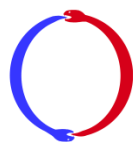
Curar la piel será el título final de la obra ganadora del **Premio Anagrama de Ensayo** de este año, cuyo autor es el crítico **Josep María Nadal Suau** (Palma de Mallorca, 1980). La obra trata sobre la dimensión cultural y vital de los tatuajes, una de las señas de identidad del propio autor. A esta convocatoria se han presentado 113 originales y de los que quedaron ocho finalistas. El jurado, que estuvo integrado por Jordi Gracia, Remedios Zafra, Pau Luque, Daniel Rico, Sílvia Sesé e Isabel Obiols, ha destacado que “es como si Nadal Suau hubiese tatuado un inmenso dragón en la espalda de Montaigne”.



NO FICCIÓN		Convocatorias de concursos que se cierran en diciembre de 2023		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
INTERNACIONAL DE INVESTIGACIÓN ESPAÑA-IRLANDA UMA 	18	≥ 150	Centro de Estudios Iberoamericanos y Transatlánticos FGUMA-UMA (España)	1 000 200
INVESTIGACIÓN "QUINTO CECILIO METELO"	31	Obra publicada	Ayuntamiento de Medellín y otros (España)	1 000

Otros géneros literarios

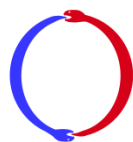
Convocatorias de concursos que se cierran en diciembre de 2023				
ILUSTRACIÓN Y CÓMIC				
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
INTERNACIONAL DE ÁLBUM ILUSTRADO BIBLIOTECA INSULAR DE GRAN CANARIA 2023 	17	≤ 40	Cabildo Insular de Gran Canaria (España)	11 000
NOVELA GRÁFICA ÓSCAR MUÑIZ 2023 	21	≥ 90	Gobierno de Cantabria (España)	4 500
TEATRO Y GUION				
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
JOSÉ MARTÍN RECUERDA	31	≥ 1 hora	Fundación José Martín Recuerda (España)	3 000



Solución

HORIZONTALES **1** Al revés, pareja del Tenorio. James..., actor protagonista de *Tiburón*. **2** Habilidad, cualidad personal. Progenitor, pero sin pies ni cabeza. **3** Al revés, mineral utilizado como aislante y del que se extraen finas láminas. Relativa al polo norte. **4** Llevar anclas de este a oeste. Interpretar escritos. **5** En dos palabras, quiero al príncipe árabe. Consonantes desordenadas del protector bucal del perro. **6** Pronombre. Fiesta nocturna con música y baile. Inteligencia artificial (siglas inglesas) **7** Altar. Tony..., actor y cómico español. **8** Área, lugar. La esposa del Cid. **9** Que ocupa el lugar número once. Paraíso. **10**.... *Karenina*, novela de Tolstoi. Administración y dirección de empresas. **11**... Dinesen, autora de *Memorias de África*. Droga de *Un mundo feliz*.

VERTICALES **1** Famosos hermanos de Dostoyevski. **2** James..., director de *Titanic*. **3**... rey, tragedia de Sófocles. Grupos. **4** De abajo a arriba, discurso religioso. La entidad patria de los aeropuertos. **5** Prefijo de negación. Al revés, Dalai..., dirigente espiritual del Tibet. Del mismo modo, jefe mongol. **6** Al revés, odio, antipatía. **7** Extremo de la antena. Jefe espiritual judío. Tipo de naipes. **8** Al revés, siglas de un tipo de sociedad. Lugar poblado de ciertos árboles. **9** Satélite de Urano. Al revés, tragedia de Eurípides. **10** Paul..., pintor francés del siglo XIX, autor del cuadro "Los jugadores de cartas". **11** Magnate americano, personaje de la novela *De La Tierra a La Luna*.



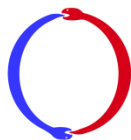
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50
51	52	53	54	55	56	57	58	59	60

Solución

50	16	55	19	41	37	2	57	13	Hueso largo, al lado del cuello
35	3	29	9	56	34	11			Atletas que marcan el ritmo
48	7	30	23	1	10	46			Casilla
26	4	52	24	58					Mi persona
6	39	53	28	20	5	17	54		Debutar
32	12								Respuesta de encuesta
40	38	14	42	51					Un baile universal
27	22	21	31	45	43	49			Cobertor, colcha

Texto: pensamiento de S. Ruiseñol.

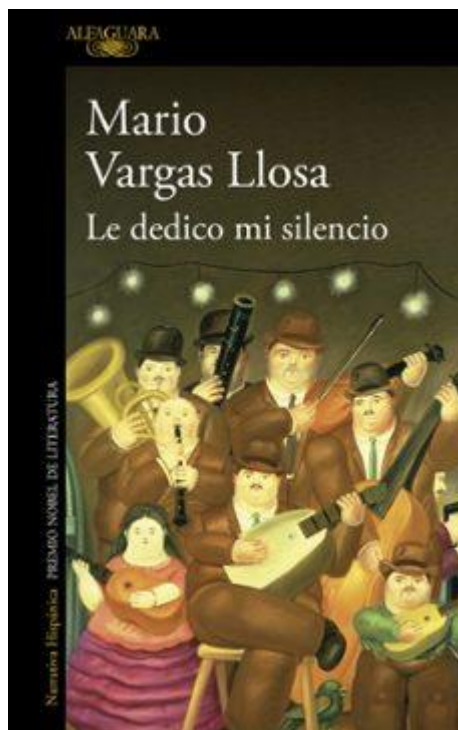
Clave, primera columna de definiciones: indulgente, piadoso.



¿El adiós de Mario Vargas Llosa?

Es difícil de creer. El escritor peruano que fue galardonado con los dos premios más prestigiosos para un autor hispano, el Premio Cervantes que se le concedió en 2004 y el Premio Nobel de Literatura que recibió en 2010, acaba de anunciar que se retira definitivamente de la novela. Se-
mejante afirmación coincidió con la reciente presentación de su última obra, *Le dedico mi silencio*, que publica Alfaguara, lo que quizá permita matizar el alcance de la supuesta despedida. Es probable que no sea más que una manifestación del cansancio vital de una persona con casi noventa años a sus espaldas y un verdadero reguero de obras escritas o, si se hace gala de un cierto punto de maldad, podría ser que no fuese más que una treta publicitaria para favorecer las ventas.

Sea cual sea la causa del anuncio, podemos asumir que no tiene intención de publicar nada más, pero lo que sí es imposible de creer es que Mario Vargas Llosa deje de escribir mientras pueda hacerlo. En un futuro, esperamos lejano —le deseamos mucha salud y larga vida—, esas letras inéditas terminarán por ver la luz y, si no hubiere lugar a ello, ya se encargarán las inteligencias artificiales de generar nuevos escritos para regocijo de herederos, editores y lectores.

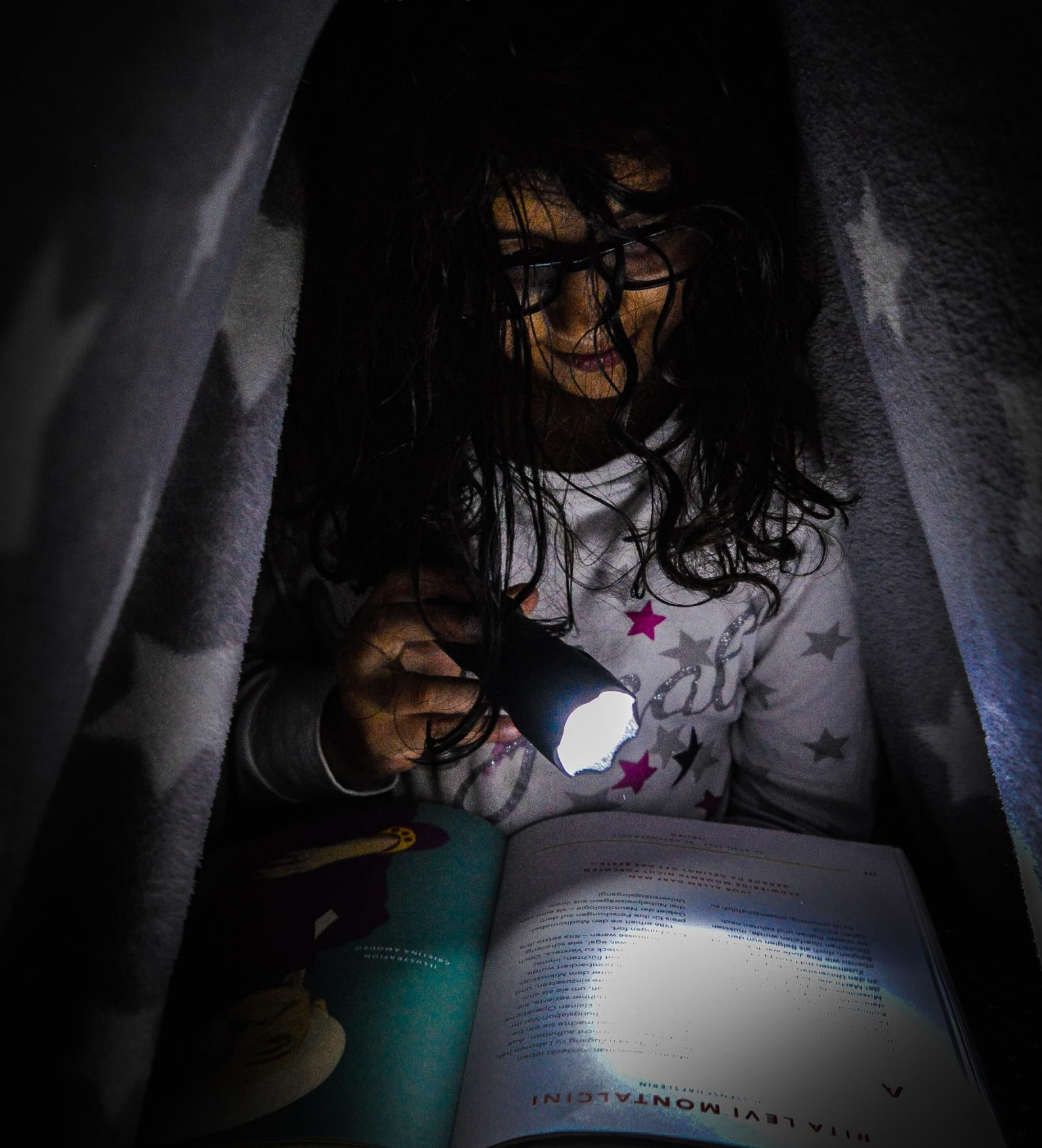


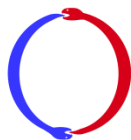
Inéditos de Cortázar

Siete textos inéditos, que pertenecen a una versión previa de *Historias de cronopios y de famas*, han sido subastados por la casa Subastas Zorrilla de Montevideo el pasado octubre y la puja ganadora ha superado los 40 000 euros. El material estaba incluido en un cuadernillo escrito en 1952 que incluía un total de 46 textos, de los cuales, 35 se incluyeron en la versión final del libro de 1962 y otros cuatro también fueron publicados en revistas. Los siete inéditos, mecanografiados, no manuscritos, se encontraron en el fondo de la caja de un coleccionista que, según se asegura, ya había asegurado tener entre su material algunos originales de gran valor.

El hecho de que el precio final de la subasta no haya sido demasiado alto (aunque resultó más elevado de lo previsto inicialmente), lo extraño de encontrar material inédito de Julio Cortázar, el hecho de que se trate de material no manuscrito, sino mecanografiado, y el toque melodramático de un hijo que revuelve entre las cajas de material del coleccionista fallecido no contribuye a tener una certeza completa de la autoría.

Fragmentos de *Cuentos, leyendas y costumbres populares*





Antonio Machado Álvarez



Federico de Castro y Fernández

La codicia

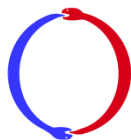
Cuento popular

Tomado de la tradición, hasta en el detalle, ofrece este cuento, además de su carácter exclusivamente moral, muy raro en los populares españoles, la inapreciable singularidad de expresar un momento artístico muy superior al simbolismo oriental y á la leyenda milagrosa de la Edad Media, y que parece producido por la compenetración de estos dos elementos en un más alto ideal. Los doctos juzgarán si nos equivocamos.

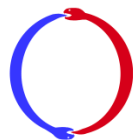


erca de una ciudad de cuyo nombre y circunstancias la tradición no recuerda más de que era antigua y populosa, y en época que los narradores no se detienen á fijar¹², habia, apartado de todo camino, un extenso y ruinoso caseron.

¹² Aunque es propio de la Musa popular la indeterminación de los lugares y de los tiempos, como que expresando aspiraciones generales de la nación, en todos los momentos y en todas las localidades pueden encontrarse, es muy de otro género la indeterminación que aquí señalamos: Cada cual atribuye á su patria la gloria de haber presenciado los sucesos que en la leyenda se refieren; ninguno se ha atrevido á poner un nombre ni una fecha en la tradición que transcribimos, y es que las leyes morales son universales y eternas.



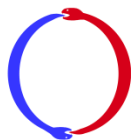
¿Quién lo levantó? ¿Cuál era su destino? Nadie lo sabía. Abandonáronlo sus dueños, la lluvia horadó sus techos y ennegreció sus dorados artesones, millares de plantas nacidas entre los huecos de sus paredes con sus pequeñas raíces movieron los sillares, el topo y las culebras socabaron sus cimientos, la polilla consumió sus riquísimas maderas, las aves anidaban en sus carcomidas torres, por todas partes miriadas de pequeños insectos buscaban en él habitación y comida, era un moribundo que los gusanos devoraban antes de espirar. Nadie sabía por qué, quizá ninguno se atrevía á confesarlo, pero todos huían de su encuentro. Sólo la miseria pudo vencer esta general repugnancia. Dos mujeres destituidas de todo amparo buscaron entre sus ruinas un albergue. Por las mañanas, al nacer el sol, salían á la cercana ciudad; por las tardes, al ponerse volvían con la limosna recogida. Un día (era ya el otoño) el cielo encapotado con densas y blanquecinas nubes amenazaba récia tormenta, por lo que nuestras mujeres temerosas se apresuraron á recogerse. Y no sin motivo, pues apenas habían entrado bajo su carcomido techo, cuando la tormenta estalló. El trueno estremecía los ya débiles muros; gruesas y cálidas gotas, arrastrando al pasar pedazos de la vieja techumbre, penetraban hasta el pequeño cuarto en que madre é hija, puestas de rodillas, se encomendaban áDios, creyendo llegado para ellas el último trance. De pronto y cuando un inmenso relámpago rasgaba el nublado, rēcios golpes amenazan derribar la desvencijada puerta. ¡Quién era capaz de penetrar en aquel sitio y en tan tremenda hora! La puerta, cede, en fin, á los repetidos empujes y aparecen en el extenso patio dos hombres que, por sus trajes y extraña catadura, no tienen semejanza con ninguno de los nacidos; acaso debieron pertenecer á alguna remota y desconocida tribu del Oriente á juzgar por los anchos y negros turbantes con que rodeaban sus cabezas y por los poderosos dromedarios que montaban. Demandan los extranjeros posada por una noche y ofrecen en pago una moneda de oro. Quedan suspensas las infelices mujeres sin saber qué hacer. ¿Cómo quedar á merced de aquellos que si hombres eran y nó diabólicos engendros de la tormenta, trazas tenían de hechiceros y nigrománticos más que de honrados mercaderes? ¿Y por otra parte, no sería faltar los deberes de la hospitalidad despedirlos con tan crudo tiempo? ¿Ni cómo podrían obligarles á partir aunque quisieran? Además, negarles la entrada ¿no sería cederá una perversa é injustificada sospecha? Tales fueron las reflexiones que de tropel y en un momento acudieron á las asustadas mujeres y que al cabo las decidieron á condescender con la súplica de los extranjeros, proponiéndose tomar, sin embargo, contra cualquiera tentativa de su parte las convenientes precauciones. El narrador de esta historia me aseguró, sin embargo, que no poco influyó en esta decisión el brillo tentador de la moneda que, lejos de ser como sus dueños anticuada y difícil de clasificar, era de reciente cuño y de cumplido peso.



II

Hecho el contrato como queda referido é ínterin los extraños mercaderes buscaban (empresa no muy fácil) por las cuatro alas del castillo sitio donde pudieran permanecer ellos y sus cabalgaduras, defendidos de la lluvia, encerráronse las mujeres en su habitacion, y no contentas con atrancarla puerta con todas las cosas que tuvieron á mano, decidieron de comun acuerdo quedarse de atalaya toda la noche en una pequeña ventana, remudándose, á guisa de centinela, por temor de que las rindiera el sueño. Las horas trascurrian, sin embargo, y nada parecia justificar la necesidad de tan severa vigilancia. El aposento en que los huéspedes se encerraron permanecia mudo; sus temidos habitantes no daban señal de sí, y la tormenta, disipándose, dejaba ver un cielo azul y sereno que convidaba al reposo. Tentada estaba la hija, que era la que velaba entonces, en abandonar la entreabierta ventana, donde comenzaba á sentirse un aircillo penetrante, cuando hé aquí que apenas las estrellas del carro señalaron la media noche salen de improviso los orientales huéspedes y se dirigen al patio.

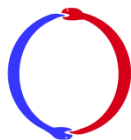
Conteniendo el aliento y disimulando sus pisadas llama á su madre la vigilante moza y juntas esperan ver el progreso de esta aventura, dispuestas á descolgarse al campo por uno de los huecos de la galería si las cosas llegáran á punto de que en conciencia se creyeran obligadas á tomar tan desesperado partido. Mas no eran ciertamente sus personas lo que ocupaba á los viajeros. Salidos de su cámara colocaron cabalisticamente y con extrañas ceremonias una gran antorcha de cera encendida en cada uno de los ángulos del patio y situándose en su centro murmuraron á modo de salmodia cuatro palabras desconocidas que repitieron despues en cada uno de los extremos, haciendo con la mano unas como bendiciones ó señales de dividir. Escuchóse entónces un temeroso estruendo, temblaron las paredes, comprimiéronse las anchas y marmóreas losas y dejaron abierta una profunda sima que permitia ver los peldaños de una no muy incómoda escalera. Penetró por ella el más jóven y robusto de los extranjeros y no tardó en volver agobiado con un pesado saco de barras de oro y de preciosas piedras henchido, que al depositarse en el suelo alegró los oídos y los ojos de nuestras dos heroínas con el ruido metálico que produjo el choque y con el brillo de los diamantes, topacios y záfiro que de él profusamente se derramaron. Recogiólos el viejo y continuó el jóven en sus viajes hasta que las antorchas casi consumidas, la proximidad del dia y la cantidad extraida con que apénas podian moverse los valientes dromedarios aconsejaron dar la operacion por terminada. Apagaron las luces, cerróse la sima, marcháronse los viajeros y de tal manera recobró todo su acostumbrado aspecto, que nuestra, mujeres creyeran fascinacion del sueño los sucesos que ante sus ojos habian acontecido á no ser por los grandes montones de cera derretida que sobre las losas encontraron.



III

Clareaba apenas la nueva aurora y ya nuestras heroínas habían reconocido minuciosamente todas las estancias del edificio para asegurarse de la partida de sus huéspedes. Recompusieron luego con gran trabajo la puerta que aquellos habían forzado, cerráronla y fortificaron interiormente, y arrancando y reuniendo luego con tanto esmero como si de polvos de oro del Tíbar ó de menudas perlas se tratara, la cera que las losas del patio conservaban, formaron con ella y algunos hilos cuatro toscas cerillas, con lo que, y con repetir continuamente las misteriosas palabras, esperaron impacientes la media noche. ¡Con qué lentitud se deslizaban las horas! ¡Cuántos temores venían á turbar sus lisonjeras esperanzas: ¿Se habrían olvidado de las palabras misteriosas? ¿Las habrían entendido mal? ¿Necesitarían de alguna preparacion ignorada? ¿Todos los días serían igualmente favorables? Tales eran las dudas que incesantemente se le presentaban, y despues de dar pretexto á larga y entretenida conversacion se desechaban al cabo para renacer de nuevo. Algunas veces llegaron á temer si distraídas dejarían pasar el precioso instante, y eso que sus ojos no se apartaban del cielo, empresa que, como la ya antes referida, no fiaban la una á la otra, quizá porque sin darse cuenta de ello creerán más digno de atencion el cuidado de sus futuras riquezas que el de su vida y honra amenazadas. Otras, pero esto no se atrevían á comunicárselo, pensaban si aquellos dones serían comprados con la condenación eterna de sus almas; entónces un sudor frio cubría sus cuerpos, palidecían sus rostros, pero el recuerdo de los amontonados tesoros y los goces que con ellos se prometían, alejaban al punto su imaginacion de tan tristes ideas.

Llega, por fin, el suspirado instante: las cerillas, ya anticipadamente colocadas en sus respectivos lugares, se encienden, las palabras se pronuncian, la tierra tiembla, aparece la escalera y se precipita por ella la más jóven de nuestras dos mujeres. Detiénese estática contemplando en la profunda caverna mas plata que jamás viera el avaro en sus ambiciosos delirios; más piedras preciadas que jamás poseyeran los opulentos sultanes que celebran las arábigas leyendas; indecisa no sabía á que parte dirigirse; pero poco duró su indecision; toma en una de sus manos una colmada cesta de joyería y con la otra un talegon repleto de monedas. Sin conmoverse por las exclamaciones de admiracion que su madre hacía, deslumbrada por los reflejos de una hermosísima esmeralda, baja y sube precipitadamente de nuevo, y tanto se multiplican los viajes, que la anciana, contemplando las cerillas ya casi concluidas, le grita llena de temor: «Sube, hija mia.» Mirólas también la jóven; solo restaban delgados hilos que se alimentaban de las gotas en el suelo derramadas, pero baja de nuevo murmurando: «¡Una talega más!» y arroja una nueva talega, y otra despues y luego otra, siempre repitiendo: «Otra talega, madre, otra talega todavía.» La luz se extingue: sube despavorida la jóven, pero al llegar á los últimos escalones

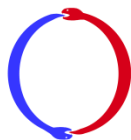


la ve brillar de nuevo, no se para, éntrese y sale y vuelve á entrar; la oscuridad es completa, yá vá á salir, un resplandor más brillante que nunca se esparce por el suelo, y sin detenerse, precipitase de nuevo en el rico antro. Aquel resplandor era el último; la luz se extingue, el suelo se conmueve, la entrada mágica se cierra.

IV

Muy de madrugada un número considerable de robustos obreros, generosamente pagados, levantaban el pavimento del patio del castillo, pero ni la escalera ni la cueva parecían. Oyen primero confusa, luego distintamente una voz que á intervalos pronuncia claramente estas palabras: *¡La codicia, madre! ¡Madre, la codicia!* En vano trabajaron días y días, siempre la misma voz á la misma distancia, pronunciando siempre las mismas palabras: *¡La codicia, madre! ¡Madre, la codicia!*¹³

¹³ Creemos más edificante este grito aterrador de la conciencia, que las frias moralidades del apólogo ó el *Deus ex machiná* de las leyendas milagrosas.



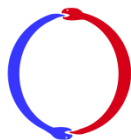
El médico bonito

Cuento popular

Habia en la ciudad de Cádiz un artesano honrado y pobre mas por su mala estrella de naturaleza tan aporósito para engendrar hijos como de fortuna escasa para mantenerlos, con lo que andábase mohino y pesaroso y atribulado sin: saber qué partido tomar para dar pan á tanto angelito como Dios era servido enviarle. Despertábase con el alba; y la luz del sol que, como agradecida por encontrar quien tan de mañana la recibiera, entrábase alegremente por las ventanas de su vivienda, sorprendíale siempre ocupado en las rudas faenas de su oficio. Indecible es el afan con que durante todo el dia nuestro artesano trabajaba; mas, al sentir en las largas horas de la siesta el paso lento y reposado de algun fraile del vecino convento, que á su celda se volvia, y al ver á sus pcqueñuelos abalanzarse á la puerta por ir á besarle la mano, tuvo momentos en que envidió la vida del yermo, donde tan descansadamente y sin ruidos se alcanza la gloria eterna; y áun lenguas murmuradoras aseguran que llegó en ocasiones hasta á dudar de la Providencia divina que tan mal reparte y tan mal distribuidas tiene las cosas de este mundo. Empero, como el trabajo cumplido y la conciencia satisfecha tienen en sí algo que incita á la alegría y al retozo, concluida su tarea, ahuyentada la luz solar y olvidadas aquellas ligeras blasfemias, de nuevo reparaba en su mujer, que no ménos hermosa le parecia que cuando de novio y en mejores tiempos le rondaba la calle. Quitábale ésta á la sazón el pecho á su pequeñito, arrullábalo con esos tiernos cantares que adormecen á los hijos del pueblo y, dormido el niño, miraba ella tambien á su marido con ojos de enamorada y entrambos á dos se persuadian de que Dios es grande, y que á Él y á no haber jamás abandonado el artesano sus faenas ni sus quehaceres ella, debian que el hambre no hubiese roto hasta entónces el puro y tranquilo sueño de sus pobres hijos.

Hallábase, pues, en la época que comienza este cuento, tan en cinta ella como en años anteriores y más que nunca atortolado él, que veia aumentarse su familia y no sus recursos, sin ocurrírsele á quién volver los ojos para que sirviera de padrino á lo que de su mujer naciese, toda vez que no habia vecino en la vecindad á quien con motivo semejante no hubiese yá ocupado.

Acertaba á pasar todos los dias por delante de la tienda de nuestro artesano un caballero, que bien mostraba serlo en su porte y en la familiaridad y buen agrado con que á aquellas buenas gentes saludaba: en éste pensó la mujer para que sirviera de padrino á lo que de ella naciese y con esta idea á su marido habló para que á ser: su compadre le invitára. Mas como la timidez suele ir unida á la hombría de bien y á la pobreza, sucedió que, aunque dos veces intentó nuestro artesano detenerle y hablarle del

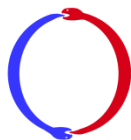


asunto, dos veces vino la cortedad á deshacer sus planes. Reprendióle esta falta de ánimo su mujer, diciéndole: «Por dar ese paso nada pierdes, advierte que esto yá no sufre dilacion ni espera y que á lo que de mí nazca habrémos de cristianar.» Juraba él y perjuraba de ser más animoso al dia siguiente, mas llegada la ocasion, poníasele un nudo en la garganta que le impedia declarar sus intentos y volvía de nuevo á meterse en su tienda. Corría el tiempo entre estas vacilaciones y dudas, cuando su mujer dió á luz una mañana á la heroina de este cuento: decidióse por fin el artesano, y, haciendo de tripas corazon y valor del cariño paternal, no bien pasó el caballero con su cara afable y bondadosa de ordinario, propúsole si quería ser padrino de su hija, á lo que con mucho gusto accedió el desconocido, solicitando ver á su ahijada: entró, pues, en aquella pobre casa y encontró entre miserables harapos envuelta á una niña, bonita como los rayos del sol y las rosas de la mañana; envió en seguida por primorosas envolturas para aquella criatura, tan linda como de humilde linaje, y luego mandó traer alimentos sanos para la parida y cuanto de necesario se ocurre en trances apurados, de que tan cuerda como sábiamente libró naturaleza á los varones; cristianaron al dia siguiente á la niña con gran solemnidad y pompa; pusieronla de nombre Maria, y habria cuartos á pelon para los muchachos, y cuartos para los pobrecitos curas que con tanto placer los recibirian como si á pelon les fuesen dados. Desde entónces visitaba á su ahijada todas las tardes, diciendo que era toda una marquesa, cuya voz, corrida por las comadres del barrio, hizo que marquesa la llamasen todos los vecinos, á quienes por más que presuma la malicia, no acusan las crónicas de género de envidia alguna.

Creció la niña en edad al par que en hermosura, y esto viendo el padrino quiso ponerla en un colegio para que allí adquiriesen, con una conveniente educacion, mayor encanto y gracia las suyas naturales; y sin duda fue así y la prueba correspondió á sus deseos y el resultado á sus esperanzas, pues, á poco determinó llevarla consigo á Madrid con el objeto de acabar de dar á aquel diamante de purísima luz todo el esplendor y brillo que lo humilde de su condicion le negára: para esto pidió á los padres de ella la oportuna vénia, que de muy buen grado le otorgaron, agradecidos por lo mucho que por su hija y por ellos habia hecho, pues claro se habrá alcanzado á nuestros suspicaces lectores que no fué la niña la única festejada en su casa, pues, como dice el refran, quien bien quiere á Beltran, bien quiere á su can, y el que quiere la col quiere tambien á las hojitas de alrededor.

Partieron luego el caballero y María con sollozos y lamentos de la madre y alguna lágrima del padre, no enjugada tan pronto que no viniera á delatar la debilidad que en aquella ocasion tras de su rudeza se ocultaba.

Yá en Madrid, quiso el padrino que su preciosa ahijada aprendiese el difícil arte de curar: con este objeto la hizo vestir de hombre y cortar sus

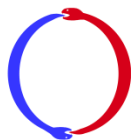


abundantes cabellos; y así disfrazada, la puso á estudiar en la escuela de medicina: el despejo y belleza del supuesto mancebo atrajeron la admiracion y un tantico de envidia de los escolares, que, acaso por la vez primera de su vida, poco lince, no dieron con lo del sexo de la muchacha, á quien tuvieron por varon, a pesar de que con los años iban resaltando cada vez más en ella lo femenino de los movimientos, lo imberbe de la cara y otros indicios de nó ménos bulto. Terminada su carrera, comenzó Maria á ejercer su profesión con tal acierto y suerte: que no visitó enfermo que no sanára, ni halló dolencia que no consiguiese remediar, con lo cual y su belleza llamábanla en todas partes por el título del médico bonito, espontáneo bautizo con que de lleno entró en la vida la heroína de esta historia.

Encontrábase el rey á la sazón gravemente enfermo; en balde los médicos habían agotado los elíxires y específicos conocidos entónces; inúltimente habian recurrido á drogas tan eficaces como el *oculorum cancerum* y el *matris perlarum*: en vano habian apelado como sublime remedio á los ensalmos divinos y á la sangría: la picara enfermedad, como si de propósito lo hiciese y al oído se lo hubiesen dicho, quedábase muy tranquila y reposada en el interior del pobre paciente, y éste, que sólo veía salir sangre, con tal denuedo y generosidad derramada por tantísimo sábio, debilitábase y estenuábase y empeorábase de día en día, llegando yá á la situacion tristísima de aquel D. Flores de Trepisonda, tan perfectamente expresada en los siguientes versos:

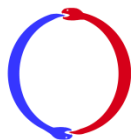
Batallando está el enfermo
Con dos males á la par;
Uno es su fiebre, et el otro
Los que la quieren curar.
Del que natura le diera
Bien se puede delibrar,
Del que le fazen doctores
Si prosiguen va espirar.

Mas como lo último que pierden los que padecen um mal grave es la esperanza, y como la fama del *médico bonito* habíase entrado tambien sin respeto alguno por las puertas de palacio, viniéronle deseos al rey de ponerse en manos de aquel prodigio de las gentes, admiracion de tantos novicios, y envidia y ocasion para murmurar de tantos profesores, y á fé que no le pesó al régio enfermo la tal determinacion, pues con ello consiguió curar de su dolencia y recobrar la perdida salud, sin que las crónicas de su reinado hayan logrado conservar la memoria de las medicinas y drogas que el médico usára, aunque el discurso de este relato aleja toda sospecha de que fueran de las maléficas ó prohibidas.



Tan repentina como maravillosa y envidiada curación valió á María ser nombrada médico de palacio, y su extraordinaria hermosura fue causa de que por ella enfermasen de amores las damas de la reina; ¡y qué mucho que esto aconteciera á las camareras, gente al fin plebeya y de poco pelo, si á la misma reina, con toda su régia dignidad, se extendió tambien el contagio y por los ojos salíansele las reales ganas qué tenía de que en ellos se fijasen los distraídos de la que ella reputaba por apuesto doncel y gallardo mozo! Y á la verdad que el tal contagio tenía sobresaltada á la pobre María, que inútilmente buscaba en su repertorio la medicina que á la enfermedad de la reina pudiera convenir, y en mayor apuro se veía al considerar que ni aún era tan fácil de suplir el remedio como lo urgente del caso reclamaba, así que se hacia la desentendida y esquivaba el hablarla á solas, como quien previsora recela de la ocasion que á tantos males y peligros había de conducirla.

Pero quiso evitar lo que, deseado por la mujer, era inevitable: la Reina supo darse trazas para encontrarla á solas y segura de estarlo y de que nadie podia escucharla le declaró, víctima de igual error que sus damas, su pasion amorosa, que amenazaba ser incendio, diciéndole que, pues médico era, curase pronto su enfermedad, nacida de contemplar su gracia y donosura. Ante tan genuina y espontánea manifestacion, replicóle la médica, haciendo de la imposibilidad virtud, que por nada del mundo se atreveria á ofender la persona del rey, de quien tantos beneficios estaba recibiendo, que no es bien nacido el que no es agradecido, y con esta respuesta huyó de la princesa dejándola sonrojada y enfurecida y ardiendo en deseos de venganza. No tardó mucho á la verdad en ponerlos por obra la astuta y muy altiva dama. En la mañana que siguió á la escena referida, llamó el rey á María, que andaba, como mujer, apurada y recelosa de graves males, y la dijo: Mañana has de hacer lo que á la reina has prometido: —No os entiendo, señor, respondió la muchacha más muerta que viva y completamente aghena á lo que el caso seria. —Por mi esposa he sabido que te atreviste ayer á responder con tu cabeza; de volver el habla á mi hermana la muda; tómote la palabra: mañana irás á verla al cercano castillo donde habita, y ó la sanas ó con tu vida respondes de tu impremeditada promesa. Suspensa quedó María con tan amenazadora cuanto impensada noticia, mas conociendo, como lista que era, que lo peor de todo seria desmentir el dicho de la Reina prefirió por más prudente y cuerdo sostenerse en la promesa que no había hecho, consultar á su padrino, que aún estaba en Madrid, y dejar á la suerte el resultado de aquella desgraciada ocurrencia. Dijole entónces el rey que dispusiese cuanto creyera necesario para su viaje al vecino castillo, el cual seria sin falta el dia próximo y que contase, caso de salir airoso de su difícil empresa, con todo género de recompensas y de bienes, más que tambien tuviese por seguro que á no cumplir la palabra empeñada, perderia la vida, puesto que nadie le habia comprometido á ofrecer tan imposible cosa. Salió despues de esta conversacion nuestra heroína tan angustiada como es de suponer en busca de su padrino, á quien



entre sollozos y lágrimas contó lo sucedido, pidiéndole consejos y remedios para su desventura, y suplicándole la despidiése de sus pobres padres, á quienes no tenia esperanzas de volver á ver más. Consolóla el padrino cuanto pudo y la inclinó á confiar en la Providencia y á que marchase sola á su expedicion, que Dios iria en sú compañía. Al amanecer del dia siguiente nuestro *médico bonito*, ántes mimado por la suerte y ahora desgraciado, partió. Para el consabido castillo, distante de la ciudad poco más de un cuarto de legua: llegado á él propuso á la muda que montase á la grupa de su caballo y se dispusiese á acompañarla á Madrid; manifestó ésta por señas su asentimiento, y. ámbos se pusieron en marcha, no sin dar un gran suspiro la enferma al abandonar aquellos lugares donde tanto tiempo habia vivido, repitióse éste en medio del camino y un suspiro, nó ménos grande y desconsolado se escapó de su acongojado pecho cuando el caballo que las conducia paró delante de las. Puertas de palacio.

Esperaban en él con indecible impaciencia la reina y el rey, los palaciegos y la servidumbre é infinidad de curiosos atraídos por la milagrosa cura ofrecida por el médico, incrédulos unos, recelosos otros, confiando algunos sin saber en qué y todos, entre miedo y duda, temiendo y esperando. Recibieron, pues, á los reciénvenidos con muestras de indecible curiosidad, aspiraron por ver si percibian algun endiablado olor á azufre, y todos aguzaron los oídos y á los sentidos pusieron el ánima atenta, suspensos y ahelantes, miéntras tan raro caso se decidia.

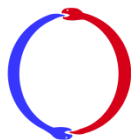
—¿Por qué suspiró usted cuando salimos del castillo? preguntó á la enferma la doctora. |

Esta pregunta no encontró ni áun eco en el espacio: la muda dió la callada por respuesta. La reina sonrió: el *medico bonito* iba á pagar caros los desdenes que la habia hecho. Las marisabidillas camareras tocábanse de codos como diciéndose: ¡yá lo sabiamos nosotras! No era posible que una muda recobrase la voz; ¡vaya, con el dengoso y relamido y barbilampiño doctor y no querernos por novias! nó, pues lo que es ahora no le vale ni la bula de Meco; ¡y que el Rey tiene bonito génio para que se le vengan con bromitas! y á fé que es una lástima... lo que es el mozo es guapo... ya se vé, si no hubiera sido tan orgulloso... digo; á nosotras... y esto diciendo, miraban con enamorados ojosála pobre Maria que, resignada yá á sufrir su dura suerte, preguntaba á la muda por última vez con voz dulcísima:

—¿Por qué suspiró usted cuando entramos en este palacio?

—Porque á ser tu varon, mi hermano fuera...

El natural rumor que produjo la respiracion de los espectadores, contenida largo tiempo hacía, ahogó la última palabra que pronunció la muda: ante su inesperada respuesta quedó el auditorio atónito, abochornadas las reales damas, que se mordian los labios llenas de femenil despecho al recordar



juntamente con la sentencia de que pan con pan es comida de tontos, el vehemente amor que por la médica habían sentido, quedó desconcertada la reina, á quien se olvidó contar con la huésped, y decidido el rey á deterrar á su esposa y á casar con la linda hija del pobre artesano.

Así fué en efecto: la reina fué deterrada y censurada y abominada precisamente por aquellas que, victimas de igual error, tuvieron más prudencia ó ménos pasión y audacia que la régia enferma: María casó con el rey y aunque nada dicen las crónicas acerca de este punto, ello debió ser que llamára á gozar de su felicidad á sus padres y á sus hermanitos, hasta que la muerte que todo lo consume acabára también con sus bienes y sus alegrías.

Hasta aquí lector; lo que me han contado...

Y ahora dos palabras de mi cuenta y riesgo: sí quieres hallar la moraleja de este cuento, fúmate un cigarro y mientras fumes, piensa y recapita sobre él, seguro de que no ha de pesarte; yo en él he encontrado, siendo ciertamente ménos lince que tú, una enseñanza no poco provechosa, á saber: que también los mudos hablan cuando apremia el caso y hablan aún cuando de su declaración se siga perjuicio á personas de tanta importancia y categoría como lo era sin duda la reina de mi cuento. ¿Era por ventura la hermana del rey de condición más callada que el crucificado de la Antigua y el Cristo de la Vega? Pues uno y otro hablaron si hemos de dar crédito á dos tradiciones populares conservadas por Zorrilla en sus dos bellísimas leyendas tituladas: *Un testigo de bronce* y *Á un buen juez mejor testigo*. Ante la injusticia y la sinrazón bueno es que *protesten* los Cristos en fantásticas leyendas y los mudos en truhanescos cuentos y chascarrillos.

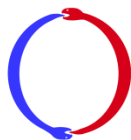
Réstame ahora decirte que del *caballero* que *apadrinó* á la pobre hija del artesano no sé lo que fué, ni á tí ni á mí nos importa saberlo: vino de incógnito sin que nadie haya podido averiguar su edad, su nombre, sus costumbres, ni aún las señas de su casa; vino cuando hacía falta y se marchó cuando no era necesario. Amémosle, porque era noble y caballero: no queramos saber de él más que lo que quiso decirnos: sus razones tendría para ocultarse: sepamos respetar los secretos de otro.

Nuevos horizontes





La tía Ana



Osvaldo Beker

Los científicos dicen que estamos hechos de átomos, pero a mí un pajarito me contó que estamos hechos de historias.

Eduardo Galeano

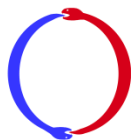
... el hecho me dolió, pues comprendí que el incesante y vasto universo ya se apartaba de ella y que ese cambio era el primero de una serie infinita.

Borges



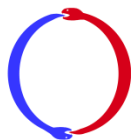
o (a no ser gracias a la pantalla de la televisión o la del cine, o en la página de un diario o de una revista) ya había visto un muerto antes de esa ocasión a la que me voy a referir más abajo. No es algo gratis. Hay gente que nunca en su vida ha visto uno “en vivo” y en directo: la sensibilidad y la impresión actúan a veces de un modo inescudriñable.

Fue cuando tenía doce o trece años y estaba en el primer año de la escuela secundaria, un bachiller público que se situaba en un callejón y que no irradiaba muy buena reputación que digamos, a decir verdad. Con un par de compañeros de la división, primero tercera, solíamos, para llegar hasta el colegio de la calle Gallardo, desde la avenida Rivadavia, cruzar un viejo puente peatonal que franqueaba por arriba las vías del tren Sarmiento.



Justamente, en una oportunidad de esas tantas caminatas matizadas por la deriva de “la edad del pavo”, el tren estaba detenido porque, nos dimos cuenta al instante, había arrollado a una persona (nunca supimos si se trató de un accidente o de un suicidio: me jugaría por la segunda opción). Por supuesto nos quedamos para esperar, tal como lo hicieron decenas de otros curiosos, atraídos por el universal morbo. Cuando la formación, luego de un tiempo bastante extenso, empezó a deslizarse lentamente, desde un costado, a unos quince metros de distancia, y de pie sobre la escalera que llevaba hacia la parte superior del puente, vimos, con mis compañeros (quizás eran, es altamente probable, Daniel Medina y Alejandro “El Gallego” Fernández) el cuerpo de una mujer de mediana edad, tirando para anciana, perfectamente diseccionado en dos partes hacia la altura de la cintura. Es el día de hoy que se ha mantenido en mi retina la visión del revoltijo de un color entre amarillo y rojizo de lo que se reparaba en los sitios donde deberían estar alojados los órganos vitales del ser humano.

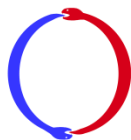
Cuando me acerqué al féretro que contenía a mi tía Ana, la hermana mayor de mi papá, a mis remotos dieciséis años, en una casa de velatorios no sé en qué barrio, sentí, además de consternación y de que algunas lágrimas se me caían, algo difícil de explicar. Sin embargo, puedo decir que lo que sucedió fue que no quería retirar mis ojos adolescentes de su cara que mostraba una expresión de tranquilidad que nunca había comprobado ni en ella ni en nadie. Experimenté, por un infinito instante (si se me permite el plagio del oxímoron borgeano), la irrefrenable necesidad de quedarme, de pie, al lado del ataúd, mirándola o, mejor dicho, examinándola: el rostro todo, sus ojos cerrados, las fosas y la lomada de su nariz, sus labios, su pecho inerte, sus mejillas, sus orejitas, su hermoso pelo fino de color claro. La monumental expectativa por verla despojada de su alma se tradujo en un lazo entre la vida (mi yo de aquel entonces) y la muerte (sí, ella) que nunca después volví a concebir. Mi otra tía, también del lado paterno, Cota, estaba detrás de mí en ese momento. Había otra gente alrededor, pero hoy recuerdo a todos como figuras fantasmagóricas, pues no guardo registro en mi memoria, con nitidez, de sus identidades. Obviamente puedo calcular quiénes serían, pero es algo que mucho no me preocupa ahora ponerme a pensar. Ni siquiera recuerdo nada de mis padres estando en ese solemne sitio: por supuesto que fueron, desde ya, pero no me vienen sus imágenes en absoluto. Y bien, la tía Cota, que además era mi madrina de la ceremonia católica del bautismo, en un momento, me tomó del brazo y me dijo que nos fuéramos de ahí inmediatamente. Y me sacó. No le pude decir que no. Me llevó arrastrado, con ímpetu, y no me negué. Siempre lo lamenté. Hasta hoy. Me habría gustado quedarme contemplando el cuerpo de Ana. ¿Por qué me habrá quitado Cota, con su gesto intempestivo, de ese momento de “común unión” que estaba abrigando íntimamente? Andá a saber. Es algo obvio que podría conjeturar mil cosas diferentes. Recuerdo que sí hizo algún comentario más o menos similar a lo que puede expresar alguien cuando está advirtiendo la presencia de algo feo en el ambiente (o



quizás suponía que a un chico como yo no le iba a hacer bien estar ahí, afligido, algo maravillado, inmóvil, mirando un cadáver). Pero para mí no era desagradable esa circunstancia —fue, quién sabe, eso que denominan, quizás, “una experiencia mística”: tal vez la única que gocé hasta hoy—. Todo lo contrario: estaba siendo atraído por un imán del que finalmente me desconectaron “de prepo”, muy a mi pesar.

Ana, que poseía una especial fascinación por mi hermana, tenía su apellido con una letra más que el nuestro, una consonante, una C, debido, naturalmente, a esas dudosas grafías, del comienzo del siglo veinte, selladas en los documentos de los abuelos y bisabuelos inmigrantes cuando se enfrentaban a las aduanas y a sus empleados desbordados e impacientes que escribían como podían los vocablos muchas veces ininteligibles para nuestro español rioplatense. Ese equívoco ortográfico recorrió, como un virus testarudo, a varios de los miembros de mi línea paterna. Para mí, ella, Ana, en sus fotos de joven, era un calco de Eva Perón: flaca, piel bien blanca y suave, casi ninguna arruga, rodete, tirando a rubiona, ojos grandes y penetrantes. Y ella, precisamente, la amaba. Será porque estuvo muy cerca de esas generaciones (a las que también perteneció) que se vieron altamente privilegiadas en un periodo revolucionario para las clases trabajadoras. Siempre que yo entraba a su departamento de un edificio de la avenida Medrano a unos treinta metros de la esquina de Díaz Vélez, observaba una foto que estaba sobre una pared del living, en blanco y negro, que era un legítimo retrato de mi tía, y la relacionaba con Evita o con las actrices de la época dorada del cine nacional. Fundamentalmente, sin dudas, con una: Mirtha Legrand. Ahora que lo pienso, era como una captura hecha por la eterna Annemarie Heinrich, artista de igual nombre y origen que Ana. Se trataba de una pose, un ademán sinecdótico en el que mi tía dirigía sus ojos hacia un ángulo, hacia un costado, de medio perfil. Había un hálito misterioso, cautivante, para mí (¿todos los demás notarían lo mismo?), que se cristalizaba en el cuidado de su peinado, en la leve inclinación de su cara, en cierto efecto neblinoso de su expresión.

Tuve tíos en cantidades industriales porque tanto de la rama paterna como de la materna fueron, como se dice, familias numerosas, pero Ana y Cota eran las únicas tías que valían para mí. Todos los demás definitivamente “no existieron” (salvo sus maridos: Adolfo y Rodo, respectivamente), ya fuera porque el vínculo era muy endeble y esporádico, ya fuera porque intenté alejarme lo más que pude de sus auras, para mí, turbias. Tampoco voy a hacerme el santito: yo era bastante ermitaño muchas veces. Ana, precisamente, sabía mantener lazos con todos, cosa muy difícil por el número cuantioso en los miembros de la parentela: fallecidos los abuelos Pedro y Catalina, pasó a ocupar un lugar jerárquico, como si fuera una competencia de postas, en la gran e irregular estructura familiar. No tuvo hijos. Cuentan (lo que es por demás verosímil) que se debió a que tuvo algún inconveniente de naturaleza física.

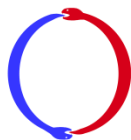


Durante varias décadas trabajó como secretaria en el esplendoroso Teatro Colón (lo fue de, entre otros, Cecilio Madanes, su famoso director). Me quedó de ella una vez que contó que, cuando alcanzó la edad correspondiente y se jubiló, solía asomarse por el segundo piso de su departamento y mirar por la ventana hacia abajo, hacia la calle, y desde allí veía a toda la gente que se dirigía a sus correspondientes trabajos y que, entonces, se sintió una completa inútil. Era una *workaholic*.

Si bien heredé una buena cantidad de libros gracias a su generosidad (y un par de colecciones de revistas), muchísimos otros recuerdo haberlos visto en su biblioteca: hoy me culpo por no habérselos pedido con mayor insistencia e ímpetu. Ahora, tantos años después, manifiesto, de forma tácita, un autorreproche retrospectivo, o quizás un infructuoso lamento contrafáctico. En este preciso instante hago recorrer, en una especie de movimiento zigzagueante, mis ojos por los distintos niveles de los estantes donde reposan mis volúmenes y alcanzo a ver, como si se tratara de una ejemplificación azarosa, en ediciones que delatan sus décadas, los lomos de *Papillon*, de Henri Charrière; *La dama de las camelias*, de Alejandro Dumas; *El río oscuro*, de Alfredo Varela; *Bomarzo*, de Manuel Mujica Láinez; *Raíces*, de Alex Haley; el *Facundo*, de Sarmiento; *Lo que no dije en San Michele*, de Axel Munthe; o *Viaje decisivo*, de Archibald Cronin. La tía Ana era, a todas luces, una lectora ecléctica. Como yo.

A los setenta años nos dejó tras una larga vida en la que hizo muchas cosas y conoció a mucha gente. Había nacido en Basavilbaso, una pequeña ciudad de la provincia de Entre Ríos (estoy viendo ahora en un mapa que la localidad queda más o menos bien en el centro de su geografía y que allí también nacieron Osmar “el Malevo” Ferreyra y la vieja conductora Paloma Efron, “Blackie”), donde estaba y está lleno de rubios “alemanes del Volga”, rusos, cristianos y judíos. Vivió, de chica, en otra ciudad de esa provincia: Diamante, en una humilde aldea de alemanes protestantes, que fue donde nacieron mi papá y toda la larga escalera que fue el resto de sus hermanas y hermanos. De jovencita, como muchas veintenas de miles, se decidió por venir a la gran ciudad (como Evita y como Mirtha) y nunca más se movió de Buenos Aires. Sé que vivió, en algún momento, con sus padres (a quienes trajo de Entre Ríos) y algunos hermanos, en la Paternal, justo enfrente del Cementerio de la Chacarita, y que el corazón del barrio de Almagro fue su último hogar junto con una casaquinta, a la que yo encontraba gigantesca y preciosa, en Paso del Rey.

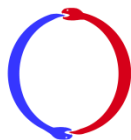
Tanto al departamento en el centro de la capital (en colectivo) como a la casa de descanso en aquella localidad del oeste lejano (colectivo-tren-colectivo) he ido infinidad de veces: los recuerdos se me agolpan desordenadamente (y con ello, suele originárseme la necesidad de establecer alguna especie de línea cronológica para disponerlos de algún modo, cosa que es, por supuesto, irrealizable para mí). Con la función *street view* del



Google Maps estoy volando hacia aquella casaquinta. Ellos decían “la quinta”. Me invade, fácil en mí, una expectativa que se combina con el vértigo que implica la mixtura del presente y del pasado. Vuelo metafóricamente y busco las fotos de ese lugar adonde no he regresado jamás en las últimas tres décadas. Antofagasta y Filiberto son los nombres de las calles. Hago desplazar al hombrecito amarillo del servidor de aplicaciones de mapas y lo dejo caer en esa esquina. El paisaje, me doy cuenta, con solamente un golpe de vista y como si se tratara de una metamorfosis impiadosa, cambió de manera rotunda. Se entrevé aún lo que había sido una propiedad enorme que ahora ha sido parcelada en muchas casas y negocios independientes.

Convoco recuerdos: no es difícil que sobrevengan como en un embotellamiento. Son los mismos que estaban encapsulados en algún lugar y que ahora afloran como una cascada que parece que no se va a terminar nunca. Sobrevuelan, semejantes a helicópteros o mosquitas, inflexiones de voz, frases completas y otras fragmentadas, sonrisas de alegría, itinerarios recorridos, olores, perros, muchísimas plantas, flores y árboles, el Chevrolet anaranjado, confesiones, algunas lágrimas, la senilidad mental galopante de sus últimos meses, un lugar bautizado como “el mirador”, un colectivo del conurbano de color celeste, chistes blancos, las carcajadas potentes que pocas veces después volví a lanzar, los sinuosos años del regreso a la democracia, comidas abundantes, ímpetus por viajar, por desplazarse, por moverse, el cumpleaños de quince de una vecina de la quinta (Carina o, tal vez, Karina), su prima (Bibiana, así, cosa inédita, con dos B largas) de vestidito verde, la pegadiza marcha peronista entonada por Hugo del Carril, libros y libros y libros y revistas (algunos que se dedicaban a los hiperbolizados episodios de la farándula vernácula y otras, por ejemplo, que cubrían la Guerra de las Malvinas), los muebles llenos de promesas de hallazgos notables, anécdotas miles, incontables familiares de acá y de allá, su cabello largo y rubio, el tesoro de aquellos años, sanatorios y clínicas varios, la sombra bajo los árboles, partidos kilométricos de chinchón y de generala, siestas sagradas, su esencia sin par.

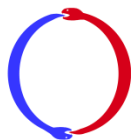
Estoy embargado por el *ubi sunt*. Antes de hacer un viaje conmigo por el norte argentino, cuando yo contaba con doce años, Ana y Adolfo hicieron muchos viajes con mis padres a la provincia —Santa Elena, Puerto Ruiz, los palmares, y a cualquier otro lugar siempre que hubiera un pedazo de tierra, algo de pasto, la sombra de un árbol y el río en las cuchillas entrerrianas— o a Iguazú o al Uruguay, o pasaron la frontera hacia el Paraguay y al Brasil. Con ambos fuimos, solos los tres, hasta Jujuy, en auto, ida y vuelta, con el noble y fuerte Chevrolet, atravesando todas las provincias intermedias (si no me equivoco del todo, se trató de una suerte de regalo que me hicieron por haber terminado como abanderado el séptimo grado de la escuela primaria). Mi memoria es buena con los días pasados en Salta, La Rioja, Tucumán —allí nos alojamos en un hotel que se



llamaba “Miami” y que tenía una pileta en su terraza: acabo de comprobar, no sin emotividad, que aún existe: y está la pileta y todo— y Catamarca. Cerca de San Miguel de Tucumán, “el jardín de la república”, pasamos por Concepción y por uno de los mejores lugares de todos: Tafí del Valle (con su cinta asfáltica y el furor verdoso de la selva arriba y abajo que la sitiabán). De las otras provincias, que obviamente tuvimos que cruzar, ni rastros. Estando en la capital riojana, Ana y Adolfo, tan habladores que eran, le preguntaron a un transeúnte cualquiera sobre la situación de la ciudad. Gobernaba entonces un político patilludo que, según ese eventual interlocutor, chorreaba humildad y al que podía verse, tranquilamente, caminando como uno más por sus calles. Un tiempo después, ese político dejaría una huella indisoluble, tanto para bien como para mal, en el imaginario social de los noventas.

De pasar un par de días en un hotel que para aquellos años míos parecía de lujo, el Huaico, de San Salvador de Jujuy (acabo de googlearlo y compruebo lo siguiente: o bien no existe más o se transformó en una suerte de condominio de alojamientos muy distintos a lo que yo retengo), guardo dos anécdotas que al día de hoy se vuelven indestructibles en mi cabeza. De la ristra de hoteles en los que habíamos hecho alto a lo largo de ese viaje, el Huaico era el mejor. Parecía de estilo caribeño. Tenía una vegetación abundante, rebosante. Nuestra habitación era sencilla, pero el resto de las instalaciones hacía pensar en esas exclusivas cadenas internacionales. Uno de los impactos de por qué me quedó en forma de anécdota ese lugar exuberante de plantas fue por el precio del alojamiento: mis tíos habían comprendido mal lo que les dijo el recepcionista con respecto a su tarifa. O pensaron que todo el monto era por la estadía completa cuando en realidad se trataba del costo por noche, o soslayaron un cero de la cifra final. Lo otro que rememoro es el enfático gesto de profundas nauseas que hizo Ana cuando, en algún momento, entró y salió del baño de la habitación inmediatamente después de que lo usara mi tío. “Insoportable”, largó, haciendo alusión al penetrante olor que había quedado flotando en el aire. Adolfo y yo nos miramos y explotamos en unas tremendas carcajadas que en este preciso instante estoy repitiendo.

Aquel viaje culminó en La Quiaca, tras conocer Purmamarca y la hermosa Tilcara y su pucará, por supuesto. En la ciudad más septentrional de nuestra geografía emprendimos el largo regreso. Ahí nos pasamos unos días en el Hotel Internacional (el buscador *booking* no me está dando los resultados esperados: ¿será que ya no existe más?). Era el día del Año Nuevo. Cuando cruzamos hacia el lado boliviano por el paso internacional, pudimos ver un espectáculo tan risueño como increíble. Parecía que todo el mundo había brindado de más y circulaba borracho en la ciudad de Villazón. Y no estoy exagerando. Incluso el empleado que nos atendió raudamente en la frontera-colador estaba “alegre”. A mi tío Adolfo le gustaba tomar vino también, pero nunca lo vi borracho. Sí recuerdo que en la luneta

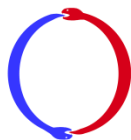


del Chevy del color de la naranja tenía una simpática calcomanía que decía: “De San Juan vengo: Flor de curda tengo”.

Pues bien, en Villazón, en un momento que hicimos alto, yo llevé adelante mi ritual de tomarme un helado (lo venía haciendo en absolutamente todas las ciudades donde nos deteníamos). En algún negocio me dieron, aún mantengo vívido el gesto de mi desconfianza cuando una empleada me sirvió el anhelado “postre”, un vasito de plástico que tenía una especie de sospechosa sustancia gelatinosa, de una tonalidad poco atractiva, que por supuesto no terminé (y a la que no sé si habré llegado a darle siquiera dos o tres lamidas). Ana entonces cosechó otra anécdota de viaje al respecto: “Osvaldo, es increíble, fue el único lugar donde no comiste helado”.

Una vez fallecida Ana, ya nada fue lo mismo en mi vínculo tío-sobrino con Adolfo. Si bien yo lo seguía queriendo (y es el día de hoy que lo juzgo como, junto a Rodo, “mi tío favorito”) y cada tanto lo iba a visitar, en su espíritu no estaba la chispa que significaban ambos tíos, juntos, en dupla, en tándem, para mi perspectiva. Ellos, para mí, existían en bloque, inseparables. Una vez fuimos al cine a ver una película, como para probarlos si se podía sustituir de algún modo la densa ausencia de Ana (con ella recuerdo que habíamos ido en alguna ocasión a ver una con Aníbal y Minguito en un cine de Merlo que estaba mugriento: hasta había pedazos de salmín en el piso de la sala). Obviamente que la respuesta fue negativa, por más empeño que ambos le pusiéramos al paseo. La película era “El oso”, de Jean Jacques Annaud. Adolfo rehizo su vida con otra mujer, una tal Nieves, que parecía una buena persona. Mi tío político Adolfo tenía, como segundo nombre, una verdadera apuesta por la ridiculez: Ninfo. Con él, y con tía Ana, por supuesto, visité el pueblito de su infancia, cerca de Pergamino, a pocos kilómetros de la provincia de Santa Fe, de nombre también curioso: Socorro. Sus habitantes, llenos de algarabía, celebraban el centenario de su fundación con un asado multitudinario: estaba todo el pueblo en el predio que era una especie de galpón tinglado enorme: Adolfo luego me preguntaría si había comido junto a tanta gente alguna vez.

En mi niñez era un fanático extremo de la revista chilena *Condorito*. Las coleccionaba con fruición. Debía tener unos ochenta o noventa números más o menos: las ediciones regulares (que, si no me acuerdo mal, aparecían todos los meses), las de oro —de mucha mayor calidad— o las temáticas (en las que todos los personajes participaban de algún eje que podía ser el culinario, el militar, el educativo, el deportivo, el psiquiátrico o el histórico). Tenía, literalmente, una montaña de las revistas. Y me enorgullecía de ellas. Conocía de memoria todos los tics del elenco estable que habitaba la ciudad ficcional de Pelotillehue y que era el universo satélite de la histriónica figura central: Yayita, Coné, Pepe Cortisona, Tremebunda, Cuasimodo, Huevo Duro, Garganta de Lata, Ungenio, el Cumpa,



Cabello de Ángel, Comegato o el Perro Washington. Estoy viendo en Wikipedia que el cómic apareció por primera vez en 1949: ¡no pensaba que hacía tanto! De todos modos, en la enciclopedia digital dice que los ochenta fueron su década de furor. Ahora entiendo todo. Como fanático, leía y releía las historias, todas apuestas humorísticas rematadas con un desmayo de incredulidad que se traducía en un “plop” en la última viñeta —o en una aseveración contundente: “Exijo una explicación”. Les contaba sus múltiples e inocentes diégesis a todos los que se topaban conmigo, las re-narraba, a los integrantes de mi familia, a mis compañeros de la escuela, a mis vecinos o a mis amigos del club. Y, por supuesto, la tía Ana también cayó en ese abanico de individuos interlocutores que debían oír de mi boca, las más de las veces a regañadientes, las innúmeras situaciones de la historieta. Una vuelta, estando en uno de los viajes con la casa rodante (que tenía una enorme carpa a la que se adosaba), quizás en el Uruguay, quizás en Entre Ríos, ella me dio una gran noticia que endulzó mis oídos. Me dijo que se iba a encargar de comprarme absolutamente todos los números de la revista con puntualidad religiosa, pero que lo iba a hacer con una única condición férrea: que nunca más yo la abordara para contarle a ella un chiste de la Condorito.

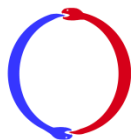
Ana era de muy buen comer. De muy buen diente, como suelen decir. Lo mismo Adolfo. Ambos cocinaban y le dedicaban una importancia supina al acto de almorzar o de cenar. Los dos tenían figuras prominentes debido a la ingesta del todo excesiva de alimentos y bebidas. Yo, cuando los visitaba, preparaba mis proverbiales churrascos que luego, ya servidos en el plato, seguramente con algún huevo duro, eran elogiados quizás con un tono exagerado. En una ocasión, al mediodía, cuando seguramente estábamos viendo un programa de televisión que se llamaba “El espejo para que la gente se mire”, conducido por Mónica y César, después de que Víctor Hugo les diera la posta, que era una emisión en la que se mostraba la idiosincrasia de distintas provincias de nuestro país, estábamos comiendo los tres en el departamento de Medrano. En un momento, miré el plato de Ana y vi que estaba comiéndose todo el arroz, o la ensalada, o el puré, y que había dejado de costado el chorizo:

—¿Por qué no comés eso, tía?, ¿no te gusta?

—¿Qué cosa? —me preguntó, sobresaltada por haberla interrumpido en su sagrado ritual de masticar y tragar como un perro hambriento.

—El chorizo. Lo estás dejando de lado. Estás comiendo todo lo demás y el chorizo lo pusiste en un costado del plato —le respondí con una descripción minuciosa de sus gestos que, bajo todo punto de vista, me dejaba expuesto como un curioso impertinente.

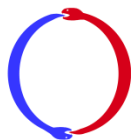
—Precisamente, Osvaldito. Es lo que más me gusta ese chorizo. Por eso lo estoy poniendo de lado en el plato: para comerlo después. Lo estoy dejando para lo último.



¿Qué endemoniado fenómeno hace que recordemos algunas escenas de nuestra niñez y que muchas tantas otras vayan a parar al fastidioso cesto del olvido? Si muy cada tanto un recuerdo se dispara como si se tratara del resultado de un potente efecto proustiano, ¿en qué instante del porvenir reaparecerán entonces otros hechos que ahora están vedados para la memoria? ¿No es fascinante darse cuenta de que ahora, es decir, en el presente, estamos desconociendo que en algún momento del futuro irrumpirá algún recuerdo de nuestro pasado? Hay innumerables imágenes que por algún motivo extraño son extirpadas de nuestra mente: provoca cierto escalofrío saber que nunca más daremos con ellas. Conviene no ser tan pesimista y entender que, seguramente, sin embargo, muchas otras, afortunadamente, quedarán sepultadas.

De ese megaviaje por las rutas argentinas (que en un futuro no muy lejano me gustaría reiterar) conservo aún la memoria de una escena que también tiene que ver con la comida. En el periplo de ida, en la ciudad cordobesa de Mina Clavero, de la que recuerdo que construyeron unas improvisadas piletas aprovechando el cauce del río que la atraviesa, muy cerca de la localidad de Cura Brochero, decidimos (“aramos”, dijo el mosquito) cenar esa noche en el hotel en el que estábamos alojándonos. Se acercó el mozo. Pidió mi tía. Pidió mi tío. Y pedí yo. El mozo, como hacía con todos, me ofreció algún plato que se les daba a todos los comensales como “gentileza” (quizás una entrada que muy bien podían ser fiambres o algo por el estilo). Yo le dije “gracias”, que no, que no se me antojaba. Incluso le hice un gesto con la mano que implicaba que negaba ese ofrecimiento. Con ese mohín y mi afable respuesta, yo pensé que había llegado a la cumbre de la educación. Una vez que el mozo se dirigió a la cocina para indicar el pedido, mis tíos, de manera unánime y simultánea, me dieron una enseñanza que iba acompañada de unas palabras cargadas de un profundo lamento de gula: “Tendrías que haber dicho que sí. Nos lo dabas y lo íbamos a comer nosotros”. Ante eventuales circunstancias similares, en cualquier restaurante del mundo, aún hoy aplico esa instrucción que, evidentemente, me quedó tatuada a fuego.

Me dan ganas de averiguar en qué lugar de la Chacarita estarán sus “restos”, por decirlo de algún modo. Solamente unas cuatro o cinco veces más fui a ese lugar importante e inquietante desde aquel entonces. Lo más probable es que su nicho esté todo sucio, lleno de telarañas y abandonado de la mano de Dios. Por más que hago fuerzas para hallar algún atisbo, alguna punta, alguna imagen aunque sea difuminada, es algo evidente que no me ha quedado nada después del velorio. ¿A qué se debe esa supresión? ¿Por qué bloqueé los sucesos del cortejo hacia el cementerio, la misa de responso y el establecimiento de su “residencia” final?, ¿será que yo no habré ido? Estoy seguro de que sí fui. En algún momento me tomaré el trabajo de averiguar cuál es y por dónde está su nicho. Quién sabe. Esa

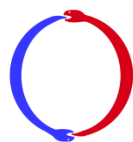


sería una buena y linda forma de renovada conexión con ella. Me gustaría que mi hermana me acompañe en esa búsqueda.

Cuando entramos a la casa de velorios, irrumpí en un hall en el que estaba sentado Adolfo, con una cara ojerosa, charlando con otra gente. No bien me vio, se incorporó, interrumpió lo que estaba hablando con no sé quiénes y nos estrechamos en un gran abrazo, a los sollozos. Un rato después, en el momento en que los empleados o los dueños del lugar anunciaron que ya cerrarían el cajón para dirigirse al cementerio, llegaron las despedidas finales. Recuerdo el modo en que mi hermana le tomó la mano para luego darle un beso. Ese detalle de su mano que depositó en la de Ana me quedó fijado en la cabeza para siempre. Recuerdo la manera en que yo la despedí y que, cuando me acerqué a su mejilla derecha, escuché, detrás de mí, a Adolfo, que elevó notoriamente el tono de su llanto. Lo recuerdo a él que le dijo adiós con las palabras, y eso nunca voy a olvidarme tampoco, “mi compañera”.

Con Ana y Adolfo pasé una de las fiestas de año nuevo más originales e inolvidables de mi vida. Solos, a la intemperie, en el medio de la calle. Eso fue en San Salvador de Jujuy, en una parte alta de la ciudad mirando las luces que destellaban abajo, la gente que festejaba, los fuegos artificiales por todos lados y en el horizonte. Despedimos, allá en la Puna, en los confines de la patria, los últimos minutos del año en que Diego y sus muchachos trajeron la copa a casa, en que Borges entró en la inmortalidad, en que surcó el cielo el Cometa Halley por última vez en el siglo pasado, en que Raúl Alfonsín propuso —para muchos acertadamente, para muchos descabelladamente— trasladar la capital argentina a la rionegrina Viedma y en que explotó trágicamente el lamentablemente famoso reactor de la planta de Chernóbil en la Unión Soviética.

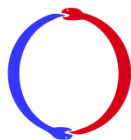
Para mí, la realidad del mundo, por esos días, sin embargo, pasaba por mi familia, mis compañeros del colegio, mi perra Diana (todo un capítulo aparte para ella), el tenis y poquitas cosas más. José Saramago dijo en su discurso de agradecimiento cuando le otorgaron en Estocolmo el Premio Nobel de Literatura que “en esa edad de todos nosotros” se piensa que los padres, o los abuelos, o los hermanos mayores (y, en mi caso, mi tía Ana), son las personas más sabias de todo el mundo. Por supuesto que estoy de acuerdo con el maestro portugués, claro que sí. No obstante, muy bien podría llegar a complementarse, no sin una dosis de atrevimiento ingenuo, semejante idea. Ana era sabia para mí en aquel entonces, pero lo cierto es que hoy, que ya todos los días peino alguna que otra cana, sigue siéndolo. Me refiero a la imagen que tengo de ella, que me hizo escribir por fin estas líneas desordenadas y catárticas. Es un signo, está allí, siempre lo contemplo, nunca me es esquivo, una especie de guía, de demiurgo, de luminiscencia que se derrama siempre sobre mí, un nombre cortito, sim-



plón e intransferible, es la provocadora de una catarata de recuerdos entrañables que me acompañan de manera firme, es una marca, como una cicatriz o un tatuaje, que está internalizada, corporizada, consciente e inconscientemente. *Danke.*



La carta



Ginés J. Vera

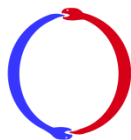
A Marta Chirivella, cazadora de historias

Hay una historia detrás de cada persona. Hay una razón por la que son lo que son. No es tan solo porque ellos lo quieren. Algo en el pasado los ha hecho así, y algunas veces es imposible cambiarlos.

Sigmund Freud

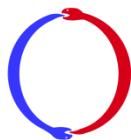


Margot había resistido el impulso de preguntarle a aquel tipo qué hacía husmeando en el zaguán de su edificio. Se fijó en el traje gris, los zapatos relucientes y el anticuado sombrero de fieltro; a lo detective americano, se dijo. No obstante, no fue el aspecto en sí lo que la incomodó al verlo junto a los buzones. Fue cierta actitud soberbia, como esperando a que ella se marchase para seguir merodeando. Margot subió al ascensor, pero en lugar de pulsar el botón del quinto, le dio al primero. Abrió la puerta en el rellano y, sin hacer ruido, se asomó por el hueco de la escalera. Como sospechó, desde allí no podía ver con nitidez al desconocido. Sí oyó cómo trajinaba con los buzones, o eso supuso. Luego, sobrevino un angustioso silencio y la puerta exterior se cerró de un portazo. La curiosidad era la perdición de Margot, se lo habían dicho siempre sus amigas. Y era cierto. Bajó taimada por las escaleras, como temiendo que el tipo hubiese ideado también una treta y la esperase, en realidad, escondido en algún rincón del zaguán. Para matarla, se convenció en un pensamiento fugaz; o, peor aún, para abusar de ella...



Pero el vestíbulo estaba vacío y los buzones no podían decirle nada. Fue asomándose a estos, uno a uno, por la ranura superior. Su afición a las novelas de detectives la empujaron a razonar qué podría haber dejado aquel siniestro individuo en tan poco rato. ¿Se trataría acaso de una carta?, ¿tal vez una de amor y de ahí la timidez del individuo? Lo descartó al instante negando con la cabeza. Por su aspecto, convino que debía de tratarse de una carta de amenaza... Un marido celoso había descubierto la identidad del amante y le advertía, en la misiva, de las consecuencias de seguir molestando a su joven y atractiva esposa. Aquella deducción la animó aún más a no cejar en su búsqueda de la carta. De súbito, la asaltó una duda: ¿qué haría cuando la encontrase? Eso era lo de menos, pensó a igual velocidad; lo importante era encontrarla, luego ya vería. Tras completar la primera hilera de buzones, pasó a la segunda. ¿Y si se trataba de un paquete bomba? Se quedó inmóvil un instante barruntando aquella posibilidad. ¿Y si el misterioso caballero no era el marido cornudo, sino el amante despechado que había resuelto acabar de una vez con el triángulo amoroso ante la indecisión de su joven y atractiva amada? Cayó en la cuenta de que el personaje femenino era, en la mayoría de las novelas, una joven atractiva. Otro rasgo indudable de que eran escritas por hombres; seguramente, poco agraciados o sin suerte en el amor, se dijo. La digresión la devolvió al zaguán. ¿Un paquete bomba?, se interrogó. Rebuscó en su imaginario detectivesco. Supuso que, de ser así, estaría ante uno de aquellos sobres que, al presionarlos, explotarían frente al rostro de quien lo manipulase. ¿Una bella cara femenina afeada por un vil paquete explosivo?... ¡Qué tontería!, volvió a decirse. Continuó con su misión de hallar el *objeto*, así lo llamó para sí misma, que había dejado, supuestamente, el desconocido. Cuando por fin creyó atisbarlo, en uno de los últimos buzones, oyó tras ella el gemido de la puerta. Disimuló como pudo, primero con una sonrisa forzada, saludando al matrimonio del segundo a la derecha; luego, fingió un roce en el talón con su zapato. No, no hacía falta que la esperasen, les aseguró, antes de que aquellos subieran al ascensor. *De hecho*, añadió, *iba a salir*, y dio unos tímidos pasos en dirección a la puerta. La del ascensor se cerró y ella regresó a su puesto.

Maldita sea, farfulló. Con los nervios, había olvidado el buzón en el que se había detenido; era en la fila de abajo, de eso estaba segura. Repasó rápidamente las aberturas, pero nada. *Tranquilízate*, se dijo, y volvió a mirar uno por uno con calma. Por fin lo vio. Sí, era ese, el sobre la miró también desde su refugio. Para no confundirse de nuevo, leyó el rótulo del buzón. Se apartó asustada. Le costó unos segundos acercarse despacio y mirar el interior, el sobre y, de nuevo, el rótulo con su nombre. Era ella, para ella, la carta del misterioso desconocido. Se reprochó no haberse fijado más en el aspecto de aquel tipo. Hizo un esfuerzo por recordar mentalmente la fugaz escena del encuentro. Cada detalle era importante, se exigió. Pero estaba tan nerviosa que componía la misma imagen, una y otra vez, paseando frente a la figura con el sombrero calado, sin rostro; o, al

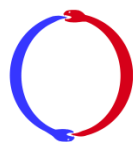


menos, sin rasgos que pudieran identificarlo. ¿Qué le diría a la policía cuando la interrogase? Porque iría a la policía, eso estaba claro, asintió respirando entrecortada. Les contaría que un tipo siniestro le había dejado una carta bomba en su buzón... Fue entonces cuando se percató de que lo de la carta bomba podía ser solo su primera impresión. Desechó, por segunda vez, la opción de la carta amorosa. Entonces, ¿a qué tanto misterio? Tanta elucubración iba a trastornarla, ya le dolía la cabeza intentando decidir si ir primero a contárselo todo a la policía o abrir el buzón. ¿Policía o buzón?, atajó. La indecisión enardecía aún más su jaqueca. Al final, introdujo la llave en la cerradura, despacio, pensando bien cada movimiento. Giró y abrió la tapa dejando a la vista el sobre marrón. También este se mostró ansioso por encontrarse con ella: al tacto, se deslizó juguetón hasta el suelo.

Margot cerró los ojos al verlo caer. Repentinamente, pensó que, si era en verdad un paquete bomba, el golpe lo activaría. Pero no pasó nada. Cuando la puerta exterior del edificio se abrió tras ella, segundos después, el inquilino del ático la saludó extrañándose de que estuviera rígida, con los ojos cerrados. *¿Se encuentra bien?*, le preguntó. Al abrirlos, Margot descubrió a su vecino agachado, le tendía con amabilidad el sobre. *Enhorabuena, escuchó de aquel, También recibí hace poco un sobre de la Compañía Navideña; ¡qué suerte!, dos en el mismo edificio.*

La Compañía Navideña, susurró Margot como si emergiera de las profundidades marinas. El concurso de la radio: diez personas escogidas al azar para visitar las instalaciones y recibir un lote de productos para toda la vida. Soltó el aire acumulado y asintió. No, no subiría en el ascensor, le dijo. Se quedó de nuevo a solas, en el silencioso zaguán, recordando la cuña radiofónica del Mensajero Misterioso de la Compañía. El que repartía los sobre-regalo. *¿Por qué no habré pensado en ello?*, se dijo. Más calmada, se dirigió al ascensor intentando esbozar una sonrisa de felicidad. ¿Acaso no era una suerte haber sido una de las premiadas? Lo que no entendió fue cómo su vecino lo había adivinado tan solo por el tamaño y el color del sobre. En este no aparecía ningún remitente ni destinatario, ni tan siquiera el logotipo de la Compañía. ¿No sería el vecino acaso uno de los trabajadores misteriosos que se encargaban de repartir los premios?

Dentro del ascensor, abrió el sobre convencida de que era así, su perspicacia la había llevado a averiguar que en su edificio vivía uno de los Mensajeros Misteriosos de la Compañía Navideña. Para su sorpresa, en el interior, solo halló una carta mecanografiada y un polvo blanquecino. Sin nombre, ni fecha ni firma; un texto escueto le advertía de que era una co-tilla, su indiscreción y sus reiteradas sospechas habían molestado a alguien. Su autor o autora la amenazaba con no volver a meterse nunca más en la vida de nadie. Aquel polvillo que parecía cubrir la hoja era un poderoso veneno, leyó en las últimas líneas, escritas tan débilmente que tuvo

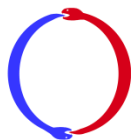


que acercarse para poder leerlas. *A esas alturas* —notó cierto mareo, un temblor en las piernas y náuseas—, culminaba el texto, *el veneno habría penetrado ya en la piel, en sus pulmones y, a través de la sangre, llegaría al...*

La hoja se le escurrió de entre sus dedos. El ascensor se abrió en el quinto piso, Margot, sudorosa, sin aliento, dio unos pasos torpes, antes de desplomarse en el suelo.

El grito de la corneja





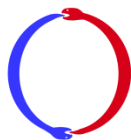
Gabriela Quintana

El anciano abrió con dificultad la ventana después de un profundo sueño. Contempló a su esposa, que aún dormía, y con paso lento fue hacia ella y se sentó en el borde de su cama. Sintió su respiración, el olor de sus cabellos blancos; deseó saber sus secretos. Se le escapó un suspiro observando los labios plisados de color peonia, que hasta entonces había besado con tanto delirio. No todos los viejos son iguales, pensó.

Le tomó la mano, arrugada, que tantas veces había sostenido desde que la conoció en su femenina adolescencia, mirándola como a la niña que todavía necesitaba proteger. Sabía que era un día especial. Ella despertó, quizá cautivada por el suspiro, le siguió una sonrisa mientras se clareaba la habitación y se disipaban sus sueños. Sus ojos se encontraron con los de su marido y rieron sin emitir sonido alguno. En esa mirada se hallaba escrito todo lo que harían ese día.

La anciana posó la otra mano, fría, sobre la de él, asiéndose a sus anchos dedos con el mismo afecto que experimentó desde que tuvieron el primer roce a flor de piel.

Se cubrió con su bata de cama, no tan encogida como su cuerpo; sintió que sus gafas estaban en su sitio, en el bolsillo de siempre. Ella se recogió los cabellos que la almohada le había alborotado. Detenida frente al espejo, se sobrecogió con su imagen, todavía reflejaba una inocencia mezclada con el sándalo que aromatiza las huellas de la vida marcadas en su rostro. A través de él, miró a su esposo que caminaba hacia la puerta. Debajo de esos pocos cabellos color castaño ceniciento junto con tantos



blancos, sigue siendo ese chico guapo, sigue siendo una corneja, pero menos rapaz que un búho..., seguro olvidó que día es hoy, pensó.

El abuelo se aferró al bastón que había dejado junto a la puerta, con una mano tan palpitante como su corazón, y acompañó a su mujer a desayunar.

Observó la misma rutina que le había precedido por años antes de encaminarse al trabajo, sintiendo la certeza de que aquello era lo que llamaba hogar. Ella le dio de comer a los pájaros en un tazón lleno de cicatrices de las veces que había sido pegado y puesto en una esquina del balcón. Él leía el periódico y se apuraba lo último que quedaba de su café. Tomó aire y con voz alta le dijo que la esperaba para comer en el lugar de siempre, que no había olvidado qué día era.

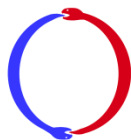
Como si un fulgor los hubiera golpeado, ambos recordaron la algarabía de los hijos cuando eran niños, al compartir el desayuno y después, él llevándolos a la escuela. Ahora las reuniones se daban cuando los retoños, ya adultos, podían encontrar un poco de tiempo para poder disfrutar de una comida con ellos, en la otrora intimidad de una familia, solo en fin de semana. No obstante, la casa no se sentía ni sola ni fría ni triste.

El ruido del teléfono rompió el ambiente y la rutina con su música escandalosa. Del otro lado, una chica le confirmaba su cita para peinarla. No era remilgada, la coquetería le era tan natural como la lluvia para las nubes. Debía darse prisa: recoger los platos de la mesa, vestirse de gala, maquillarse, pasar perfume por su escote y calzarse los zapatos más cómodos que tuviera para la larga jornada que le esperaba.

El anciano dejó el periódico en la mesa y procedió a hacer lo mismo: escogió su mejor traje y se cambió la ropa cuando su mujer hubo salido de casa. Tomó uno de sus pañuelos de tela, lo perfumó y se lo acomodó en el saco. Ya se iba, cuando recordó recoger la cartera y las llaves. Revisó su cartera, tendría que parar en el banco antes de ir a cortarse la barba y el cabello.

Quedaron en encontrarse para comer, brindar y celebrar su aniversario de bodas. Ya habían perdido la cuenta del tiempo que llevaban juntos, los años pesaban en sus cuerpos, pero los sentimientos seguían intactos.

Después de salir de la barbería fue a comprar un ramo de flores compuesto por distintos brotes, formas y colores, atados con un delicado cordón de seda. Ya no conducía y hacía su vida alrededor de su casa. De manera que tomó un taxi para ir al restaurante donde se conocieron. Durante el trayecto, le fue contando al hombre que conducía sus memorias y anécdotas, casi biográficas, sus achaques de la vejez y sobre la mujer con



la que se iba a encontrar para almorzar. El tráfico detenía el coche muy seguido y el anciano se impacientaba. Le dijo que era la mujer de su vida y esta le había perdonado muchos errores. Soy afortunado en poder ir a celebrar nuestro aniversario, le dijo, no puedo llegar tarde. Al taxista se le subían los colores, queriendo detener el tiempo y seguir escuchando la mejor historia que, hasta ese momento del día, le estaban contando, de la forma en la que aquel par de enamorados se habían conocido. Trató de burlarse del tránsito de coches y de los hostiles semáforos para acelerar aquel encuentro amoroso, preso de la emoción del momento y del romanticismo compartido.

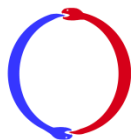
El viejo le metía prisa. El taxista esquivaba coches. El anciano contaba sobre su boda, sus hijos y sus nietos. Se acercó el ramo de flores a su pecho y gritó como si se tratara de un estallido. El taxista, asustado, miró al espejo y lo vio desplomarse hacia un costado. Detuvo el coche enseguida en medio de la calle, a pesar de los ruidos de los transeúntes y reclamos de los demás conductores. Se bajó, abrió la puerta trasera y vio al anciano recostado a lo largo del asiento, las flores yacían aplastadas debajo de él. Lo levantó, le tocó el cuello y lo sacudió. Enloquecido de amor, había muerto. El taxista sintió el corazón salirse de su pecho y su boca tartamudear. Llamó a una ambulancia, llamó a la policía, llamó al hospital, llamó a todo Dios. Ese viejo no podía morir en medio de tan alegre conversación, tenía que llegar a celebrar su amor y entregar sus flores. Ahora qué pasará, se preguntaba el taxista. ¿Cómo sabrá su esposa que nunca llegará a comer al mismo lugar de siempre? La policía llegó primero que la ambulancia y lo declararon muerto. Levantaron el cadáver para llevarlo a la morgue, cerca de Triana. En la camilla, sobre el cuerpo, depositaron las flores.

Todos los taxistas están llenos de historias, escuchadas o vividas en sus coches. Pregúntales, siempre tendrán una anécdota o historia que contarte. Es raro que un taxista no te haga conversación cuando te lleva a algún sitio, pero más raro es que en estos tiempos, un hombre muera de amor. ¿Por qué? Porque este anciano y este amor no eran de estos tiempos.

Poemas dedicados a Carlos Pardo



y a Juan Manuel Molina Damiani



Encarnación Sánchez Arenas

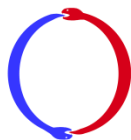
*...Quería irme porque mi corazón
no tiene pedigrí.
Habito una prudencia inexpresiva
y a veces cojo adrede la postura
mala de soñar
o sostenerme: un pie en tierra,
diez centímetros
bajo tierra,
y el otro dando una palabra al aire.*

“Calendario pagano” en *Echado a perder* de Carlos Pardo

CREPÚSCULO PAGANO

Siempre consulté al libre albedrío
para respetar los pormenores
de un tren sin freno,
pero su velocidad fue controlada
por un margen de probabilidad relativa
y termino el caos
ordenándose dentro de mi religiosidad,
y perdoné los pormenores
de los trenes sin freno
de los demás.

Lo pagano se ha vuelto democrático,
se ha convertido en una opción probable
que perdona siempre el discurso
del libre albedrío

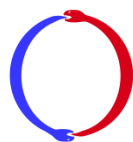


*Las nueve menos cuarto.
Una mosca se posa en una cuerda.
Comienza a anochecer.
Esta ciudad parece de la costa
pero es tan sólo un pueblo
rodeado de fábricas de piel
y arena, mucha arena.
Por el aire, morado,
se suceden sin orden en su vuelo
algunas golondrinas
y la publicidad de un altavoz.
Ya son las nueve en punto.
Acabo este poema.
La mosca se ha posado en mi rodilla.*

“Entre libro y libro” en el *Invernadero* de Carlos Pardo

VUELA LA MOSCA

Una mosca vuela
queriendo traspasar el cristal
de mi balcón.
Está atrapada.
Tras el cristal
se vislumbran los techos de las naves industriales.
Algunas de ellas todavía contienen
sus nombres en sus tejados.
Cortisol, para cortinas
que combaten el sol.
Sofásnight, para sofás
que contienen un colchón cama.
He abierto el cristal
y la mosca vuela hacia los techos
de las naves industriales.

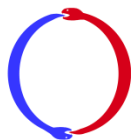


*Conozco la rutina
que hoy fecunda la ociosa
y educada manera que tenéis de ignoraros,
el turbio desapego que os mantiene
unidos todavía, el deporable
despojo del dolor,
la culpa,
que los dos utilizáis
para vuestros más apremiantes
reproches y coartadas...*

“Canción de amigo” en *Salvaconducto* de Juan Manuel Molina Damiani

CÁNTICO DE AMISTAD

Pervive aún la vida entre nosotros.
Se han ido yendo al otro mundo,
traspasando barreras,
rompiendo fronteras.
No cabe la traición
en una saca de enseres leales.
La profesión nos devuelve la lealtad
y el respeto mutuo,
una sociabilidad cultural integrada.



*“Color, líneas, pintura
Sangra la luz: un emblema
Infranqueable que quema
La frialdad de la escritura.
Menos ilesa que oscura,
Deteriorada, sin centro
Sale la noche a su encuentro
Vacío, cruel y barroco.
Apalabro poco a poco
Un verso curvo por dentro.*

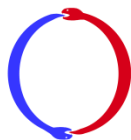
“Luna negra” en *Salvaconducto* de Juan Manuel Molina Damiani

NEGRA PINTURA

Se esboza tu pintura
con tus destellos de emblema
y tu línea se quema
entre tanta escritura.
Es una sombra oscura
perdida desde su centro
que precipita tu encuentro
siendo un tanto barroco.
Me abalanzo poco a poco
y busco tu alma por dentro.

Aurora



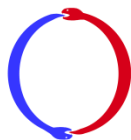


Miguel Quintana



ebo impone por la fuerza su justicia.

—Me viene ahora a la memoria —digo a mi Diario— un sueño que tuve hace tres o cuatro noches. Como sabes, los sueños son confusos, y los que se recuerdan tarde, mucho más aún. Por lo menos en mi caso. Bien, resulta que me hallaba..., y digo *me hallaba*, pero no estoy seguro de que fuera yo quien se hallara y que no fuera otra persona; digo que me hallaba en una casa donde al parecer había muerto mi mujer..., y digo *mi mujer*, sin saber con certeza si era mi mujer o era una mujer con la que había vivido mucho tiempo, digo entonces que mi mujer moría, hacia las ocho de la tarde moría. Alguien la preparaba..., no, realmente lo que ocurría es que ella estaba en cama y moría en la cama. Después yo me acostaba en la misma cama, en mi cama y en mi sitio habitual de la cama, supongo, y me disponía a dormir como siempre, y de hecho me dormía teniendo al lado, como siempre, el cuerpo de mi mujer. La noche debió de pasar en blanco, o si quieres mejor, en negro, quiero decir que no recuerdo nada de la noche. El caso es que amaneció, tal vez, y me desperté, y al poco despertó también el cuerpo, realmente tendría que decir el cadáver, de mi mujer. Y entonces ella debió de pensar: como faltan aún unas cuantas horas para que me entierren, vamos a aprovecharlas. Digo



que debió de pensar esto, o algo similar, porque comenzó a querer aprovechar esas horas que faltaban para subir al sepulcro, o para bajar a él, que esto de bajar o subir a un sepulcro no está muy claro; digo, pues, que quería aprovechar aquel íterin para holgar.

—¡Ostras, esto sí que es bueno! —me dice el Diario—. ¿Holgar, holgar? ¿Es decir: hacer huelga?

—¡Diario, no me interrumpas, que se me va a ir al carajo el sueño, que lo tengo prendido con alfileres!

—Pero, ¿qué es *holgar*?

—Si quieres te lo digo con una palabra gruesa; o si quieres, también puedo decírtelo con una frase boba.

—Deduzco de tus circunloquios que cuando dices *holgar* quieres decir... holgar... Pero me entra mal en la cabeza cómo diablos un fiambre antes de subir o bajar al sepulcro ande metido en semejantes berenjenales...

—Bien, te digo, así pues, que pensó y puso en práctica el comienzo de su pensamiento... Como debía de ser mi mujer, conocía yo bien su pensamiento y mejor aún su movimiento...

—Y entonces tú dijiste que te dolía la cabeza... ¡Y un dolor de cabeza tan grande como un caballo debías de tener tú viendo que tu ex esposa, que no se había divorciado de ti y habíais estado unidos hasta que la muerte os separó, quisiera aprovechar sus últimas horas de contacto con la luz de su último día de esa forma que dices, holgando! ¡Sí, de caballo, una cefalea de caballo!

—No te oigo, Diario. Y continúo. Resulta que el cadáver desplegaba para mí las galas de la seducción...

—¡Espera, espera! Espera que me reponga del pasmo... ¡Tengo que hacer un esfuerzo de imaginación tan grande como el desierto del Sahara para figurarme cómo podría desplegar un cadáver las galas de la seducción! Porque seductivo, lo que se dice seductivo..., es más bien una carroña... Quiero decir, seductor.

—¡No sé por qué hablas de carroña! ¿Te he dicho yo que fuera ella una carroña?

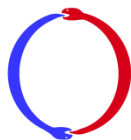
—No, no lo has dicho, pero ¿qué era? ¿Una Venus sin velos?

—Mi sueño no iba por ahí. Era, sí, efectivamente, era un cadáver, pero sin más: un cadáver, a secas. De todas formas, yo no me opuse..., es decir, no me oponía a sus intentos porque fuese un simple cadáver. Y, además, tenía que reconocer que eran hasta cierto punto razonables, porque, la verdad, no parece que tuviera cosa mejor que hacer hasta la hora del funeral, o hasta la de la ida al sepulcro.

—No, realmente no hay nada que hacer desde que la palma uno hasta que te encierran en un sepulcro, esté este arriba o abajo... No, señor, nada más que esperar. Y esperar, no cabe duda, desespera. Sí, precisamente para no caer en la desesperanza de la espera lo mejor es echar un...

—Me vas a desvanecer el sueño.

—Digo, echar un sueñecito...



—No quiero oír lo que dices. Continúo. El caso es que..., ¡sí, el caso es que me pierdes, maldita sea! ¡Ya no sé por dónde iba!

—Ibas por eso de que no te parecía contrario a razón, pero te oponías...

—Sí, eso es, yo me oponía porque me parecía sacrílego... Así es, recuerdo ahora bien que en el propio sueño aduje en voz alta: *esto es un sacrilegio...* Debí de decir en voz alta: *en estas circunstancias esto es sacrilegio...* Tenía como verdad cierta que aquello sería un sacrilegio. Aunque, la verdad, no sé muy bien lo que significa esa palabra.

—Bueno, y qué, qué le parecía a tu coima lo del sacrilegio.

—Pero, ahora que estoy pensando, me parecía sacrílego no porque fuera un cadáver, sino porque era un esqueleto. Sí, lo recuerdo bien, resulta que lo que a mí me parecía raro no es que habiendo muerto mi mujer..., ¡mi mujer, Diario, no mi coima!, digo que me parecía raro que siendo un esqueleto quisiera holgar..., en tanto que fuera conducido al sepulcro..., holgar, holgar un esqueleto..., es lo que a mí no me cuadraba y por lo que, al parecer, debía de pensar que era sacrílego.

—¡Cuánta razón tienes! ¡Qué poco religioso debe ser holgar con un esqueleto! ¡Y qué poco cuadra, la verdad!

—Sí, era poco piadoso dejarse seducir por aquella sonrisa permanente...

—En definitiva, que tú te oponías a la huelga, y entonces tu oíslo cambió la sonrisa como quien cambia la dentadura postiza, y ¿colorín, colorado ya?

—¡Diario, qué majadero eres!

—¡Pues acábame con ese cuento, narices! Por cierto, ¿fue galano el funeral de tu oíslo?

—¡Majadero hasta decir basta! ¡Y porque no encuentro palabra peor, que si la encontrara, esa te pondría! ¡Sí, señor, eres mucho más que majadero! ¿Querrás dejarme que te cuente el sueño?

—A ver, sigue, que hablas y no dices nada. De momento solo sé que tu parienta la palmó y en cuestión de minutos se convirtió en esqueleto, que a este le apetecían tus huesos, que tú se los negabas porque era sacrilegio... ¡Qué más!

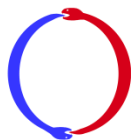
—No se puede contigo... Revientas hasta los sueños... ¿Te crees que es fácil contar todos los detalles de un sueño que se tuvo hace días? Pues no. Claro, tú ni sueñas ni padeces...

—Padecer, sí que padezco contigo. Porque aguantarte todos los días es una pasión morrocotuda... En definitiva, ¿no te acuerdas de más cosas del sueño?

—Estoy recordando ahora. Resulta que al hablar de ello lo voy recordando.

—Muy platónico te veo...

—Pero todo es confuso. Por ejemplo, forcejeábamos en la cama porque ella quería a todo trance holgar y yo no estaba mucho por la labor, pero no me acuerdo del resultado del forcejeo.



—¡Mira que negar un revolcón a tu prójima cuando te lo pide forcejeando!

—Tampoco me acuerdo de qué pasó cuando quedó claro que no había lugar a ello, a causa de lo sacrílego de la situación. No me acuerdo, por ejemplo, de cómo quedó amortajada, si el esqueleto volvió a encarnarse y tomar el cuerpo que ha que tener un cadáver que se precie, no me acuerdo de quién se la llevó, si es que se la llevó alguien, ni del funeral ni del propio sepelio me acuerdo...

—Y no te acuerdas de nada porque, ¡zas!, te despertaste y entonces viste que tu oíslo de verdad tenía la vista fija en ti y te decía con asombro: *¡pero sabes qué hora es! ¡nos hemos dormido!* Y entonces te levantaste rápidamente, te aseaste de prisa y corriendo, y corriendo y pitando saliste hacia el curro... ¡No me digas más! ¿A que fue así?

—No, no me acuerdo. Pero me acuerdo de que me quedé angustiado por haber soñado lo que soñé.

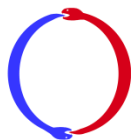
—¿Y para no contarme nada me has hecho perder tanto tiempo?

—A ver, Diario, ¡no me seas cernícalo! ¡Para qué quieres tú el tiempo! ¡Qué más te da que corra el reloj hacia adelante o hacia atrás! Si acaso quien tiene que lamentarse soy yo de perder mi tiempo contigo contándote cosas que no me dejas contar y haciéndome decir cosas que no quiero decir, y a cada paso tergiversándome...

—¿Y eso es todo? ¿No hay más del cuento?

—Hay más, pero no voy a contárselo a un mentecato que se ríe de mi angustia como si fuera agua de lluvia..., porque, no creas, era un sueño angustioso.

—Sí, debía de haber un par de toneladas de angustia pesando sobre tu corazón... Me pongo en tu lugar... Tu vieja, tu querida de toda la vida convertida de bóbilis, bóbilis en puros huesos y que a pesar de todo ¡tira *palante!*, ¡a holgar, que son dos días!, ¡y salga el sol por donde saliere! ¿Por qué no, vamos a ver? ¿No tenemos unas horas aquí vacías y sin nada que hacer desde que una la casca hasta el sepulcro? ¡Sí! ¿Pues entonces? ¿Por qué no echar una cañita más al aire? Y eso del sacrilegio... ¡Sí, es pistonudo! Resulta que no sabes lo que significa *sacrilegio*, pero te opones al revolcón invocando que es sacrílego... ¡No sé cómo no te dio una dentellada con todas sus mondas mandíbulas en la lengua y te la sacó de cuajo! ¡Sacrilegio! ¡Sacrilegio es no dar al condenado a muerte su último deseo! Imagínate a ese condenado a muerte que te pide, por ejemplo, las obras completas de Aristóteles: ¿habrías de negárselas? ¡No, señor! ¡Vas corriendo por ellas y se las traes abiertas ya para que no pierda tiempo en abrirlas! O imagínate que en ese trance alguien te pide tiempo para hacer un círculo cuadrado... ¡Pues, zas!, le das su tiempo para que te lo dibuje, que como es su último deseo, seguro que lo consigue dibujar... No, señor, no veo ninguna razón para no dar a un esqueleto lo que pida, invocando para ello oscuras razones de sacrilegio, antes de ir manso y tieso a un se-



pulcro oscuro y frío donde, cuando allí entre, pocos deseos más va a albergar en sus huesos, a no ser el deseo, difícil de cumplir, de salir de él. No la veo, por mucho que mire, no veo esa razón...

—¿Ya acabaste? ¿Ya acabaste tú, el más majadero de todos los majaderos? ¿Ya acabaste?

—Acabar contigo es imposible. Eres un filón inagotable... ¡Dios mío, no le cuadraba holgar con el esqueleto reciente de su parienta porque era un holgar sacrílego...!

—Pero vamos a ver, mendrugo, ¿no te digo que se trata de un sueño? Es totalmente posible, y aun probable, que dentro de un sueño el soñador piense, si se puede decir que se piensa en sueños, que hacer esto o lo otro puede ser sacrílego, y de hecho lo es, lo es dentro de ese sueño. Y también es probable, o a lo menos posible, que el soñador haga o no haga lo que piensa que es sacrílego, o lo que piensa que es piadoso, o ni lo uno ni lo otro. En fin...

—En fin, que a la postre despertamos, ¿no?, y encontramos al lado a la prójima que creíamos que la había palmado, y vimos que no, que no había palmado y seguía por la cama coleando, ¿no es eso?, y se desvanecieron en los aires de pronto las tres o cuatro toneladas de angustia que pesaban sobre tu corazón como si fueran cinco o seis, y nos alegramos un porrón de que todo siguiera igual que siempre, ¿no es así? ¡Si es que me conozco todos los sueños como si yo los hubiera parido!

—Sí, señor, eres el gran reventador de sueños... No te preocupes, no te contaré jamás ninguno más, ni te diré lo que hablábamos el esqueleto y yo, ni...

—¡Ah, hablabais!

—Yo hablo en sueños, y escucho. Pero no te voy a decir ni lo que escucho en sueños ni lo que en sueños hablo.

—De todas formas, me intriga un tanto saber... Veamos, cuando forcejeabais, ¿te tocaba con el cúbito y el radio?

—¡Vete al cuerno, Diario!

—¿Te asía con los dedos y sus metacarpos? ¿Juntaba a tu pecho su esternón? ¿Quería conquistar tu sexo con su sacro?

—¡Te digo que te vayas al diablo!

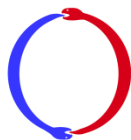
—Me interesaría saber: ¿es insinuante una sonrisa sin labios? Por otra parte, ¡qué erótico debe de ser el fémur! ¡Oh, cuánto! ¡Y qué libidinosos han de ser un peroné, una tibia y un tarso! Pero..., ¡qué me dices de las costillas o del omóplato izquierdo!

—¿Voy a decirte por tercera vez que te vayas al carajo?

—Sí..., ¡es que en un esqueleto hay tanto! Hay un pubis, un isquion, un húmero... ¡Hay todo un mundo enterrado!

—Yo sé bien a quién hay que enterrar, y no solo enterrar así como así, sino enterrarlo con todo el mundo encima.

—¡Pero también tiene sus bemoles —exclama el Diario— que me hables de sueños cuando quieres hablarme de tu Aurora y, para más inri



aún, de huesos y esqueletos, esqueletos y huesos de una aurora dudosa camino del sepulcro, como dices! ¡Tiene bemoles, querido mío, sus buenas docenas de bemoles el asunto! ¡En vez de contarme, o de describirme una aurora rozagante..., inyectada de alegría, o inyectada de iconoclasia...!

—¿Iconoclasia?

—¿No iba vestida tirando un tanto bastante grande a iconoclasia tu Aurora?

—Oh, Diario, ¿vas a escribir tú sobre el *Trío* que pensaba escuchar ahora? ¿Sabes? ¿No ves que hace un largo rato que tengo olvidado a Wolfgang?

Hace un largo rato, Wolfgang, que te tengo abandonado. Sí. Un largo rato que ha pasado, como todos, raudo, y en que tu voz parece como si hubiese vuelto al polvo. O más bien, como si yo hubiera echado en tu boca un candado... Me acuerdo de la Flauta, el candado en la boca de... Sí, entre los dedos me ha pasado raudo un rato, oh, como todos los ratos, tan veloces huyendo a grandes pasos como el viento alado que se desliza subrepticamente y en silencio, o como el sueño usa de sus armas para conquistar los ojos y el pensamiento... Pero para qué quejarme de lo inevitable. Mejor quito otra vez la tranca a la puerta de tus Tríos. Piano con violín y violonchelo. Mi. Mi mayor. Y voy a fijarme con mucha atención en el Andante...

—O inyectada de juventud —oigo que me dice el Diario—, regalando al aire su densa y larga cabellera, regalando a la luz la luz viva de sus ojos... ¡En vez de describirme su mirada me hablas de unos huesos que caminan al sepulcro por el sendero de tu sueño! ¡O en vez de que con tus palabras yo paladee el táctil brillo de sus labios...! En vez de ello, huesos descarnados. ¡Tiene bemoles!

—¿Vas a escribir tú, Diario, sobre el *Trío* de Wolfgang? ¿Vas a hablar de la violencia de los dioses del Olimpo? ¿De los racimos de nubes? ¿De las rocas escarpadas, de la mansión de las ninfas?

—Calla, hombre, calla... Porque podrías decirme: *Sí, la conocí realmente aquel día, pero no me fijé demasiado en ella porque...*, lo que sea. O podrías decirme: *Sí, la primera vez que la vi quedó grabada su imagen para siempre en mi alma de forma imborrable, porque...*, lo que fuera. Por otra parte, ¡claro! si era imborrable la imagen habría de durar para siempre. Pero, en fin, no te...

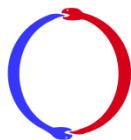
—¿Y si te dijera, Diario, que el primer día que la vi derramó sobre mi piel el perfume de su piel?

—¿Y así fue?

—¿Crees acaso que habría de recordarlo?

—Esas cosas se recuerdan.

—No podría recordar yo tantos perfumes... Quiero decir, el perfume de tantos días... Porque, como sabes, los días, todos los días, tienen su perfume. Hay días jazmín, hay días nenúfar, hay días lila, hay días mimosa, y



también hay noches con su perfume, con perfume oscuro, con perfume de hastío, con perfume de albahaca...

—Entonces, cuál era el perfume de su piel.

—Oh, Diario... Mira, voy a decirte una cosa, pero no para que quede escrita por ahí en una página tuya, sino que nada más que te la diga, la borras, y santas pascuas. ¿De acuerdo? Bien, pues, entonces..., entonces, aún entonces la lima del tiempo no había raspado la piel de mi alma y estaba esta todavía sin desbatar...

—Oye..., no es por nada, pero ¿no estás plagiando a alguien? No plagiarás a nadie, ¿no? Porque es que me da en el hocico haber oído ya como el olorcillo de ese pote...

—¿Plagiar? ¿Plagiar dices, Diario?

—Plagiar he dicho, en efecto.

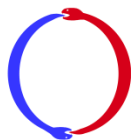
—No, no plagio. ¡Plagiar...! Bueno, cambiando de tema, o volviendo más bien al tema que interesa: ¿vas a escribirme tú unas notas en tus páginas sobre el *Trío* de Wolfgang que estaba dispuesto a escuchar y analizar? Porque si esto es así, no tengo inconveniente en perder contigo un poco de mi tiempo, aunque sea lo más desgraciado que pueda perder...

—No, del trío ni pío. Pero de Aurora, ahora. Ya. Ahora mismo.

—¿Pero vas a escribir tú sobre Aurora? ¿Tú, tú que no la conoces?

—Digo que estoy dispuesto a recibir en mis páginas las confesiones sobre ella que quieras echarme encima. No tengo inconveniente en esperar, no tengo tampoco inconveniente en que tu vacilante pluma eche encima de mí no sé cuántos borrones de tinta. Digo que estoy dispuesto a este tipo de cosas, a este tipo de confesiones, a borrones o a borradores de confesiones. ¿Que me dices que tu Aurora al levantarse rasgó con sus rayos el velo de la sombra gélida y húmeda que se cernía bajo tus ojos...? Pues bien, lo creería. Por cierto, ¿no te da tufillo a plagio de vete a saber de quién si se dijera esto? Esto de la aurora... En fin, que te lo creería si me lo dijeras, por qué no habría de creerlo, siendo cierto, como lo es, que todas las auroras, con su llegada no paran de soplar por sus fosas nasales luz hasta que consiguen hacer huir a las estrellas. ¿Por qué no habría de creerlo? ¡Así soy de ingenuo!

Ante esta no sospechada declaración de ingenuidad por parte del Diario, la Pluma que, como ha podido observarse, ha estado tanto largo rato callando como la Tinta, no parece estar demasiado de acuerdo, pero en vez de tomar la palabra para contradecirle, como podría esperarse que hubiera de hacer, suspira y sigue haciendo algún gesto al parecer de hastío, y deja que las anteriores palabras del Diario, y otras posteriores, suban al éter sin réplica, si es que se nos otorga el don de blasfemar de esta forma contra las leyes físicas, y merodeen por la estancia sin objeción como rémora pegada a su costado, pero en cambio la Tinta, que como es fácil de ver ha callado también tanto como la Pluma, sí que es capaz, a pesar de dar claras muestras de no estar nada convencida de que sirvan para algo sus palabras, de hablarle al Diario en estos o muy semejantes términos:



—No sé por qué, amigo Diario, abres un ojo momentáneamente a la vida, y osas articular alguno que otro ladrido digno de mejor causa. No lo sé, porque creo haber pensado siempre que es mejor vivir sempiternamente una vida de muerto que alentar un soplo insignificante de ilusión vana, llamada a veces entre los mortales sueño...

Y tal vez siguiera hablando algún tanto más en estos o muy semejantes términos. Y el pobre Diario, que no esperaba de ninguna manera estos o los muy semejantes términos citados, debió de quedar obnubilado y perdió el paso, saliéndose incluso del camino, pues se le pudo oír que contestaba:

—No tengo historia —y ha de reconocer el cronista, al que le gustaría estar ahora escuchando un *Trío* de Wolfgang, que a su vez quedó un tanto obnubilado con esta que él consideraba salida de pata de banco..., por cierto, esto de la pata del banco..., bien, puede decir el cronista que esto de la historia que de forma súbita, no esperada, dijo el Diario le sorprendió tanto que le prestó oídos atentos a lo que iba a seguir, para ver si hubiera en la continuación algo lógico, y oyó que el Diario continuaba con estos mismos términos, a la letra, aunque con fuerte tinte meditativo—: ¡Con lo rica que es la historia de un Ramsés, que en paz descansa, bien digo de un Ramsés, por ejemplo, o la historia de cualquiera de los que están en los libros de la Historia, yo en cambio, sin historia! Así es, ando sin historia, duermo sin historia, me alimento sin historia..., a no ser que se quiera llamar historia al haber estado vegetando bajo la Luna no sé ya cuántos círculos que el Sol haya dado en torno..., ¿o es al revés?

—¡Sea lo que fuere y sea lo que decir quisieres, es al revés! —exclama rápida mi un tanto abúllica Pluma, a la que parecen las palabras del Diario haberla sacado de sus casillas, pues añade—: ¡Buenos galimatías te gusta endilgarnos! ¿Qué te hemos hecho para así flagelarnos con el látigo tan amargo de tu lengua?

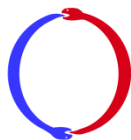
—Es que no me dejas acabar el pensamiento —intenta excusarse el Diario.

—¡Ah, resulta que era un pensamiento! ¿Decir tú que eres un cuaderno sin historia es un pensamiento?

—No sé si será pensamiento o no, pero siento estar sin historia. Y, curiosamente, en mis páginas podrían grabarse cosas que fueran históricas, tan históricas como las que están grabadas en un obelisco... Digo en cuanto posibilidad, naturalmente... O, aunque sea otra cosa, si no tan históricas como los cuervos y serpientes de ese imaginario obelisco, al menos tan históricas como..., como yo qué sé..., pero históricas... Y, sin embargo, nada, de histórico nada, no llego a histórico, no llego a la Historia, no tengo historia...

—Ya te he dicho, amigo Diario —dice en este momento piadosa la Tinta—, que es mejor vivir muerto que morir vivo. ¿No?

—Pero otro gallo cantaría si...



—Pues que cante otro gallo, coimes...

—Por otra parte, no hay que estar muy seguro de que sea mejor una página de historia que una página..., por cierto, ¿cómo se llama una página sin historia?

—Digo que cantaría otro gallo —responde el Diario—, y un gallo bien crestado y mejor espolonado, si este..., digo que si de forma arrebatada, como hay que escribir, como un torrente, como un río caudaloso, vertiginoso, espumoso, y con la energía que ha de tener un río que estremece, entusiasma y enamora cuando se desploma ruidoso, escribiera este en mis páginas de la Aurora, la de brazos dorados, dorados cabellos y ágiles caballos, que despierta pronto y le gusta correr por encima de los caliginosos valles y saciar su sed con el rocío de la copa de los árboles o lamer con su glotona lengua de luz la escarcha que aplasta las hierbas; de la Aurora, la que disfruta barriendo las sombras y corre soplando resplandor en el rostro a la oscuridad...

—¡Me parece que perdiste el norte, Diario...! ¡Por favor, una brújula!

—¡Otro gallo cantaría! ¡Si en vez de pamplinas..., de una vez...! Si en vez de pamplinas y de una vez por todas cogiera por los cuernos a este toro de la Aurora! ¡Cómo cantaría, viven los cielos! Sí, señor, como un torrente, como un arrebatado torrente, como un torrente excesivo, que es como hay que escribir, dejarse de pamplinas, de niñerías y de *sinsustanciadas*, como un torrente de excesiva corriente que arrastra consigo su alma y la bandea y la vuelve y la revuelve, con generosidad, como es un torrente, así es como hay que escribir... ¡Otro gallo cantaría!

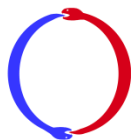
—¡Pues que cante otro gallo, coimes!

—¡Una brújula! ¡Se necesita brújula! Porque esto hace agua...

—Y entonces pasaría a la historia, daría un paso y entraría en la historia, y sería un diario con historia, sí, si asomasen a mis páginas los brazos dorados y los dorados cabellos de una Aurora montada en el carro arrasado por ágiles caballos para barrer las calígines y las sombras húmedas de los valles y las fuentes... ¡Pasaría a la historia!

—No está del todo claro que sea mejor estar en la Historia que fuera de ella. Llenas están las páginas de la Historia de historiquísimos príncipes, reyes, emperadores y otros purpurados varios a los que acompañaron en sus días ingentes masas de gloria, pero que jamás pudieron cerrar un ojo en cada una de las noches que más gloria tenían y, por supuesto, que jamás pudieron dejar suelta la pierna en su lecho, incluso cuando más resplandecía la pedrería de la corona con que remataban su cabeza y cuando más intensa era la púrpura que les ceñía y, en cambio otros, a quienes desdeñó esa madrastra llamada Historia, no solo durmieron muchas noches con ambas piernas sueltas, aunque fuera en un lecho de pajas, sino que, incluso así...

—Bueno, ¿tendré que repetir por tercera vez que es mejor respirar gélidas e insensibles sombras que estar rociado ilusoriamente por las brisas o bañado de forma fingida por la luz de los días?



—Una duda, ¿cómo pueden ser gélidas e insensibles al mismo tiempo unas sombras? No parece que...

—¡Pues no! ¡Opino que no! ¡Yo opino que es mejor dar un paso y llegar al menos al primer escalón de la escalera de la Historia, que vegetar!

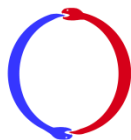
—O sea, que prefieres la púrpura a la propia piel, a la piel desnuda...

—No entiendo.

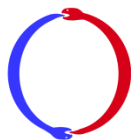
—Es que no entendéis... Vosotras no entendéis. No sabéis... Esta historia de Aurora... Bueno, la verdad es que, objetivamente hablando, tampoco sea Historia la historia de Aurora... Historia, Historia, no es, desde un punto de vista objetivo... Pero...

—¡Pero, hombre! ¿No ves que este hombre no quiere hablar de esa historia, si es que esa fuera una historia...?

—Pero es que os perdéis... Veamos, voy a contaros yo... —y el Diario comenzó a contar un cuento que había soñado no se sabe dónde ni cuándo ni cómo ni por qué en el cual se narraba el encuentro de un hombre y una mujer, y a partir del cual en el hombre murió el hombre de ayer, o en el hombre le murió el ayer, o sencillamente murió el hombre del año pasado—. ¿Sabéis? Estaba con ella, ya se habían encontrado, ya se habían hablado unas primeras palabras. ¿Qué se habían dicho? No lo sabemos, pero, uno a otra y otra a uno, ya se habían dedicado algunas de las palabras de su almacén. Estaba con ella cuando sonaban aquellas canciones que ella escuchaba, aquellas canciones que él no había nunca oído, porque él aún, en aquel momento, todavía tenía la piel del pasado puesta, pero ella y aquellas canciones que no había nunca oído él, lograron al parecer ir quitándole a tirones, a tirones dulces, suaves, a tirones fragantes, quitándole la piel del pasado, y lograban ir despojándole de la epidermis del ayer e ir poniendo en su lugar la corteza del futuro. ¿Sabéis? Estaba con ella, ¿diré inquieto?, ¿diré a la expectativa?, con ella, que era una ventana sin cristal, tal vez, abierta al aire del futuro no previsto, porque él tenía puesta y arrastraba aún una remota piel, pasada, podrida, pero que estaba quizás aún demasiado pegada a sus huesos, y de ella y de las canciones, de las que no entendía casi nada del posible poema que se cantaba, surgía también un aroma sutil de albahaca indecible, suave fragancia teñida de dolor que él aspiraba y que poco a poco le embriagaba sumiéndole en un áspero mar de abandono o tristeza o melancolía enfermiza, o amor, tal vez, ¿diré amor?, ¿diré que aquellas canciones que él no entendía porque no sabía inglés llenaban de amor sus pulmones?, ¿amor hacia qué o hacia quién?, Oh, era tan lento el proceso, tal vez, tan lento, tan insinuante, tan agazapado, tan silencioso, ¿silencioso?, ¿silencioso o gritaba? No lo sabemos. No sabemos si el proceso es lento. No, parece rápido. Sí, es rápido, tan rápido como rápido cae al suelo la piel podrida y sale la nueva en su lugar, con la que poder fácilmente reptar, reptar hacia ella con piel nueva, con piel de brillo nuevo, como el brillo de unos poemas que no entiende, poemas recitados con una inefable, todavía, música que inunda la estancia de albahaca, a veces de lilas, después, de otra oscura fragancia. Sí, todavía es inefable esa música para él. Acostumbrado a otra música, esta es inefable. ¿Diremos sencilla?,



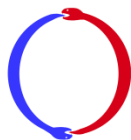
¿diremos fácil? Sí, pero inefable. Pero si es inefable no podemos decir nada de ella. Nada más que esa música nunca oída por él iba reptando en el aire y se infiltraba en su pecho y allí bebía de su corazón. Inefable. Melancolía enfermiza. Atmósfera de dolor, pero no. Hay, parece que hay también salidas, no todo es un callejón sin salida, aunque él, que no sabía inglés, apenas entendía un verso, *Now, so long Marianne, it's time that we began to laugh and cry and cry and laugh about it all again*. Tenía que poner mucha atención. Así tal vez entendiera algo más, *Like a bird on the wire, like a drunk in a midnight choir I have tried in my way to be free*. Y esforzaba su oído, esforzaba su memoria, y lamentaba no haber en el pasado aprovechado bien las clases de inglés. Pero tampoco tenía muchas fuerzas para lamentos, porque el lamento de la música le enamoraba, ¿le enamoraba tal vez de ella?, pues descubría al mismo tiempo una música y una mujer que a tirones suaves y dulces le quitaban de encima una piel vieja y le ponían encima una nueva piel, brillante, perfumada piel que ocupaba el sitio del pasado podrido lleno de vacío y sin peso cubriendo de dulzura sus huesos. Y no importaba demasiado no entender lo que dijera el posible poeta que recitaba cantando o que cantaba recitando melodías a aquella Mariana, a la que dice que es tiempo de empezar a reír y llorar una vez más de todo esto, o que cantaba o recitaba aquellas historias callejeras, donde ríen voces españolas... Oscura, le parecía oscura aquella canción, *we are so small between the stars*, pasemos rápidamente a otra, la siguiente, ¿cuál es?, *Teachers*. Mucho, le gustaba musicalmente mucho *Teachers*, después de haberla escuchado también mucho. Qué decía. Ya lo pensaría. Ya lo descubriría. Pero le gustaban más otras. Le parecía que otras canciones se acomodaban mejor a ella, como *Lady Midnight*, otro ritmo para medianoche y para ella, a la que dice Dama despiégame, pero ella me despreció, dijo que yo estaba muerto, y le grité Oh, Dama Medianoche, las estrellas tomarán tu cuerpo y el viento te hará fría, oh, sí, cómo lamentaba no haber aprovechado mejor el inglés cuando fue tiempo, ahora entendería mejor a Medianoche, la Dama que temo que envejezcas y que las estrellas conquisten tu cuerpo y te conviertan en gélida bruma los vientos y, aunque lloráramos ahora, dice ella, nadie nos haría caso, y a la mañana temprana y dulce siguiente marché y oí cómo gritaba Me conquistaste, *you've won me, my lord*. Pero pasemos a otra, *Last year's man*, sí, él mismo, yo, el hombre del año pasado, la lluvia cae sobre el hombre del año pasado, la lluvia de sus ojos, o sus ojos, ¿digamos que eran verdes?, ¡digámoslo!, verdes, tus ojos verdes, lluvia sobre mí, lluvia de tus ojos, aunque los que ahora producen lluvia son los míos, lluvia verde de tus ojos cristalinos, *the rain falls down on last year's man*, verdes gotas de cristal, dardos de luz, oh, tus ojos verdes, luz verde que me deslumbra para ver y olvidar todo lo anterior y decir adiós al hombre del año pasado. Y cuando caímos juntos toda nuestra carne era como un velo que tuve que apartar para ver a la serpiente morderse la cola. Volvamos a *Suzanne*. Tiene tu perfil. Alada, me unge, como tu perfume que arde dejando un rastro de ceniza pálida, escribiendo en el aire con tinta gris versos embriagadores, como la espuma, alada *Suzanne*,



la primera, la primera de todas tal vez, con la que quieres viajar a ciegas, la que confía en ti porque has tocado su cuerpo perfecto con tu mente, con tu pensamiento. Si hubiera estudiado entonces inglés tal vez ahora sabría qué sería de esta, por qué te lleva a su casa junto al río, te ofrece naranjas lejanas y oyes pasar junto a ella la noche y las barcas que cruzan el río, podría saber cómo *Suzanne* coge mi mano ahora, cuando el sol se derrama como miel sobre nuestra señora del puerto, cómo me enseña a mirar los héroes que hay entre algas, flores y basuras, a mirar los niños que tienden hacia el amor y que seguirán así mientras ella sostenga el espejo, y sabría que puedo confiar en ella porque ella ha tocado mi cuerpo con su mente. Pero tampoco debe de tener mucha importancia. Debe de ser solo aire que suena. El aire que suena también en *Hey, that's no way to say goodbye*, que es, como la otra, como otras, unción dada con sus labios, con tus cabellos, oh, abundantes, largos, negros cabellos, nigérrimos cabellos que me ungen con su vista, y como la del poema, o de la canción, sobre la almohada como una soñolienta tormenta negra, permitidme la licencia de traducir *golden storm* por *tormenta negra*, que es como son las tormentas, negras y preñadas de negrura y preñada esta de hermosura, negras aunque de su seno salgan dorados los rayos, tormenta negra es la nigérrima cabellera de ella llena de unción y de bálsamo y de ungüento y de óleo oloroso, te amé en la mañana y nuestros besos profundos y cálidos reposan en la almohada junto a tu nigérrima cabellera abundantísima, allí reposan, no, allí revolotean, arden los cálidos besos como incienso sin ceniza y se desploman hacia el fondo los profundos besos que dejó tras sí la mañana. Ya sabemos, para qué recordarlo, que muchos antes que nosotros se amaron y que lo nuestro no es nada nuevo, y se rieron y cantaron y lloraron y bebieron y durmieron y soñaron antes que nosotros, es cierto, en ciudades, en bosques, en desiertos, en los cielos. *But now it's come to distances, and both of us must try*. Aquí está la tristeza. En esos ojos dulces cuando están tristes, por lo que no es la manera de decir adiós. No aquí, ahora no hay adiós. Ahora, aquí son los besos profundos y cálidos, la cabeza apoyada o sembrada en la almohada en donde nacen tormentas negras de ensueño. No hay que hablar de amor ni de cadenas ni de cosas que no podemos desatar. Reposar la cabeza, clavar la cabeza en la almohada, llenar en profundidad de besos cálidos las bocas, para qué hablar, yo no estoy buscando a otra, tú sabes que mi amor va contigo, dejemos las cadenas...

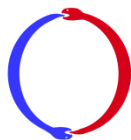
—Sí, dejemos las cadenas —les digo—, dejemos esa retahíla falta de lógica y falta de cualquier sentido... Ya te dije, Diario, que no quería perder el tiempo contigo sabiendo, como sé, que no vas escribir tú de ese *Trío* de Wolfgang en el que estoy pensando. En vez de ello, te pierdes en un bosque enmarañado de maleza... Dejemos eso de las cadenas, dejemos eso del amor, dejemos eso que no podemos desatar...

—*Suzanne*, amigas mías —dice el Diario a unas atentas Pluma y Tinta—, *Suzanne* fue la primera canción que escuchó tal vez. Y al escucharla miraba y no sé si veía, y tampoco sé si oía la canción o si veía a la Aurora, la diosa, aunque tal vez para él aún no fuera excesivamente diosa,



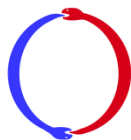
a la diosa digo que, como sabéis, cuando abre sus ojos hace huir a los racimos de nubes que ha ido la noche amontonando sobre o bajo la bóveda del firmamento, y sigo diciendo que no sé si la veía aunque la miraba con cierta atención mientras iba *Suzanne* diluyendo en el aire de la estancia sus versos, porque atendía también a la música esta que no había él oído nunca y que por venir de donde venía, de ella, dejaba una huella profunda en su oído con cada compás, con cada verso, con cada palabra que pisaba en su alma con extraña pisada, con suave pero extraño talón, oh, se hundía cada compás en su alma, se hundían al mismo tiempo las palabras de ella, se hundían en su alma los ojos de ella, que entraban arrastrando desde fuera con la mirada de luz, e inspeccionaba en los rincones de él, y aunque él tal vez no la veía, la miraba, la escuchaba, la olía, y aunque tal vez él no la veía, la deseaba. Mientras, *Suzanne*, ya sabéis, esa que está medio loca pero que precisamente por ello es por lo que le gustaba al autor del poema estar allí con ella, al parecer, ofrecía naranjas que llegaban de la lejana China, no admitía que no tuvieras amor para darle y acallaba tu boca dejando que el río respondiese. Pero quien también respondía además del río era la Aurora, ya sabéis, la diosa que aleja, que diluye, que aniquila con su sola presencia la húmeda sombra con que la noche oprime al cielo, porque trayendo en sus manos la lámpara de Febo da luz sobre las tierras y ilumina las brisas; pues bien, la Aurora trae a nuestro hombre un nuevo día para respirar, y su luz envolvente vuela sobre él, y él bebe del veneno de sus labios, y ella le enseña a ver y le enseña dónde mirar para encontrar héroes entre las ovas, o entre las flores, o entre las basuras, le enseña a mirar y a ver, y él quiere viajar con ella, aunque sea a ciegas, y sabe que puede confiar en ella porque ella ha tocado tu cuerpo con su pensamiento. *Suzanne*, amigas mías, fue la primera canción con que hilaron las Parcas el destino de él, la primera canción que destiló el dulce veneno, la que encendió el fuego que le quemó hasta los huesos, *Suzanne*, y detrás de ella unas cuantas canciones más o poemas entonados que, unos mejor y otros no tanto, iban moldeando su alma, depositándose en el oído, en los ojos, y no le dejaban dormir porque en su corazón seguía resonando el eco de la música y el rastro de los ojos de ella, y en la oscuridad de las noches bañaba el perfume de ella su estancia y seguían flotando sobre su rostro los negros y abundantes cabellos de ella, y toda ella era aldabonazos dados a la puerta de su corazón, y él no deseaba sino que llegara pronto la mañana, porque esta, la mañana, era la Aurora, la de dorados brazos y dedos dorados, la de sonrisa purpúrea con que bañaba la noche de él, y él no ansiaba sino abrazar el soplo de luz de ella, y en vano se revolvía, habiendo ya abandonado las riendas de su voluntad en las manos de la diosa.

—Sí, dejemos las riendas —les digo—, dejemos abandonadas las riendas en cualquier rincón, las riendas de tu fantasía, Diario, tirémoslas al suelo, ¡detén tus corceles, Diario!, dales descanso, deja que se evapore el sudor de sus lomos y espaldas mientras pacen pacíficamente sobre la pradera, impide que compitan en carrera veloz con el veloz viento, déjales pacer la paz de la hierba ganada a pulso cuando los fustigas obligándoles



a tirar tanto y tanto del carro de tu volátil, tornátil, vaporosa fantasmagoría... Ya te dije, Diario, que he perdido el tiempo que había destinado dar a Wolfgang, ya te dije que no parecía razonable esperar de ti que hablaras por mí del *Trío* de Wolfgang, del trío... En vez de ello, ya veo que huelgas de revolver malezas que ha enmarañado la frágil memoria, con lo que tal vez hagas aflorar fangos a la superficie tersa de las aguas del río pasado...

—¿Ya os dije, amigas mías —me interrumpe el Diario, dirigiéndose a unas atentas Pluma y Tinta que, muy interesadas al parecer en las palabras de él, fijan toda su atención en sus ojos, es decir en las páginas blancas del cuaderno—, ya os dije que escuchaba las canciones pero que casi no entendía los poemas? ¡Tan azorado estaba! Aunque, a decir verdad, tampoco le molestaba demasiado ignorar los callejones poéticos del poeta cantor, pues se fijaba más en la armonía y en la melodía musicales, y dejaba la poesía para ella, la Aurora, ella a quien te amé en la mañana y nuestros besos profundos y cálidos flotaban alrededor de la almohada donde tu cabeza reposaba produciendo el sueño de una tormenta negra, y ya sabéis, habéis de permitirme la licencia de traducir *golden storm* por *tormenta negra*, ya sabéis cómo han de ser las tormentas, tormenta negra de ojos verdes, amables, grandes, abiertos, abiertos como los ojos verdes de las diosas atormentadoras. ¿Ya os lo había dicho, amigas? ¡Es tanto lo que me gustaría decir de golpe! No, no le importaba demasiado no entender todos los matices del poeta que cantaba canciones no oídas antes por él, y se conformaba con apresar, aunque no del todo seguro, algunos versos, *your eyes are soft with sorrow*, aquellos ojos verdes, tristes y dulces, brillantes y suaves, tan suaves como las tormentas de una diosa amorosa, tan tristes como la negrura con que alientan las diosas las tormentas, oh, no, dejemos los matices, esa hojarasca acartonada subproducto de la palabra, amontonemos la hojarasca y peguémosle fuego, que arda pronto, que crepite y devenga humo, humo, sí, las palabras con todo su vientre preñado y a punto de parir son sin embargo nada más que humo, humo ansioso de éter, fugaz humo cobarde e inconsistente que se abraza pronto con las piernas del aire y sucumbe sin apenas respirar en los brazos de la nada... No, no le importaba demasiado no entender solo unos versos incompletos del poeta, dama viajera, quédate un rato más hasta que la noche acabe..., el pelo cuando dormía lo tejía en un telar de humo, de oro, de aliento..., ¡anda, resulta que este poeta también habla del humo y del aliento, y del oro y de tejer el pelo mientras duerme...! Pero a pesar de ello, no dejaba de lamentar no haber aprovechado mejor las clases de inglés cuando fue tiempo. Hubiera, así, entendido mejor *Teachers*. Pero cuando sonaba *Teachers* no nos interesaba demasiado saber quién protagoniza el poema, quién sea la mujer de pelo tan negro como pueda ser el negro, ni si es una profesora del corazón que dulcemente responde no, ni nos interesa saber de esa chica del otro lado del mar que tiene un pelo tan dorado como el mismo oro, y que tal vez sea también una profesora del corazón, sí, profesora, pero no para ti, ni nos interesan otros que pululan por el poema, porque nuestro interés está en la profesora que enseña al hombre del año pasado a despojarse de una piel



vieja para convertirse en serpiente de nueva prudencia. No, no hay prudencia. ¡No hay prudencia! Las lecciones de la profesora de cabellos abundantes y largos, y de ojos verdes, Aurora, esta Aurora que, abandonando el lecho de Titono, comenzaba a bañar los ojos de él con luz nueva quitándole de paso telarañas, Aurora, que, arrancándole de la boca su aliento venenoso estancado allí durante demasiados años, le quitaba de encima el velo de la sombra de la noche, como hacen todas las auroras, estas lecciones, digo, echaba la profesora sobre él, como si fuera el soplo anhelante de los propios caballos luminosos... Ya sabéis, amigas mías, lo anhelantes y luminosos que son los corceles de una aurora...

—Oye, Diario, espera un poco y no te vayas tanto por las ramas... —dice la Pluma—. Me estás atolondrando un tanto con tanta Aurora y con tanta luz como trae y, realmente, si he de decir la verdad, estoy deslumbrada... Veamos, cuando te refieres a esta Aurora...

—Sí, la Aurora, la que, en un momento dado, cuando agoniza la noche, deja el lecho purpúreo de Titono y comienza a preparar el baño para que las tierras, los valles y las brisas puedan despabilarse, sí, la Aurora, esa diosa que, muerta la noche, abandona el lecho del Océano donde dormía...

—¡Espera, espera, Diario, por Dios...!

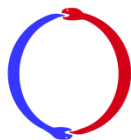
—Y fue ella también quien preparó el baño, el baño de luz, naturalmente, con que despabiló los ojos de este hombre..., de este hombre que ahora duerme, ¿veis?, ¿veis cómo duerme? Parece mentira, pero así es. Duerme, ahora duerme... Después que ella le despertara, después que ella le despertara el olfato, el oído, el tacto, y le hiciera ir con la velocidad del viento a las estrellas, duerme, ahora duerme...

—Oh, no seas cruel. ¿No sabes lo que es estar fatigado? ¿No sabes que el paladar necesita una buena cucharada de la miel del sueño al día?

—Sí, después que le enseñó ella a navegar... Se alió la Aurora con el Austro para que este impulsara con suave murmullo las velas de su nave... Y navegó... Sí, navegó, infladas por el Austro y por la Aurora sus velas. Y la Aurora concertó con el Euro también, y también con el Céfiro y con el Noto y con el Bóreas, una alianza para que cada uno según su naturaleza fuese capaz de henchir de murmullos y lamentos y gritos el lino de las velas de su nave para que esta pudiera herir con su panza de bronce las olas del Océano y surcar la espumosa e infértil llanura de sus aguas y arribar...

—Espera, espera, por Dios... ¡Espera, Diario! ¡Dónde iremos a arribar, Dios mío!

—¡Oh, y él duerme...! ¡Fijaos, amigas! Fijaos..., la Aurora, ya sabéis, ¡jella!, una vez que la noche se convierte en cadáver, se levanta, deja de velarle, lanza arriba unos tibios rayos de luz, ante los cuales las estrellas tiemblan y en su corazón entra el temor como un caballo desbocado, y algunas, las más prudentes, dan la espalda y comienzan la fuga sin mirar atrás, y otras, estrellas aguerridas y que no hacen caso de niñerías de diosas recientemente despiertas, mantienen vivas las llamas de su hoguera y cruzan durante un rato largo sus espadas de luz con los venablos luminosos



que la Aurora les lanza desde la raya del horizonte, allá, allá lejos, desde aquella lejana raya líquida de un horizonte expulsada del útero del Océano...

—¡Y qué! ¡Y qué pasó con la Aurora!

—Pues pasó que envolvió con sus brazos rosados y con sus dorados dedos a este durmiente... Y le dio de sus pechos azafranados en los labios luz, y le encendió en los huesos el fuego del amor... ¡Ah, pero parece que despierta el durmiente!

—¡Deja ya, Diario, de envenenar —le digo— el aire de mi estancia, deja de emponzoñar la laguna de mi memoria..., ¡tendrías que estar callado, callado y dispuesto como cualquier papel para poder escribirse en él! ¿Cómo voy a escribir encima de ti si estás charla que te charla sin parar y desbocado? Porque hablas y hablas tanto y tanto y sin decir nada que me impides concentrarme en el *Trío* de Wolfgang, en el *Andante* del *Trío en Mi mayor*, en el que estaba tan interesado. ¿Sabes? Es una maravilla cómo Wolfgang ingenió la pieza. No es que sean palabras mayores dentro de su obra completa, ¡no por Dios!, pero es de todas formas hijo de su ingenio y, como tal, evidentemente brilla...

—¿Como la Aurora?

—¡Qué!

—Que si ese *Andante*, que si todo tu Wolfgang brilla como la Aurora...

—¿Estás haciéndome una pregunta?

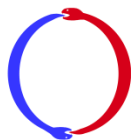
—¿Qué es, que no te puse los signos de interrogación?

—Te digo que ese *Andante* de marras brilla con luz propia en su firmamento...

—Pero, ¿no brillaba también *One of Us cannot be wrong*?

—¿Perdiste el juicio, Diario?

—No lo he perdido porque nunca lo he tenido, y a mucha honra, porque no hay cosa más deshonrosa que un cuaderno juicioso..., el juicio no ha de estar en los papeles ni en los cuadernos, sino... ¡Bueno! Lo que te digo es si ya no..., lo que te pregunto es si ya no te acuerdas de *One of Us cannot be wrong*..., recuerda, aquella canción..., estabas con ella..., estaba ella encima de tu pecho, ¡oh, ella!, cómo olía a mixturas lejanas, cuero, madera, fragancias lejanas de los lejanísimos orientes, tal vez flores inaccesibles, cueros de animales remotos, maderas de altísimos árboles que conquistaban los cielos orientales, cómo olía ¡dios mío! a no se sabía qué, y sonaba *I lit a thin green candle to make you jealous of me* envuelto en la voz insinuante y en la insidiosa guitarra de un maldito poeta que casi no entendías porque tenía la execrable manía de cantar en su lengua, tan distinta de la leche que mamaste, pero la música del maldito poeta resulta que te gustaba malditamente demasiado, y eso que no la habías escuchado mucho, o nunca, porque cada vez que volvías a escucharla resulta que te gustaba malditamente más que la vez anterior, mira, escúchala otra vez ahora, unos escasos compases de oscura guitarra antes de que empiece a decir *I lit a thin green candle to make you jealous of me, but the room just filled*



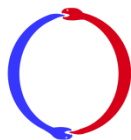
up with mosquitoes they heard that my body was free, y sigue la oscura guitarra y sigue la insinuante voz del poeta desgranando otras estrofas que ya dejas, que dejas de preocuparte por lo que dicen, porque te es difícil entrar en esa poesía extraña, pero te quedas prendido, colgado en las alas de la poesía de la música que acompaña y resulta que sientes que es mucho mejor la poesía musical que la poesía poética, porque esa poesía musical te entra inmediatamente, igual que la fragancia omnipresente de ella, que entra y corre por todas tus vías interiores, vuela por todas tus venas depositando en cada gota de tu sangre por donde pasa un infinito número de átomos..., un infinito número de átomos de amor.

—Déjame decirte cómo Wolfgang construye su *Andante*...

—Sí, corría a la par la canción y el aroma de su presencia gravitado sobre tu pecho, todo el aroma de tierras lejanas, de maderas, de aceites, de flores exóticas solo vistas en libros, todo el aroma de su cuerpo envolviendo tu pecho y estribando en tus labios, y el vals de la canción rodeaba, constreñía tu imaginación, por qué no podemos estar equivocados uno de nosotros, por qué, no pudiera ser tal vez que ambos estuviéramos equivocados, pero la alejabas, alejabas tu imaginación del poema y dejabas que te zarandease el vals de la guitarra, la guitarra oscura, aromática, la guitarra de donde salían humeantes mixturas musicales que ascendían, que te conquistaban, y la madera de aquella guitarra amante del vals, del pseudo vals, porque es un vals triste, ¿es triste?, la madera de aquella guitarra exhalaba con su sonoridad el mismo aroma de maderas que exhalaban sus labios, porque las auroras exhalan aromas, salen de sus labios luminosos aromas lejanos, tan lejanos que vienen del oriente, donde nacen las auroras, y esos labios preñados de luz sonrosada musitaban a la par que la canción encima de tus labios la única música que exhala una aurora, la música que evapora el rocío y aniquila sombras y mata y entierra a la noche.

—Me temo, querido Diario —le digo—, que sea baldío tu esfuerzo, y creo que en vano podrías sudar hablando y hablando cuanto pudieras desempolvando ese papel de la memoria enterrado entre arcilla y olvido, ese papel insignificante y sin valor y que por ello a nadie interesa, que nadie entiende, que nadie quiere... Oh, Diario, es un papel, como ves, cubierto de polvo..., porque el pasado no es más que polvo, barro, lodo líquido que se esfumó, que corrió por el cauce rauda de los días al mar inmenso del inmenso océano del olvido...

—No es cierto, no es cierto... Aún sigue sonando dentro de tu memoria *Love calls you by your name*. Escucha. Escúchala. Aún sigue sonando en tu oído cómo el amor te llama por tu nombre una y otra vez. Te gustó mucho su armonía desde la primera vez que la oíste, su melodía, la voz grave, litúrgica, sagrada, la profunda voz del poeta que te cantaba en aquella habitación pequeña en el centro geométrico, en el corazón de Europa, que el amor te llamaba por tu nombre una y otra vez, pensabas que esto nunca les pasaría a todas las personas que llegaste a ser, pero aquí, justamente aquí, en esta habitación, entre la oscuridad, entre la hora y la eternidad, entre la luz de la luna y el callejón, una y otra vez el amor te



llamaba por tu nombre, en aquella habitación anónima de una ciudad de Europa, el Amor. Aún en tus oídos sigue sonando aquella sagrada, aquella voz cargada de liturgia oficiando la Vieja Ceremonia para tu nueva piel. Te encantó desde el primer momento la melodía doliente, la oscura armonía apagada y aquellas palabras arrancadas con esfuerzo por ti a la voz sagrada que te decía cómo por tu propio nombre te llamaba una y otra vez el amor allí en aquella también oscura habitación del corazón de Europa a través de los labios de tu Aurora. Y tú así lo entendiste y te dejaste vencer, o sin dejarte vencer, fuiste vencido sin haber casi pelea, pues entendiste bien que te las habías con una diosa de ojos brillantes, con una diosa que disfrutaba tirando flechas, con una diosa de abundante cabellera, con una diosa toda ella compuesta de estrellas, y sentiste cómo es dulce la derrota, apacible y blanda la capitulación con una diosa, y arrojaste al suelo todas tus armas y te quedaron solo las manos vacías para recibir de ella la herida que te dio con sus niveos brazos, solo los labios para recibir en ellos la herida que te causó con sus labios, y la herida de la diosa hizo que huyera de tus miembros la vida y se apoderase de tus ojos la oscuridad. Dime, ¿no cubrió con su manto amoroso y oscuro la diosa tus ojos mientras hería tus labios con los dardos agudos y dulces que su boca lanzaba? ¿No te envolvieron sombras horriblemente agradables cuando sus ojos, clavados en ti, te pacían y bebían la negra sangre que brotaba de tu grave herida? Yo creo que así fue, amigo mío, creo que así fue..., a no ser que todo haya sido un sueño...

—Oye, Diario—le digo—, antes hablabas de plagios, ¿no? No sé muy bien a quién, pero parecería que estuvieras, como vil y vulgar bellaco, plagiando tú...

—¿Importa que me inspire en otro para hablar en un momento dado? No, no importa. Por otra parte, yo no tengo palabras propias ni ideas propias, y todo lo mío es, así pues, prestado. Pero esto no importa demasiado. Y no me has contestado a lo que te pregunté.

—Me has preguntado y no me has preguntado, has afirmado y negado y no sé ya nada de si me preguntas o quieres que yo pregunte, de si...

—Te pregunté si cuando la Aurora, ya sabes, la de velo azafanado y brazos dorados...

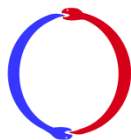
—Sí, me preguntabas si cubrieron mis ojos las tinieblas cuando ella..., cuando el amor me llamaba por mi nombre, ¿no es eso?, cuando el amor llamaba por mi nombre dando aldabonazos sobre mi corazón, ¿no es así?

—Así es, en efecto. Quisiéramos saber si la oscuridad veló tus ojos...

—¿Pero no dices que se trata de la Aurora, la de dorados brazos llenos de luz? ¿Cómo habría de ser que la luminosa aurora oscureciera nada?

—Pregunta impropia..., porque tú mismo sabes la respuesta, por lo que me niego a entrar a ese trapo... Así es que responde a lo otro...

—También es impropia responderte, porque al parecer tú estás al cabo de la calle de todos mis días, y más que un diario debes de ser mi sombra... Y dudo que la sombra sepa tanto del cuerpo a quien pertenece



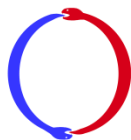
como tú..., no, qué va, las sombras son mucho más ignorantes que tú, realmente no saben nada, nada más que estar de cuerpo presente, y silentes, acompañando al amo, y en cambio tú eres más amo que el amo, que se supone que debería ser yo, pero resulta que te largas y te largas y te derramas y se te va el alma por la boca, atravesando la barrera de los dientes..., y esto sí que es un plagio..., digo una vez más que es improcedente..., porque ¿te importa a ti, realmente te importa escuchar con mis palabras si la oscuridad de las tinieblas amorosas velaron mis ojos cuando la diosa de los dedos y brazos tan dorados como el oro se coló por mi alma? No sé si me explico bien con esto de colarse por mi alma... Bueno, así pues, ¿es pertinente realmente saber si velaron o no velaron las sombras amorosas mis ojos? Porque puede ser que sí, que sí envolvieron mis ojos y el resto de mis miembros esas sombras, o podría ser que no. Y en este segundo caso..., qué decepción... Porque si resulta que me llegó la diosa dorada y yo estaba en la inopia, y pasó de largo y yo sin enterarme..., qué decepción, por Dios. Pero claro, lo que estamos esperando todos es saber que, efectivamente, llegaron a mis brazos los rayos dorados de la aurora y quedé cubierto de oro y amor hasta los ojos...

—Ríete y esquiva el bulto, que no por ello vas a modificar el pasado, porque lo que está escrito, escrito está.

—Qué bien citas.

—Y tú sabes bien, también, cómo fue ese pasado que esquivas. Sabes bien cómo fuiste Titono..., sí, Titono, ¿recuerdas? Titono... Envuelto en los brazos y sostenido por los dedos dorados de la diosa, sí, ¡los dedos la diosa de oro! Aunque su cabellera fuera azabache, esmeralda sus ojos, aunque fuera su sonrisa el arco iris, era la diosa de luz dorada que, efectivamente, aunque tú estabas más o menos en la inopia, como dices, no pasó de largo, sino que salió, como *Suzanne*, hace..., ¡hace ya un tercio de siglo!, salió y te envolvió..., ¡hace ya un tercio de siglo! Pasó ya un tercio de siglo... Entonces, hace un tercio de siglo *Suzanne* te llevó por primera vez a su casa junto al río... No entendías bien todo lo que cantaba el poeta, pero no era demasiado importante... ¡Importaba tan poco saber que *Suzanne* te llevaba junto al río, que estaba medio loca y que te daba naranjas! Importaba poco que el poeta dijera lo que dijera, porque a ti lo que te importaba era cómo lo decía, y ahí le dabas la palma, te seducía, conquistaba tu paladar, y tú cogías su música para atender a la Aurora, y mientras sonaban los compases umbrosos del poeta ponías en tu pensamiento otro poema distinto... ¡Hace ya de esto un tercio de siglo! Y no digo esto por mí, porque qué es un tercio de siglo para un diario, o qué son tres siglos...

—Un siglo es bastante para desdorar un montón de páginas, para borrar no solo la letra sino también el espíritu de todo un diario y de todo un montón de diarios. ¡Qué digo un siglo! No necesito más que un instante para aniquilar el espíritu de un insolente diario como tú... Y es que me..., parece mentira, pero es que se me revuelve todo viendo cómo pasan los minutos, las horas y..., ya no sé ni qué hora es. ¡Si por lo menos cuando piensas lo hicieras en voz baja!



—Amigo mío, yo, cuando pienso, siempre pienso en voz alta, y no va a acallarme el temor a tus infantiles amenazas... ¡Calla, no sea que hable más alto y claro cuanto más me amenaces!

—¿Sabes, Diario, que haces equilibrios en el borde del precipicio? No ignoras que a mano tengo una hoguera que arde en deseos de lamer tus hojas, sí, le encantaría a su fuego pasar y repasar sus lenguas por tus páginas, arde, arde esa pira en deseos de que la alientes con tu pasta.

—Bah, bah..., te decía antes que parece un espectáculo inaudito...

—¿Cuál?

—El contemplar cómo haya pasado ya un tercio de siglo..., si no es que todo haya sido un sueño cruel e impío...

—No, no ha sido un sueño.

—¿Ah, sí? ¿No ha sido un sueño?

—¡No, no ha sido un sueño!

—Luego admites que con los ojos bien abiertos recibiste los cálidos rayos de la Aurora cuando llegó a tus umbrales y te envolvió con su luminosa niebla, eso que los mortales demasiado fácilmente y sin pensarlo mucho llaman amor... Admites que estabas despierto...

—Todo el mundo viene a luz un día, Diario, todo el mundo cae una vez en los brazos de las brisas...

—Como sabes, me refiero a otra cosa.

—También todo el mundo recibe y da, o da y recibe amor, esa moneda corriente, demasiado corriente.

—Pero no debías de pensar así cuando ella...

—¡Calla, Diario! ¡Me aburres! ¡Eres tan pesado como el plomo! Me aburre tu cháchara. Me obligas a cerrar ventanas..., a cerrar ciertas ventanas y a abrir otras ventanas y puertas por donde entra el aire del pasado, ese aire que está podrido y produce olores y dolores y gusanos... Me obligas a desviarme de Wolfgang... ¡Cómo voy a recuperar todo el tiempo que pierdo escuchándote! Pobre Wolfgang. Abandonado... ¿Crees bonito abandonar un trío, un cuarteto, para escuchar dos o tres *sinsustanciadas* sobre una aurora que lució hace un tercio de siglo?

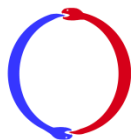
—Mira que eres cafre..., y lo digo con cierta ternura... ¡Mira que eres cafre! ¿Qué te va a ti Wolfgang y si ese quinteto o ese concierto o esa sinfonía son así o asá, dorando y dorándole la píldora al amigo Wolfgang, al que ni le va ni le viene nada de ti, ni maldita gracia que tienes y que no le importa a nadie lo que escribas... Y digo todo esto con cierta ternura..., porque, aunque no lo quieras creer, no me caes del todo mal, y hasta me divierte algunas veces cuando...

—Ternura..., ¡cuánta ternura atesoras entre dientes!

—No sé por qué quieres deshacerte del recuerdo...

—No quiero deshacerme de ningún recuerdo, pero no me parece más razonable mirar hacia atrás que hacia adelante.

—Ah, recuerda cómo te impresionaba *Suzanne*... Cómo te impresionaban otras canciones de aquel poeta que solía sonar en la habitación de ella... ¿A qué olía? ¡Cómo creaba aquella música una atmósfera...! ¿Cómo



era aquella atmósfera? ¿Era ella, la presencia de la Aurora la que creaba la atmósfera musical sagrada, litúrgica, entre cuyos ramajes sobresalía la voz del poeta, o era el poeta con su voz y su música el que creaba la liturgia sagrada de la atmósfera? Recuerda..., cómo te miraba ella. Oh, Dios, ¿pero a qué olía? ¿Naranjas llegadas de la lejana China? Recuerda cómo te impresionaba ella, envuelta en atmósfera china de incienso y azahar... Oh, cómo te gustaría tener ahora presente en tus labios sus palabras, tener también presente las tuyas, cómo te gustaría volver a vivir, volver a aspirar el aroma musical de la liturgia de aquellas tardes, de aquellas noches arrancadas al sueño, usurpadas a las sombras, arrebatadas de las uñas de la muerte... ¿A qué olía? ¿Era el aroma de aquel perfume el que ponía fondo al cuadro de tus éxtasis? ¿Era azahar? ¿Incienso, mirra? Y cuando ella se movía, levantaba la cabeza, volvía la vista, subía una mano, cuando ella sonreía, cuando te preguntaba, cuando te increpaba, cuando contradecía algo que hubieras dicho o se reafirmaba en su punto de vista, cuando encendía un cigarrillo..., aquellos recios *Gauloises* que intoxicaban tan placenteramente también tus bronquios y pulmones, cuando un poco harta del poeta cantor cambiaba al *Concierto para violín y orquesta* de El Grande, cuando..., por cierto, ¿recuerdas si el primer beso fue bajo los compases de este concierto? Digo que cuando ella se levantaba y se ponía junto a ti y te besaba, ¿no desaparecía el aroma, no desaparecían los compases del concierto, no desaparecía el mundo entero, y el mundo entero era su boca, sus labios, su fragancia, su calor, y el mundo entero eran sus ojos verdes encima de los tuyos, su larga, abundosa cabellera fabricada en azabache, y el mundo entero no era más que el abrazo ardiente de sus brazos y sus dedos de oro...? Así pues, ¿no es tan razonable al menos mirar hacia atrás como hacia adelante? Es más, si miras hacia adelante, ¿qué ves?

—Si miro hacia adelante, Diario, veo vida, es decir, la vida que viviré. Y si miro hacia atrás, solo veo humo, como el humo de esos *Gauloises* que dices...

—Te gustaban los *Gauloises*, ¿eh? Te gustaban porque los fumaba ella. De hecho, tú antes fumabas otros. Pero ella fumaba esa hierba francesa..., porque son franceses, ¿no?, y cambiaste, pues querías fumar lo que ella fumara y respirar lo que ella respirara y comer lo que ella comiera, y la hubieras comido a ella misma, ya que así comerías mejor lo que ella comía... Digo que...

—Digo que estás un tanto perturbado, por no decir como una cabra, Diario...

—¡Atrévete a negarlo! ¡Atrévete a negar que dentro de sus brazos, dentro de sus labios, atrévete a negar que cuando estabas dentro de sus ojos el mundo entero desaparecía como por ensalmo! Atrévete a negarlo.

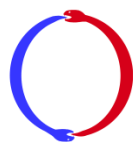
—¡Es humo todo eso, es humo, Diario!

—¡No fue humo, fue un milagro!

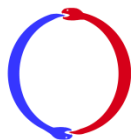
—Es vapor estéril, rocío lejano...

—Sí, pero lo tienes al alcance de tu mano.

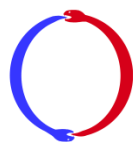
—¡Oh, por Dios, déjame ya, Diario!



—Sí, voy a dejarte..., pero aquellas canciones..., permíteme decirte, o recordarte, cómo aquellas canciones, cuyas notas arrastran con su aliento ya más de un tercio de siglo, pueden venir ahora de nuevo a tu mente y traer consigo el aire aquel cargado de olor fragante y extraño, y amor. Solo necesitas cerrar los ojos y ver qué fácilmente puede seguir aleteando en tu interior *The partisan*, aquella historia no muy bien entendida por ti en su momento, pues no te sobraban conocimientos de inglés, en la que contaba el poeta cantor cómo le habían aconsejado rendirse cuando ellos, los otros, invadieron la frontera, y cómo se había negado, había cogido el fusil y había desaparecido, y cambiando de nombre muchas veces, aunque había perdido a su mujer y a sus hijos, tenía sin embargo muchos amigos y algunos estaban allí conmigo, digo, con él. Contaba asimismo que una anciana les cobijó en su desván, que llegaron los soldados y ella murió sin decir una palabra. Solo necesitas cerrar los ojos para escuchar cómo ella, la Aurora, cantaba a coro *Les allemands étaient chez moi, ils m'ont dit: Resigne toi, mais je n'ai pas pu, et j'ai repris mon arme*. Ella entendía mejor el francés y seguía con facilidad los versos que decían cómo había cambiado de nombre cien veces, cómo había perdido mujer e hijo, pero tenía por amigos a toda Francia, cómo finalmente un viejo les había escondido por la noche en el granero y los alemanes le habían cogido, muriendo él *sans surprise*. Cerrando los ojos recuerdas y ves claramente cómo el viento está soplando entre las tumbas, y pronto llegará la libertad, lo que nos permitirá regresar de las sombras. ¿No era una cosa así *The partisan*, amigo mío? También tú seguías más fácilmente el francés, y te unías a su coro. Por otra parte, donde estabais se hablaba francés, ¿no?, tal vez un francés un poco raro, porque no era Francia, digo, pero la verdad es que no estoy seguro... Francés... Estaba pensando ahora..., ¿en aquella época ya te daba por tu Wolfgang? Porque recuerdo que solo tenías el *Concierto para violín y orquesta* de El Grande... ¡Caramba! ¡Me parece raro que no hubieras llevado contigo de vacaciones la *Sinfonía Júpiter* o la *Marcha Turca*..., digo yo..., y curiosamente tenías en tu mochila una cinta del *Concierto para violín* de El Grande! ¿No eras entonces devoto de Wolfgang? El caso es que..., el caso es que si cierras los ojos podrías de nuevo escuchar al poeta que cantaba con voz grave y sagrada, o los compases prodigiosos del no menos prodigioso violín del concierto no escrito por Wolfgang..., y ya estoy oyéndote pensar que fácilmente pudiera Wolfgang haber escrito aquel concierto y treinta más de igual y aún mayor valor..., digo que..., ¿recuerdas la mochila, ya que la hemos citado ahora? ¡Dios mío, qué penuria!, digo, ¡qué aventura! Claro, allí no te cabía más que una escuálida cinta..., pero ¿por qué ese concierto?, ¿fuiste beethoveniano antes de ser mozartiano?, sí, no te cabía más porque había que dejar espacio para unos calcetines, unos pañuelos, otros pantalones y otra camisa, y para de contar que ya casi no queda sitio para meter un diccionario francés-español y un cepillo de dientes..., y no sé si habrá ya espacio para la pasta..., oh, qué aventura, una camisa puesta y otra en la mochila de repuesto, unos pantalones puestos y... ¿Llevabas pantalones de repuesto en la mochila?, es que



me parece raro, porque ocupan tanto, y... ¡Dios mío, qué bien planchados quedarían si los embutieras allí! ¿Y la camisa? ¡Ah, se me olvidaba decir que también había que buscar espacio para *Rayuela* y *Paradiso*, tu lectura para el verano... Beethoven, Cortázar y Lezama Lima..., un verano guapo..., pero resulta que el hado te tenía trenzada una sorpresa... Beethoven..., ah, El Grande..., ¡resulta que fuiste beethoveniano antes que mozartiano! Pero no te preocupes mucho, hombre, que en todos los sitios cuecen habas, que diga, a cualquiera se le puede caer un borrón, y el que esté libre de culpa, etc., así que tranquilo, que tampoco es excesiva deshonra..., lo que hubiera sido intolerable es que hubieras sido..., qué sé yo..., ¡wagneriano!, eso sí que hubiera sido una mancha indeleble, ¿no crees?, pero haber sido beethoveniano es un pecadillo de juventud..., porque estamos hablando de cuando tenías..., estamos hablando de días pasados hace un tercio de siglo, que se dice pronto, pero resulta que..., ¡caramba!, resulta que un tercio de siglo es lo que vivió tu amigo Wolfgang, prácticamente un tercio de siglo, es como si... ¿Lo habías pensado? ¡Un tercio de siglo! Más..., ¿qué más llevabas en aquella famosa mochila? ¿Te quedaba aún espacio para la ilusión? Sí, es cierto, la ilusión la llevabas puesta y no necesitabas de repuesto, pues pensabas que no habías de tener necesidad de mudarte la camisa de la ilusión durante todo un verano en el extranjero. Qué más llevabas..., qué más llevabas... Otra cosa, ¿por qué fuiste a esa ciudad? La verdad es que no lo sabes. Es decir, sí lo sabes, sabes que fue el hado, ¿no?, el que te llevó allá. Por cierto, dudamos que haya algo que no lo urda el hado, ¿no? Porque, qué sabías tú de esa ciudad. Apenas no sé qué de Rousseau, no sé qué de un lago... ¡Un lago! Resulta que sí, había un lago, y en el lago unas barcas flotando ondulantes y reposadas en un embarcadero..., no sé si me explico bien..., unas barcas mecidas por las olas, decíamos, y olas lacustres producidas por los suaves y cálidos soplos que, de noche y en verano, echa sobre la tersa superficie líquida y negra del lago el dios antiguo y malencarado de los vientos... Un lago...



Créditos de fotografía e ilustración



Portada y contraportada, “El último baño” de Manuel Monterrey

6	RAE	77	Sara Riaño
18	Ángel Martín del Burgo	79	Carlos Delgado
20	Bluerasberry	81	Toa Heftiba
27	Gaelle Marcel	86	Casa de América
29	Juan de Borgoña	90	Anuja Tilj
31	Danno1	102	Sierra Domínguez
34	Walter Möbius	103	The good funeral guide
35	Galoren.com	115	The blowup
45	David Clode	120	Mourad Saadi
46	This life's illusions	124	Casa de América
51	Casey Horner	124	Universidad Int. de Andalucía
69	Paulo Lobo	129	Lilartsy

Con el agradecimiento de OCEANUM



Oceanum 2605-4094